8

BIBLIOTECA UNIVERSAL DE MISTERIO Y TERROR



8

BIBLIOTECA UNIVERSAL DE MISTERIO Y TERROR

Dirección y Selección:
José Antonio Valverde



Avda. Alfonso XIII, 118.
Teléfs. 413 54 94 y 413 55 43.
MADRID-16.

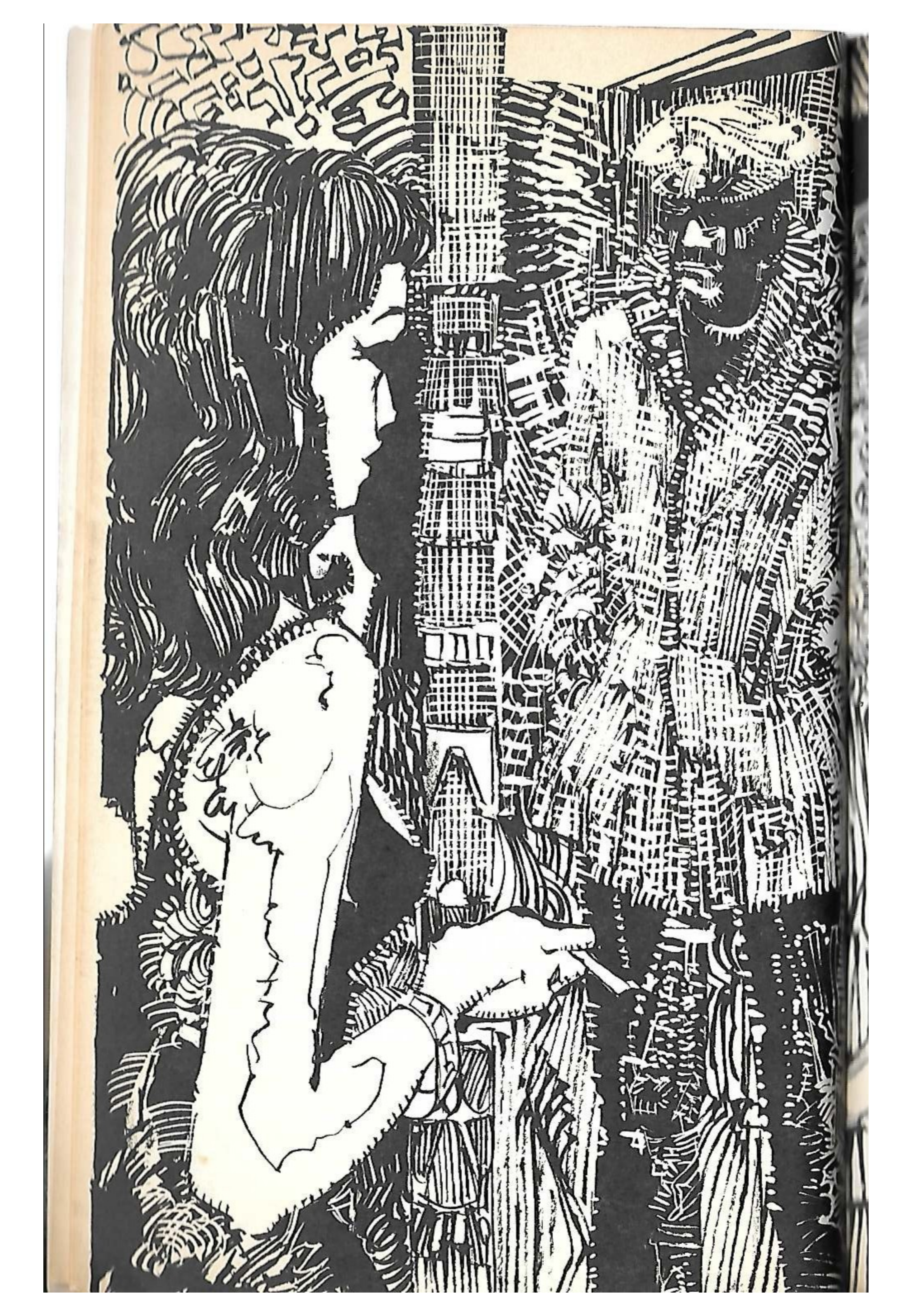
Director Editorial:
José Antonio Valverde.
Jefe de Redacción:
Luciano Valverde.
Ilustraciones:
Victoriano Briasco.
Diseño Gráfico:
Luis M. de Miguel y Paco Bravo.
Dpto. de Producción:
Santos Robles.
Asesores Especiales:
Pedro Montero y José León Cano.

Imprime: HEROES, S. A.
Torrelara, 8.—Madrid-16.

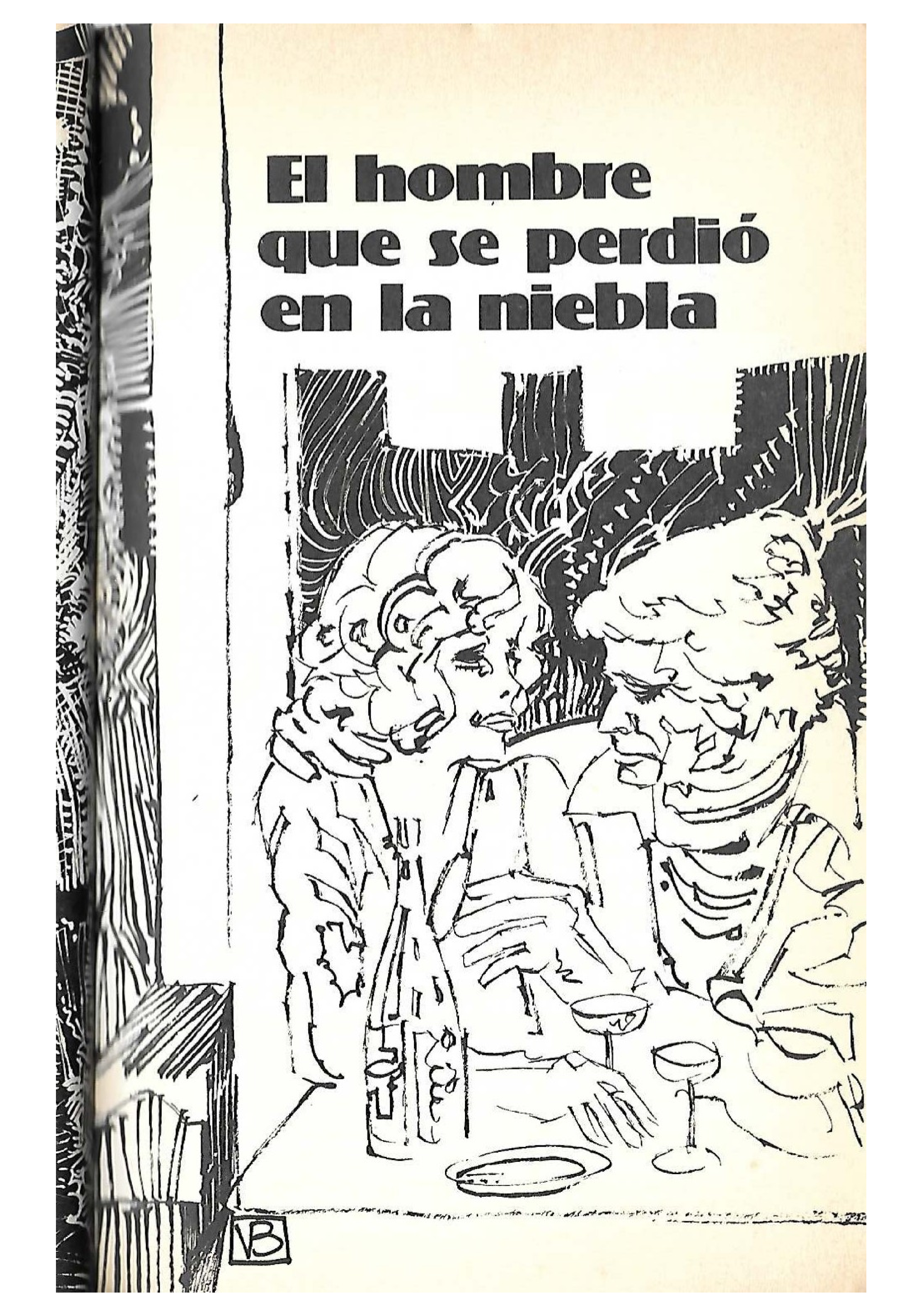
Depósito legal: M. 21.702-1981.
ISBN: 84-85609-80-8.
Distribuye: UVE Distribuciones.

Impreso en España - Printed in Spain.

SUMARIO



El hombre que se perdió en la niebla



El hombre que se perdió en la niebla

Pedro Montero

Surgido de la niebla volvía a perderse en ella... Era consciente de que tenía un destino inexorable que cumplir, un destino que le había sido impuesto y contra el que, sin embargo, se rebelaba con todas sus fuerzas.



NA de las ventanas del ático estaba iluminada. El jardín se encontraba desierto, y supuse que la cancela se abriría desde fuera. Atravesé el sendero de grava y entré en el amplio vestíbulo. Desde las escaleras llegaba el monótono teclear de una máquina de escribir.

Ascendí al primer piso sin tropezar con nadie y recorrí lentamente todas las habitaciones, recreándome en la idea de que él se hallaría a mi alcance dentro de unos instantes.

Una vez en el ático, avancé por el pasillo guiado por el martilleo de la máquina hasta que me encontré en el umbral de la habitación iluminada, al fondo de la cual, y de espaldas a mí, continuaba escribiendo, no sé si ajeno o no a mi presencia dentro de la casa.

Con paso lento inicié el recorrido que me separaba de él, que, como si presintiera algo anormal, vaciló un segundo en su continuo teclear para reanudarlo acto seguido con redoblada energía.

Me situé a su espalda y miré el folio sobre el que estaba escribiendo. Me detuve unos instantes deliberadamente esperando que se volviera reparando en

mi presencia, pero no lo hizo. El sabía que me encontraba allí, pero tenía que darse prisa y poner término a la tarea emprendida antes de que mis manos rodearan firmemente su cuello.

Exhalando un profundo suspiro, sus dedos martillearon la postrer palabra de la narración, y ya se disponía a mecanografiar el fin, cuando me abalancé sobre su garganta y la oprimí con todas mis fuerzas hasta que dejó de agitarse y se derrumbó sobre la máquina como un muñeco desmadejado. Su frente chocó contra varias teclas, y en el lugar en que debería haber aparecido el último vocablo, quedó escrita una estrambótica palabra carente por completo de vocales, una voz imposible e ilógica, que sin embargo convenía perfectamente a tan insólito discurso. «TGBHF».

* * *

La joven se aproximó a la mesa con sonrisa estudiada y se sentó sin más prolegómenos.

—¿Me invitas?

El asintió distraídamente y volvió a enfrascarse en sus pensamientos.

—¿Tú no bebes?

Por toda respuesta, él se llevó la copa a los labios y la apuró de un trago, casi con desesperación.

—Háblame —dijo ella—. Estoy acostumbrada a escuchar las cosas más insólitas y los relatos más desesperanzados. Es bueno desahogarse con alguien —añadió, e hizo una seña al camarero que volvió a llenar las copas.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el finalmente.

—Mi nombre es el que tú desees, y mi rostro también —manifestó la joven—. En la oscuridad de mi cuarto puedes hacerte la ilusión de que soy ella. Me bastarán pocas palabras para saber cómo tratarte y de qué forma mitigar tu desesperación.

—¿Cómo notas que estoy desesperado?

—Es igual que si me mirara en un espejo, pero

bebe de nuevo. El jefe no nos deja ser sentimentales; solamente lo justo para conseguir descorchar otra botella de champán.

—Está bien —repuso él levantando su copa—. Por nosotros.

—¿Cómo era ella?

El hombre vaciló unos instantes y luego respondió.

—Supongo que muy bella, muy parecida a ti. Amable, comprensiva, cariñosa, paciente..., quizá algo voluble, pero siempre volvía a mí. Supongo...

—¿No lo sabes con certeza?

El negó con la cabeza y bebió de nuevo.

—¿Cuál es tu nombre?

Los ojos del hombre se fijaron en los de la muchacha y hubo un largo silencio.

—¿De dónde vienes?

—Cuando mi barco entró en el puerto la niebla era tan densa que un práctico tuvo que guiarnos hasta el muelle.

—Mira a tu alrededor —dijo la muchacha—. Aquí hay gente de todas partes: marinos, buscavidas, mirones... Gente que también viene de la niebla y que al pisar cada noche el asfalto húmedo se pierde en la bruma. Sólo nosotras permanecemos fieles a este local, esperando continuamente.

—¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Alicia, pero un marino griego me llamó un día Penélope y desde entonces me gusta más que mi propio nombre.

—Está bien, Penélope —dijo el hombre levantándose—. Ahora tengo que irme.

—¿Adónde?

—No lo sé. Solamente cuando haya llegado sabré que me dirigía allí.

—¿Volveremos a vernos?

—Lo ignoro. Creo que no depende de mí.

—No vayas a perderte en la niebla.

—Probablemente sí.

La puerta se cerró tras él, y Penélope se dirigió hacia el mostrador donde acababan de acomodarse

varios hombres de mar. Así pues, no pudo ver que un caballero de mediana edad entraba en el local y se situaba en una mesa sumida en la penumbra y, pidiendo una bebida, se dedicaba a estudiar detenidamente el ambiente como venía haciendo desde varias noches atrás.

* * *

Una ráfaga de aire helado se coló en el local al abrirse la puerta, y Penélope fijó una vez más su vista en la entrada esperando, como cada noche, que reapareciera el que se perdió en la niebla.

Al cabo de un buen rato lo vio sentado en una de las mesas y rechazando la compañía de una de las muchachas.

—¿Puedo sentarme?

El levantó los ojos sonriente y la invitó a compartir la mesa y la bebida.

—Creí que no volverías nunca —dijo Penélope.

—Yo también lo pensaba.

—¿Dónde has estado?

—Como tú supusiste, apenas puse los pies en esa callejuela, me perdí en la niebla, y creo que he estado errando hasta ahora mismo. De pronto me encontré ante la puerta del local y pensé que resultaría agradable pasar un rato contigo.

—Te he esperado durante muchas noches.

—No en vano eres Penélope.

—Y tú, ¿cómo te llamas? —insistió ella una vez más.

—Te prometo que no lo recuerdo. Quizá sea Ulises...

—Me estás tomando el pelo —repuso la muchacha solicitando del camarero por medio de una seña una botella de champán.

—¿Cuál es tu barco?

—Puede serlo cualquiera.

—¿Y su destino?

—Eso no está en mis manos. No soy el capitán del navío. Creo que otro lo dirige por mí y yo tengo que limitarme a cumplir órdenes —repuso el improbable marinero.

La joven apuró su copa de champán, y levantándose con decisión, invitó al hombre a que la siguiera.

—Deseo estar contigo —dijo ella—. Ven a mi habitación.

Apenas habían subido el último tramo de escaleras, se abrió la puerta del local y penetró en él un caballero de mediana edad, que se sentó en una mesa apartada del bullicio general y, solicitando una consumición, se dedicó a observar el ambiente y las gentes. Y quizá echó de menos a Penélope.

La muchacha encendió un cigarrillo y se lo pasó al hombre, que yacía desnudo sobre la cama. Este aspiró ávidamente el humo y cerró los ojos para gozar más intensamente del placer momentáneo.

—Me has amado con la impericia del que no lo ha hecho nunca y con la sabiduría de quien todo lo aprende en un momento —dijo ella—. Y con el arrebato del que teme quizá no volverlo a hacer jamás.

—¿Cómo lo sabes?

—Son cosas de la amarga experiencia —repuso la muchacha.

—Ha sido como la primera vez. Todo lo que hago me resulta nuevo e insólito: tocar una pared, acariciar tus labios, escuchar una música, volver el rostro hacia otra parte, respirar... —confesó—. Y no vayas a preguntarme de dónde vengo ni cómo me llamo, porque no lo recuerdo, si acaso lo he sabido alguna vez.

—Si huyes de algo o de alguien, si no deseas recordar lo pasado, aquí tienes un refugio seguro.

—Deseo recordar, pero no puedo. Todo lo que no sea presente se me escapa —musitó él con un tono doliente.

—No te preocupes si has perdido la memoria de las cosas. He deseado tantas veces que ése fuera mi caso...

—No recuerdo el pasado. No sé quién soy ni de dónde procedo.

—Acaso —manifestó la joven— has cometido un crimen que no deseabas, y la naturaleza, sabiamente, lo oculta con el resto de tu vida pasada.

—Ignoro si es cierto lo que dices, pero lo que sí sé es que me encuentro flotando en una niebla, como la que envuelve a estas horas el puerto. Por eso desconozco quién soy y de dónde procedo...; hay algo, no obstante, que no puedo olvidar.

—¿Una mujer? —preguntó la muchacha volviendo el rostro hacia la ventana.

El negó con la cabeza y repuso.

—Recuerdo perfectamente un hecho del futuro. Yo soy el asesino de un crimen que todavía no he cometido.

—Entonces estás a tiempo de evitarlo.

—No lo creo posible, pero quizá...

—Te quiero —suspiró la muchacha estrechándose junto a él.

—Eso es lo único que me podría salvar. Recuérdalo, porque mi memoria es tan efímera que sólo tengo conciencia del presente, y aun así existe quien dirige mis pasos hacia la bruma. Cada vez que bajo la guardia me encuentro caminando por el muelle envuelto en niebla sin saber si el siguiente paso me precipitará en el mar. Y aquí no cabe decir —continuó—: ¿qué crimen he cometido para que alguien desee mi fin?, sino: ¿qué crimen voy a cometer para que la víctima pretenda convertirse en mi asesino?

Y diciendo estas palabras se incorporó y comenzó a vestirse de espaldas a la muchacha.

Ahora tengo que irme —manifestó—. Deseo con todas las fuerzas de mi corazón volver a verte, pero no depende de mí encontrar el camino de vuelta. Hay quien hará todo lo posible para que me extravíe en la bruma. Recuerda cómo soy. Tócame una vez más para que puedas reconocerme fácilmente. No vayas a confundirme con mi víctima, porque quizá

entre los dos pueda haber muchos puntos de contacto.

* * *

—¿Quiere sentarse conmigo, señorita?

—Encantada —repuso la muchacha esforzándose por sonreír.

—Parece triste —manifestó el caballero—. ¿Por qué no me cuenta qué cosa la aflige?

Ella sonrió, esta vez de buena gana, y respondió:

—Yo estoy aquí para todo lo contario, para escuchar confesiones ajenas; para que los hombres depositen en mí sus congojas una a una ahogándome con ellas, mientras consumimos champán.

—¿Espera a alguien? Hace varias noches que la observo y cada vez que se abre la puerta vuelve la cabeza con ansiedad.

—¿Se ha dado cuenta?

—En mi oficio es fundamental la observación, querida, y he notado que aguarda impacientemente la llegada de una persona.

—Es cierto, no puedo negarlo, pero es también posible que sea una espera inútil —comentó tristemente la joven.

—¿Infiel a sus promesas?

—No —articuló la muchacha con voz débil—. Si acaso a sus deseos, o quien sabe si no es suya la culpa de que no haya encontrado todavía el camino de vuelta. No recuerda el pasado y, sin embargo, no padece de amnesia...

—Parece surgido de la nada... —opinó el caballero.

—Usted que tanto mira y parece observar cada cosa detenidamente, ¿no le habrá visto errar por alguna de esas callejuelas que conducen al puerto? Podría describírsele así...

La joven fue trazando un bosquejo del que se perdió en la niebla, y a medida que lo hacía, su rostro se iba iluminando con una sonrisa al recordar los rasgos

del rostro de aquel hombre. Y simultáneamente al curso de la descripción, la faz de su compañero de mesa comenzó a ensombrecerse.

—¿Lo ha visto? —repitió ella anhelante.

El caballero negó con la cabeza, e inició un comentario que no llegó a salir de sus labios.

—¿Lo conoce? —insistió la muchacha.

—No lo he visto en mi vida —repuso el caballero que parecía abatido—, pero es posible que acaso le conozca.

La puerta del local se abrió de nuevo, y la muchacha dirigió sus ojos hacia la entrada.

—Espera inútilmente —comentó el caballero—. El que aguarda no vendrá esta noche, por lo menos mientras yo permanezca aquí.

—¿Cómo lo sabe?

—Soy muy observador, usted lo ha dicho antes. Y debo confesarle que si bien cuando descubrí este local todas mis aspiraciones estribaban en el estudio detenido del ambiente, con fines que cualquier día de éstos le revelaré, desde hace algunas noches —prosiguió el caballero— toda mi atención se ha centrado en usted. Su belleza y su aire triste han llegado a cautivarme de tal modo...

—No siga —manifestó la muchacha llevándose un dedo a los labios—. Es posible que esas palabras que ahora le impido pronunciar me hubieran agradado en otro tiempo, pero...

—Alguien se me ha adelantado...

Ella asintió suavemente, pero con firmeza.

—¿Puedo tener la esperanza de que algún día...?

—No puedo impedirle que alimente ilusiones.

—Yo creo con tal fuerza en lo que hago que quizá mis deseos sean capaces de modificar la realidad —añadió el caballero—. De hecho muchas personas así me lo aseguran. Yo creo mundos nuevos o transformo los que ya existen a fin de poner coto a la monotonía.

La joven advirtió que su interlocutor se sumía en profunda tristeza.

—¿Qué busca en este sitio, que con toda seguridad no acostumbraba a frecuentar?

—Observar, estudiar, conocer toda clase de ambientes a fin de que sirvan a mis propósitos. Contemplar fríamente el panorama desde la oscuridad de un palco sin participar en el espectáculo, y seguramente ése ha sido el error de mi vida: no descender al patio de butacas ni lanzarme a la pista. Aunque quizá...

—Continúe...

—... Quizá alguien lo haya hecho ya por mí —musitó el caballero, y volviéndose hacia la muchacha manifestó con vehemencia—: Te quiero, y que Dios me perdone si recurro a todos los medios a mi alcance para conseguir tu amor.

—Si de veras me quiere, y como me ha parecido comprender conoce al hombre que se perdió en la niebla, haga lo posible por que regrese a mí, y si, según me ha confesado, él no hará acto de presencia mientras usted continúe aquí, le ruego que abandone el local y vuelva cualquiera de estas noches. Prometo que le haré compañía.

—Por complacerte voy a acceder a tus deseos —manifestó el caballero—, pero has de saber que si tu enamorado es tal cual lo has descrito, yo ejerzo un dominio completo sobre él, y su ser me pertenece por entero —y adoptando un aire compungido añadió—: Mi deseo de ti era tan fuerte... Había estudiado tan perfectamente la decoración..., el ambiente..., sólo me faltaba lanzarme al escenario, y de alguna manera así lo he hecho...

—¿Acaso es usted un servidor de la justicia? Nadie puede perseguir a nadie por un delito todavía no cometido —significó la joven—, o quizá... —e interrumpió la frase no atreviéndose a continuar.

—Sólo puedo decirte —repuso el caballero— que entre él y yo hay más de dos puntos en común. Abandono momentáneamente la palestra confiando en que, si acaso vuelve por aquí, amándole a él me amas en cierto modo a mí.

—Es curioso... —reflexionó la joven en voz alta—. Quizá sea usted la persona a la que él anda buscando, en cuyo caso le recomiendo fervientemente, se lo ruego, que no vuelva a aparecer por aquí. Antes de despedirse, me pidió que tocara su cuerpo para identificarle con más facilidad, no fuera a confundirle con alguien con el que tiene muchos puntos de contacto —prosiguió la muchacha—. No quiero oír hablar de crímenes futuros.

El caballero se despidió afectuosamente de la joven y abandonó la taberna mientras ella, procurando esquivar a los clientes, se preservaba libre por si el que se perdió en la niebla aparecía.

* * *

«No ha transcurrido más de una hora cuando tú apareces. La muchacha, rodeando un grupo de borrachos, acude a tu encuentro sonriente y os sentáis en una de las mesas solicitando una botella de champán que apenas si probáis. Ella insiste en que subas a su cuarto, desea estar contigo, que la ames, y tú también lo anhelas, pero, sin saber bien por qué, le ruegas que se demore un poco más. No te sientes dueño de ti mismo, tu voluntad se anula y te das cuenta de que poco a poco te vas hundiendo en la niebla de la cual has surgido. De la cual yo te he hecho surgir. Acaricias su mano suavemente y fijas tus ojos en los suyos mientras le declaras mi amor. Le dices que nada tiene que temer porque estás empezando a abandonar la idea que había surgido en ti. Nada de crímenes futuros. Ella te mira interrogante y repite la eterna pregunta»:

—¿Tú quién eres?

—¿No te basta con saber que he vuelto? —repuso el que había regresado de la niebla.

—¿De dónde has vuelto?

—Hay alguien que guía mis pasos, ya te lo he di-

cho. Una indeseada providencia que me conduce hacia un futuro que desconozco tanto como mi pasado, excepto en una cosa: Que Dios me perdone, pero te quiero tanto que por tu amor sería capaz de todo. Incluso de matar al Creador.

—¡Calla! —intervino gozosa la muchacha—. Si desbarras de ese modo por mí, me tiemblan las rodillas y siento que se derrite todo lo malo que los años han ido acumulando en mi alma. ¿Dónde has estado?...

—En una niebla densa y pegajosa, en una nada aletargante de la que no he podido surgir hasta hace un rato: el olvido. De pronto me he encontrado en las cercanías de la taberna, y he notado como una extraña presencia se deslizaba a mi lado: la imagen de mi futura víctima.

—¿No has dicho que ya no pensabas en crímenes futuros?

(«Le aseguras que ya no deseas participar en crímenes futuros. Afirmas que no sabes si podrás volver. Hasta llegar a confesarle que sabes que conoce a otro hombre, con el que te unen muchos puntos de contacto y en el que confías plenamente.»)

—No puedo desechar ese crimen. Presiento que conoces a otro hombre —dijo él— en el que no confío en absoluto, a pesar de que a él sospecho que me unen muchos puntos de contacto. No te apenes: afirmo solemnemente que continuaré regresando de la niebla.

—¿Y el crimen? —repitió la muchacha.

(«Le dices que no piensas...»)

—Pienso continuamente en ello, y no puedo elegir: se trata de su vida o de la mía —repuso el de la niebla.

—¿Por qué ese fatal empecinamiento? ¿Es que quieres perderte?

—Al contrario. Desde el principio supe (desde el momento en que me surgió de la niebla y me condujo a este escenario) que tendría que luchar fatal-

mente para conseguir sobrevivir, para seguir conservando tu amor.

—Subamos a mi cuarto —dijo la joven.

(«Le dices que no puedes, que tienes que marcharte ya...»)

—Quisiera... No puedo —vaciló él—. Tengo que marcharme ya. Es algo superior a mis fuerzas. Quisiera decirte que...

(«Quieres decirle que me ame, que todas las noches vengo a contemplarla, que yo soy el verdadero y tú el falso...»)

—Quisiera decirte... Te diré —afirmó con resolución— que no ames a ese hombre, aunque todas las noches venga a contemplarte, que es falso, y que yo soy lo único verdadero, que...

(«Fin del capítulo.»)

La puerta de la taberna se cerró, y la muchacha quedó sola mientras el hombre se perdía en la niebla.

* * *

Una hora más tarde advirtió que el misterioso caballero le hacía señas desde una de las mesas más retiradas. La joven se sentó a su lado y le rogó con desesperación:

—¿Por qué lo ha hecho? ¿Por qué le ha llamado? —gimió—. Es cierto que usted tiene una influencia sobre él, pero le ruego que no la utilice negativamente. Ha de saber que tiene intención de matarle en un futuro próximo.

El caballero no pareció haber escuchado sus palabras, y la contempló ensimismado. Unos instantes más tarde musitaba:

—Ya no tengo necesidad de él, incluso se me está rebelando. Ahora que estoy en tu presencia y que me he atrevido a descender de mi torre de marfil, ¿para qué quiero intermediarios y terceros que, si bien creados por mí, se subleven contra su creador?

—¿Cómo se entiende? —inquirió la muchacha.

—Ni yo mismo lo sé —dijo el caballero—. Sólo a través de tus explicaciones he intuido que uno de mis personajes de ficción había tomado vida y rebasado los límites de lo que, generalmente, ha de considerarse prudencial. Escúchame con atención —pidió el interlocutor de la joven—. Yo soy un novelista famoso con gran capacidad para la fabulación. Necesito, no obstante, desplazarme a fin de conocer diferentes ambientes y distintos lugares en los que situar la acción de mis relatos, por eso te dije en una ocasión que era capaz de modificar la realidad con la fuerza de mi imaginación. El primer día en que pisé esta taberna quedé prendado de tu hermosura, pero debido a mi natural distanciamiento y a mi imparcial curiosidad, debido sin duda al anquilosamiento de lo que antaño fueron mis afectos, no descendí a la arena, que es tanto como decir que renuncié a tu amor de antemano. No obstante, al ir escribiendo la novela para la que buscaba en estos barrios un ambiente adecuado, el deseo de ti tomó tal fuerza en mi alma que creé un personaje del que te enamorabas y al que ofrendabas sin reservas todo tu cariño. Este personaje sin pasado, y como surgido de la niebla y confinado en ella, cuando a mí, que soy su creador, me convenía ha comenzado a tomar vida propia de forma tan inquietante que ahora, conociendo que soy su creador, y que tan sólo le ha engendrado el poder de mi imaginación, sabiendo, en resumidas cuentas, que es un sosia de mí, y que nos unen muchos puntos de contacto, cosa inevitable y lógica en la relación del creador con su obra, ha decidido, utilizando la fuerza de mi propia fabulación, terminar conmigo y asentarse definitivamente en una realidad que no le corresponde, y en la que yo mismo le había instalado provisoriamente. Cada vez que yo escribía un capítulo de la novela, él surgía de la niebla y hacía su aparición en la taberna, pero, y esto es lo que me ha decidido a terminar la narración de forma violenta, al conocer mis propósitos de destruirle ha decidido anticiparse a mí y asesinarme.

La joven permaneció pensativa unos instantes, y después afirmó resueltamente:

—Estando así las cosas, debo decirle que me inclino por la fantasía. Le escojo a él, cosa que no debería disgustarle del todo, porque amando a ese hombre en cierto modo, e inevitablemente, le estoy amando a usted. Pero atiéndame —continuó la muchacha—. ¿Por qué ha de destruirle? ¿Acaso tiene tanta fe en su propia capacidad de fabulación que teme ser asesinado por una criatura de ficción? —preguntó.

—No hay nada más terrible que el creador tenga que destruir a su criatura, y sin embargo es justo reconocer que al dar la vida ya se está haciendo donación de la muerte —repuso el novelista—. ¿Acaso no confundió Dios a sus más bellos ángeles cuando se rebelaron contra El?

—Qué engreimiento —exclamó la muchacha—. No hay comparación posible. Está usted sumiéndose en el mismo pecado de los ángeles caídos: la soberbia. ¿Acaso dispone de medios para hacerle desaparecer?

—Nada más simple. Me bastará para certificar su muerte describirla en un folio.

—¿Qué sencillo, y que limpio. Sin mancharse las manos. Espero y deseo que la tinta se le convierta en sangre si llegara a ese extremo.

—Por otra parte —añadió el caballero—, su amigo lleva camino de cometer un lamentable error, porque, es de suponer, que si acaba conmigo se producirá de inmediato su muerte. Yo soy su único sostén. Constituyo su providencia: velo de continuo por su supervivencia. Cada segundo de su vida lo debe en exclusiva a un acto de creación continua que yo ejerzo.

—Es posible que ese hombre ya no le pertenezca por entero... y que por una vez los lazos entre el creador y la criatura se rompan sin que eso presuponga la muerte del segundo.

El novelista se puso en pie y apuró su copa. Después dijo:

—¿Tú crees? ¿Qué otra fuerza podría sostener a una criatura surgida de mi inteligencia?

—La fuerza de mi amor —repuso con firmeza la muchacha.

—Razón de más —declaró el caballero— para que no me arriesgue en absoluto. Y diciendo estas palabras abandonó la taberna.

* * *

«Desesperado por no sentirte sino en el presente, angustiado por el vacío de saberte sin un pasado y con un futuro incierto, obligado a aparecer y desaparecer, a surgir y a ocultarte en la niebla a instancias de una agobiante providencia, has decidido poner fin a tu existencia y sumirte definitivamente en la bruma de la que te surgieron. Te encaminas hacia el puerto envuelto en una densa nube sin saber si el siguiente paso...

... Te encaminas hacia el último chalet de la calle y ves que una de las ventanas del ático está iluminada. El jardín se encuentra desierto, y supones que la cancela se abrirá desde fuera. Atraviesas..., atraviesas el...

... no sabes si al dar el siguiente paso te precipitarás en el vacío, desaparecerá la firmeza del muelle y te sumirás en las aguas sin memoria donde reposarás para siempre. Escuchas el batir de las invisibles olas contra el malecón deseando que tu vida, la vida que yo te he prestado, no se prolongue muchos minutos más. Desde...

... Desde las escaleras llega el monótono...

... llega el monótono golpear de las olas cuyas salpicaduras humedecen tu rostro...

... llega el monótono teclear de una máquina de escribir. Asciendes al primer piso sin tropezar con nadie... y recorres...

... el borde del rompeolas envuelto en furiosas ráfagas de viento recreándote en la idea de que el final se hallará a tu alcance dentro de unos instantes...

... recorres lentamente todas las habitaciones recreándote en la idea de que yo me hallaré a tu alcance dentro de unos instantes.

Una vez en el ático...

... llegas a contemplar el mar que bulle a una decena de metros bajo tus pies y anhelas que sus aguas se cierren sobre tu cadáver...

... recorres el pasillo guiado por el martilleo de la máquina hasta que te encuentras en el umbral de la habitación iluminada, al fondo de la cual, y de espaldas a ti, continúo escribiendo, no sé si ajeno o no a tu presencia...

... en lo alto de la muralla. Vuelves a vacilar, pero piensas en ella y no deseas condenarla a compartir una existencia fluida y discontinua. Con paso lento inicias el recorrido que te separa del borde del murallón...

... que te separa de mí, que, como presintiendo algo anormal, vacilo un segundo en mi continuo teclear para reanudarlo acto seguido con redoblada energía. Te sitúas...

... en el extremo del rompeolas y miras obsesivamente las aguas mientras no te atreves a musitar una oración porque tendría que ir dirigida a mí...

... te detienes unos instantes deliberadamente esperando que yo me vuelva reparando en tu presencia, pero no lo hago. Yo sé que te encuentras aquí, pero tengo que darme prisa y poner término a la tarea emprendida antes de que tus manos rodeen firmemente mi cuello...

... Exhalando un profundo suspiro...

... te dispones a poner fin a tu existencia en esta loca carrera contra reloj, y...

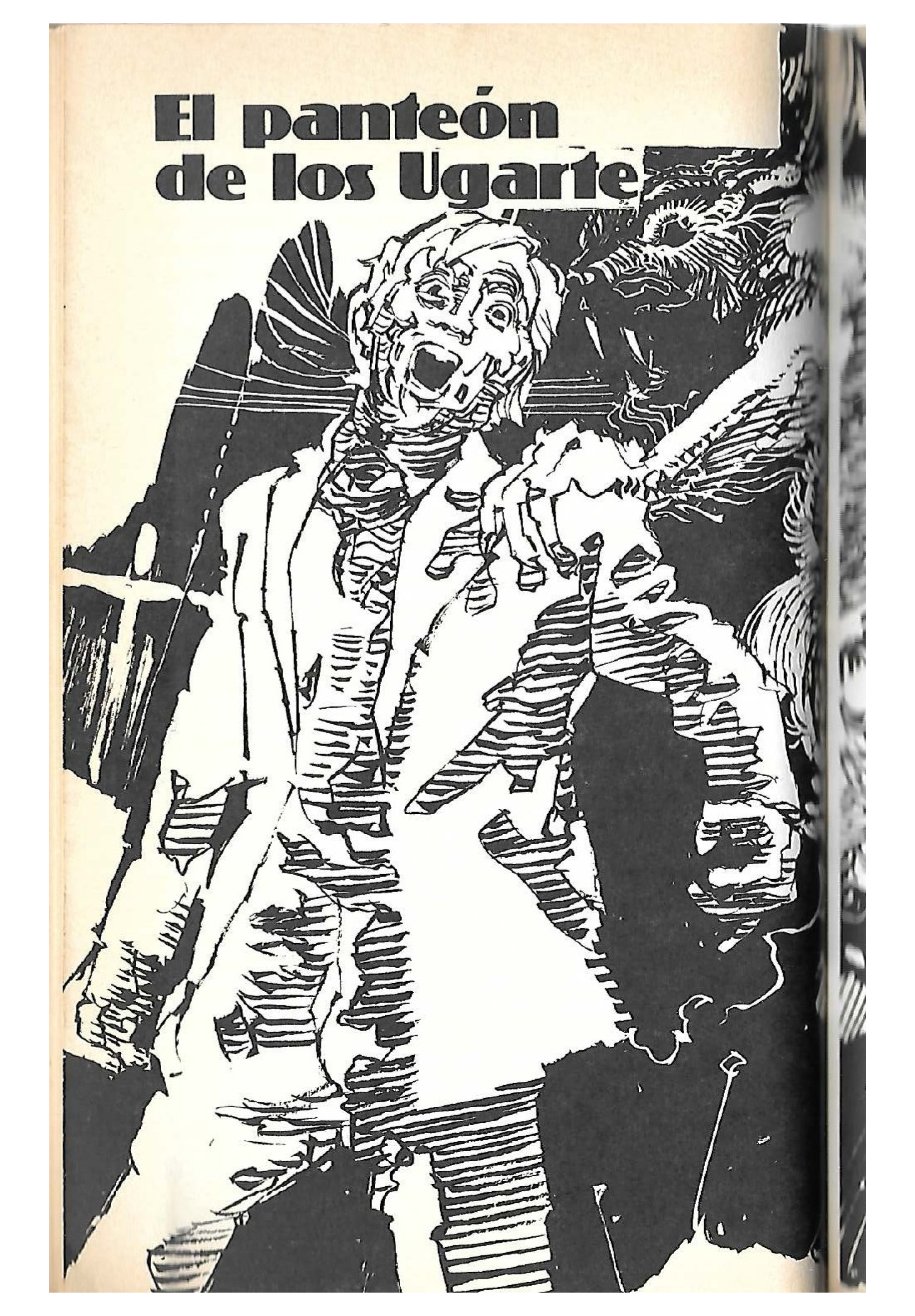
... mis dedos martillean la postrer palabra de mi narración cuando...

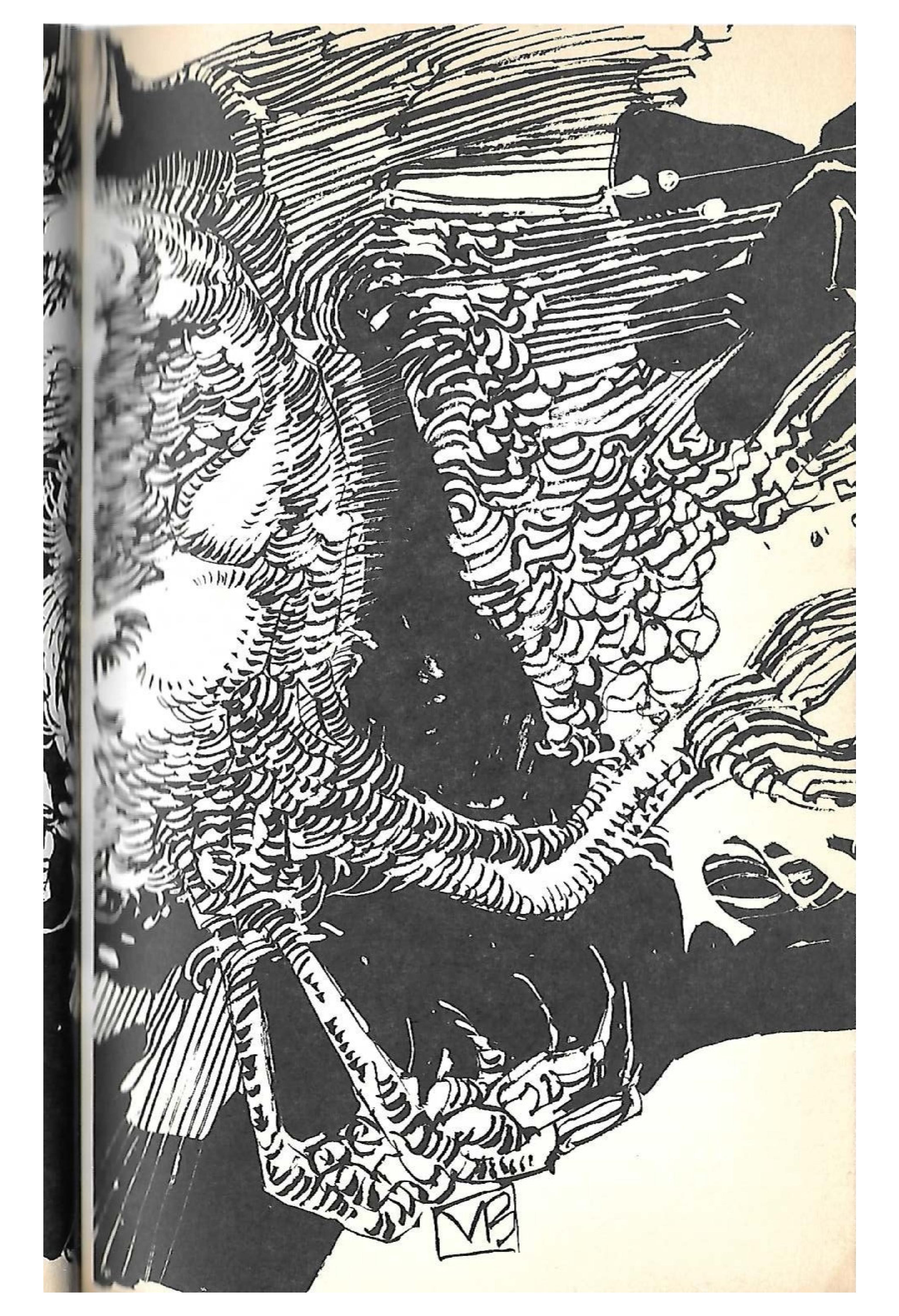
... cuando te lanzas... cuando te lanzas... cuando te abalanzas...

... cuando las aguas...

... cuando te abalanzas sobre mi garganta y la oprimes con todas tus fuerzas hasta que dejo de agitarme y me derrumbo sobre la máquina como un meñeco desmadejado. Mi frente choca contra varias teclas, y en el lugar en que debería haber aparecido el último vocablo, queda escrita una estrambótica palabra carente por completo de vocales, una voz imposible e ilógica, que sin embargo conviene perfectamente a tan insólito discurso: TGBHF.»

El panteón de los Ugarte





El panteón de los Ugarte

Daniel Tubau

¿Alquilaría alguien una mansión en la seguridad de que tres siglos antes en ella se celebraron siniestros aquelarres? Sin duda, estaría en su derecho. Pero quien lo haga, eso sí, que considere minuciosamente las consecuencias de una decisión semejante.



8 de agosto

MI nueva casa, como yo la quería, resulta inquietante. Apenas es un barracón, que he tenido que reconstruir en gran parte. La casa se halla empotrada en la pared de un viejo cementerio abandonado. Aquí me siento bien. Hace más de trescientos años que no se usa el cementerio. Sin duda ya nadie se acordará de él, pues su localización, alejado de cualquier pueblo importante, entre valles, montañas y mesetas, hace muy difícil su acceso a cualquier visitante.

Me consta que este lugar sirvió, tiempo atrás, para cultos anticristianos, pues el cementerio y la casa misma están repletos de estatuas claramente satánicas: en cada esquina de la casa hay una estatua o gárgola. Estas imágenes son similares en todos sus detalles, excepto en el rostro; el resto lo componen un cuerpo alado, pero serpentino y sinuoso, unos pies cartilaginosos y una cola de pez. Algo así como el Satán que describiera el árabe Ibn-Nadim en «Fihrist».

17 de agosto

Hoy he hablado con el administrador. ¡La casa ya es mía! He comenzado a indagar sobre el lugar y he descubierto que hace tres siglos se desarrollaron en el cementerio siniestros aquelarres a la luz de la luna. La Inquisición intervino y numerosos brujos y hechiceras acabaron en la hoguera. Es realmente extraño, pero he encontrado en varias bibliotecas libros que hablan de este lugar y donde se mencionan extraños pasadizos que recorren el cementerio y que llegan a lo que antes fuera una ciudad medieval que hoy se encuentra en ruinas. Tengo que visitarlas, pero no sé exactamente el lugar donde se encuentran. ¡Si encontrara el pasadizo!...

23 de agosto

Estoy obteniendo informes realmente sorprendentes: hace cincuenta años alguien adquirió la casa en la que yo vivo ahora y, desde entonces, nunca se supo más de aquel inquilino: desapareció. Incluso luego vinieron varias personas a buscarle. Sin resultado. Nada suyo fue jamás hallado: ni ropas, ni libros; nada. ¡Como si nunca hubiera existido! También desapareció su hijo años después. Parece como si una maldición persiguiera a aquella familia, pues nunca se volvió a ver a ningún Ugarte. Desde entonces, nadie se atreve a visitar estos parajes y cuentan los lugareños que las brujas todavía habitan en sus tumbas y que en las noches lunares asaltan a los desconocidos e intrépidos viajeros arrastrándoles a los negros abismos. Según esta teoría los Ugarte fueron víctimas suyas. Naturalmente yo no creo en esas supercherías, aunque pienso que puede ser un buen tema para mi novela.

24 de agosto

El ambiente es realmente propicio para la inspiración. Pienso escribir una novela sobre la familia Ugarte. Será inquietante y sangrienta. Justo lo que desean mis lectores.

3 de septiembre

La novela avanza rápidamente. Estoy convencido de que será un éxito. Mi retorno a los lugares de origen... Escribo de noche, en el cementerio. Confieso que siento miedo, más eso es lo que pretendo. Cuanto más miedo sienta más terrorífico resultará el libro.

El día veintiséis fui a procurarme lectura a la ciudad. Llegada la noche y por avería del destartalado autobús que me deja de vuelta a cuatro kilómetros del cementerio, me quedé a pasar la noche en la ciudad. Cuando, a la mañana siguiente, volví a mi casa la encontré toda revuelta, mis papeles descolocados, los muebles en desorden y los utensilios desparramados por el suelo... Supongo que todo ha sido obra de un gato o animal similar que, aprovechando mi ausencia, se introdujo por una de las ventanas abiertas.

8 de septiembre

Hoy el día ha amanecido claro y soleado tras una noche fría y húmeda en la que la niebla impedía ver a más de diez metros.

10 de septiembre

En estos últimos días vengo observando un curioso fenómeno: cuando por la noche conecto mi radio de transistores sucede algo que me inquieta, la emisión

desaparece a cortos intervalos de tiempo y, en su lugar, se oyen voces ininteligibles que susurran extraños cánticos cuya letra me es imposible descifrar. Esta tarde iré a la ciudad para comprar un magnetófono. Con él creo que podré grabar las voces y, de esta manera, intentar posteriormente descifrarlas. Podría tratarse simplemente de una emisora extranjera, ya que los cánticos me recuerdan vagamente las letanías musulmanas, pero dudo que aquí se puedan captar emisoras tan lejanas cuando ya es difícil sintonizar las emisoras locales.

12 de septiembre

Ayer pasé la noche en vela intentando sintonizar los cánticos, pero sin resultado alguno. No oí nada anormal. Naturalmente preparé la grabación a micrófono abierto y con dos cintas. Me acosté desalentado, pero esta mañana, al volver a pasar las cintas, me encontré con que los cánticos aparecen efectivamente grabados. Me resulta sorprendente porque ayer yo no escuché absolutamente nada. ¡Rompo una lanza en favor de la psicofonía!

13 de septiembre

El cántico grabado es muy breve, pero como se repite una y otra vez, he podido descifrar al fin estos sonidos: «¡Iäaz! ¡Iaat! ¡Astur, Astur, Cz' syakz' vulgthmm, vutlagtz mn' vulguthmm! ¡Ai! ¡Ai-! ¡Astur!» Sé que he leído en alguna parte algo muy parecido y, buscando en mis libros, he encontrado una plegaria muy similar. ¡Dios mío! ¡Es un canto universal, un canto destinado a extraños seres que, según parece, se recoge en el NECRONOMICON, de Abdul Alhazrel, libro de cuya autenticidad dudé, como otros muchos, hasta que supe de la edición de Camilo Díaz en 1667 —en gallego— y de las menciones al

libro por parte de meigas tan renombradas como María Sabina y Catuxa de Portela. Estoy trastornado. Acabaré creyendo en las potencias infernales. Pero no, no puedo admitir semejante patraña, es más razonable pensar que soy yo mismo, mi mente, la que ha grabado esas palabras. ¡Se sabe tan poco de la fuerza de la mente humana!

Mañana es noche de luna llena. Pienso llegar hasta el fondo de este misterio. Hoy me acostaré pronto y dormiré con el fin de poder mantenerme en vigilia la noche de mañana.

14 de septiembre

Anoche tuve una espantosa pesadilla. Soñé que alguien se acercaba a mi lecho, sentía su presencia y no podía verle. Se acostaba sobre mí, hundiéndome las costillas bajo su peso. Intenté moverme, pero no podía. Tampoco hablar. Ni, a pesar de mis esfuerzos, abrir los ojos. ¡Estaba paralizado! Unas manos apretaban mi garganta y no podía respirar. Era como si la vida se me escapara mientras aquel ser vertía sobre mí su fétido aliento. Entonces desperté. El libro que dejé sobre la mesilla de noche había desaparecido y, por más que he buscado y rebuscado, no he conseguido hallarlo. Ahora noto como si me siguieran, siento algo detrás de mí; un aliento en la nuca que me hace estremecer... pero, cuando me doy la vuelta, no veo nada ni nadie detrás de mí. ¡Se acerca la noche!

15 de septiembre

Ayer pasé la noche en el cementerio. Llevé una linterna y abundante lectura. Descubrí, también, algo extraordinario: una serie de lápidas que se hallan todas en un mismo panteón y que nunca antes había visto. Todas llevan el apellido Ugarte. La primera co-

rresponde a Juan Alonso de Ugarte y la fecha de nacimiento y del óbito son, respectivamente, 1562 y 1612. Justo al lado de esta lápida, en una gran cripta marmórea, puede leerse: «Descanse en la paz del profundo vástago de la creación Alonso Martín de Ugarte, nacido en 1610». No figura la fecha de la muerte. La siguiente tumba era de un Ugarte que había vivido de 1640 a 1698 y bajo esta inscripción conmemorativa se leía. «Ya el polvo es carne, pasó la tercera generación de las potencias oscuras y ninguna descansará». Me hallaba reclinado sobre la siguiente tumba cuando a mis oídos llegaron grotescos sonidos al tiempo que la tierra de ésta se removió y un viento frío, procedente de la fosa, bañó mi rostro. No sucedió nada más. No escuché ni vi nada en toda la noche porque allí, sobre la tumba, fui vencido por el sueño.

17 de septiembre

Ayer no pude escribir mi diario debido a la alta excitación que me dominaba. Las pesadillas no me dejan un momento de tranquilidad. Sé ya que alguien me vigila y sigue mis pasos... Recuerdo que intenté abandonar el cementerio y volver a la ciudad, pero no pude. Aunque lo deseaba con toda mi alma, me era imposible. Estaba atado y no podía escapar.

23 de septiembre

¡Ayer vi su figura! No sé ya si en sueños o en la realidad. Estaba de nuevo sobre mí. Sus manos —si pueden llamarse manos a aquello— eran viscosas, goteantes, se derramaban sobre mi rostro como gelatina, se introducían en mi boca, corrían por mi garganta. Quise vomitar pero no pude. Mi estómago daba saltos intentando expulsar «aquello» de mi cuerpo. Y de pronto, «aquello» se fue. Me incorporé

del lecho y comprobé —como me temía— que nada tangible o visible se encontraba en la habitación. Me dirigí hacia un espejo y observé que mi rostro no estaba manchado por la gelatina. No obstante, sentía en todo mi cuerpo la asfixiante sensación de aquel repugnante ser. Todo él permanecía en mí.

29 de septiembre

Hoy, en el cementerio, algo me agarró del brazo y, aunque no vi que cosa pudiera ser, sentí su contacto. Me atenazaba arrastrándome hacia un lugar preciso: ¡el panteón de los Ugarte!

—¡Déjame, déjame! —grité enloquecido— ¡Suéltame! ¡Vete! ¡Oh, Dios mío, ayúdame!

Pero «aquello» no me soltaba y ni siquiera mis frenéticos rezos a un dios en el que nunca creí sirvieron para alejarlo. Me arrastraba, me atenazaba, vertía su aliento sobre mí..., pero yo no conseguía verlo, sólo sentía horror y asco.

Por fin, junto a una de las tumbas de los Ugarte, me soltó. Hui desesperado y me refugié en mi habitación. ¡Estoy perdido! ¡Me tienen atrapado!

3 de octubre

¡He de luchar contra ellos! Hoy es noche de luna llena. Llevo crucifijos y un libro de salmos y creo, además, que sé donde se encuentra el pasadizo.

4 de octubre

¡Es horrible! ¡Estoy perdido! Anoche hice dos descubrimientos en el cementerio: las últimas fechas del panteón de los Ugarte son recientes y, desde 1640, está grabado en todas ellas la frase: «... ya ninguno descansará». También hallé el pasadizo que se

encuentra bajo la tumba de Alonso Martín Ugarte. Sus paredes son estrechas y húmedas y, descubrí además, que no es el único pasadizo. Observando por un orificio del muro pude apreciar que, paralelo al que me encontraba, existía otro pasadizo más amplio. Lo intenté, pero no pude acceder a él.

Desamparado, me arrastré como pude en busca de la salida (que presumía eran las ruinas de la antigua ciudad) y en seguida noté que «aquello» avanzaba a mis espaldas, me empujaba con complicidad de amigo y me tocaba con sus heladas manos. Parecía como satisfecho de mi acción...

El túnel era interminable. La humedad me calaba hasta los huesos y «aquello» seguía detrás de mí. Cuando volvía la cabeza con la intención de verle el resultado era siempre negativo. ¡No había nada! ¡Nada!

No sé el tiempo que transcurrió pero, repentinamente, divisé la luna llena sobre mí y «aquello» me abandonó. Quedé solo allí, entre las ruinas, y supe que algo terrible iba a suceder aquella noche. Y temblé cuando la luna se mostró en todo su esplendor porque fue entonces cuando innumerables e indescriptibles sombras corrieron entre las ruinas entonando el cántico que tanto me había trastornado.

Agazapado tras una columna, y aun a sabiendas de que aquellos seres conocían mi presencia, pude observar a todos los monstruos que ante mí danzaban: deformes, con rostros malignos, alas de murciélago y lenguas de víbora, con pezuñas de macho cabrío, sucios, aceitosos, derramando sus nauseabundas sustancias unos sobre otros...

Avanzaron, entonces, dos figuras encapuchadas y la noche quedó en silencio y nadie se movió. El más alto de los encapuchados murmuró oscuras palabras que fueron coreadas por todos los demás y, volviéndose hacia donde yo me encontraba, exclamó:

—¡Cogedle! ¡Satán lo ordena! ¡El es el que ha de ser sacrificado a los dioses de las estrellas!

Escapé por el pasadizo con aquellos seres persi-

guiéndome y la risa del maligno sacerdote golpeándome el cerebro. Me seguían, me palpaban, me agarraban, me mordían y escupían sobre mí. Más no querían capturarme, me dejaban escapar, tan sólo me torturaban en espera del fin que me estaba reservado.

—¡Dios mío! —grité—. Si existes, si hay algo superior a estos demonios, ayúdame. ¡Ayúdame!

Me encerré en mi habitación y arranqué puerta y ventanas. Amontoné muebles a modo de parapeto y me armé con hierros y maderos...

Estoy enloquecido, quizá ya esté loco. Temo a la noche. Vendrán por mí cuando anochezca, cuando de nuevo huya la luz... ¡No! ¡Santo Cielo! ¡No me cogerán! ¡Dios! ¡No puedo controlar mi cuerpo! ¡Me manejan! ¡Voy a morir!

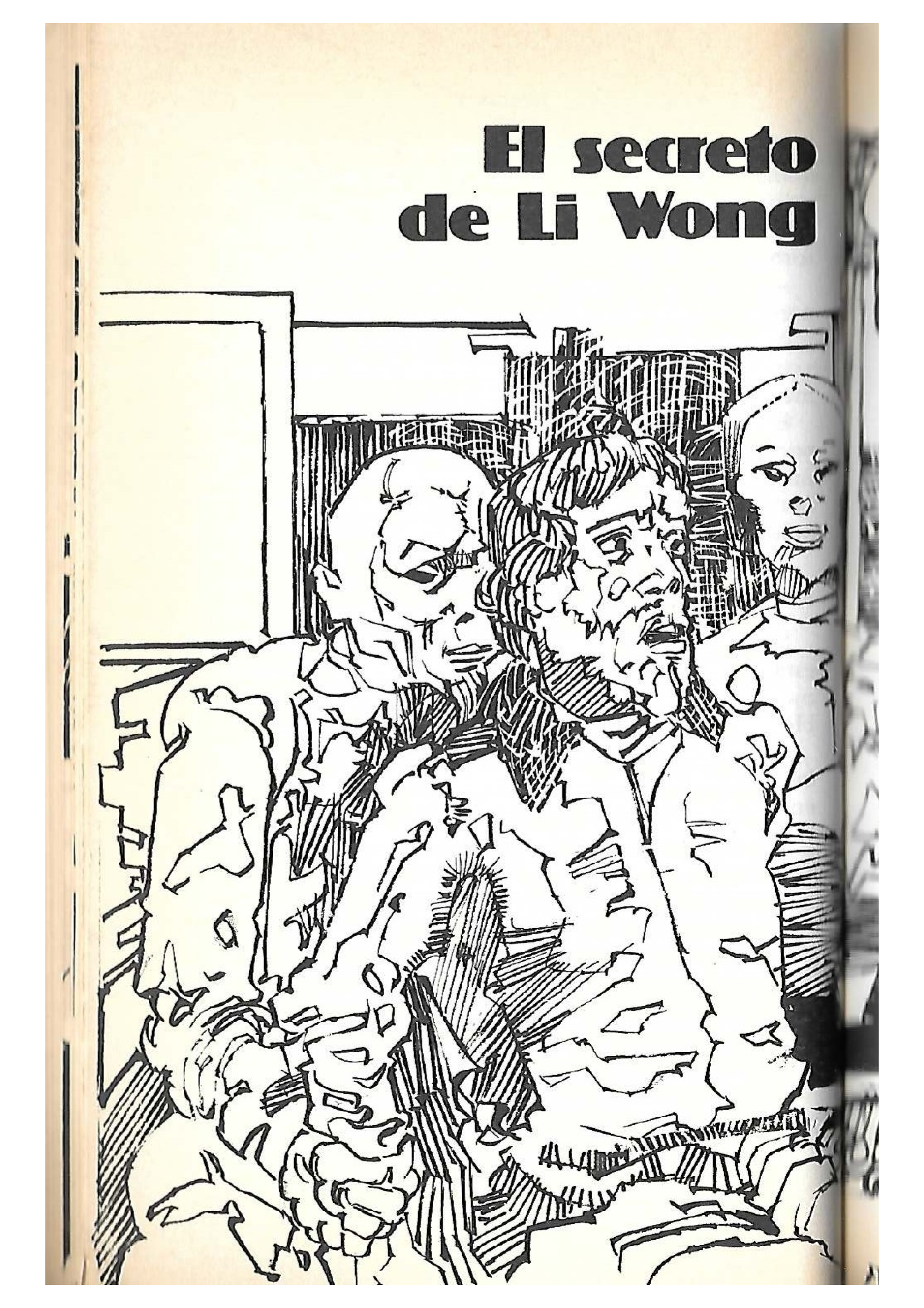
* * *

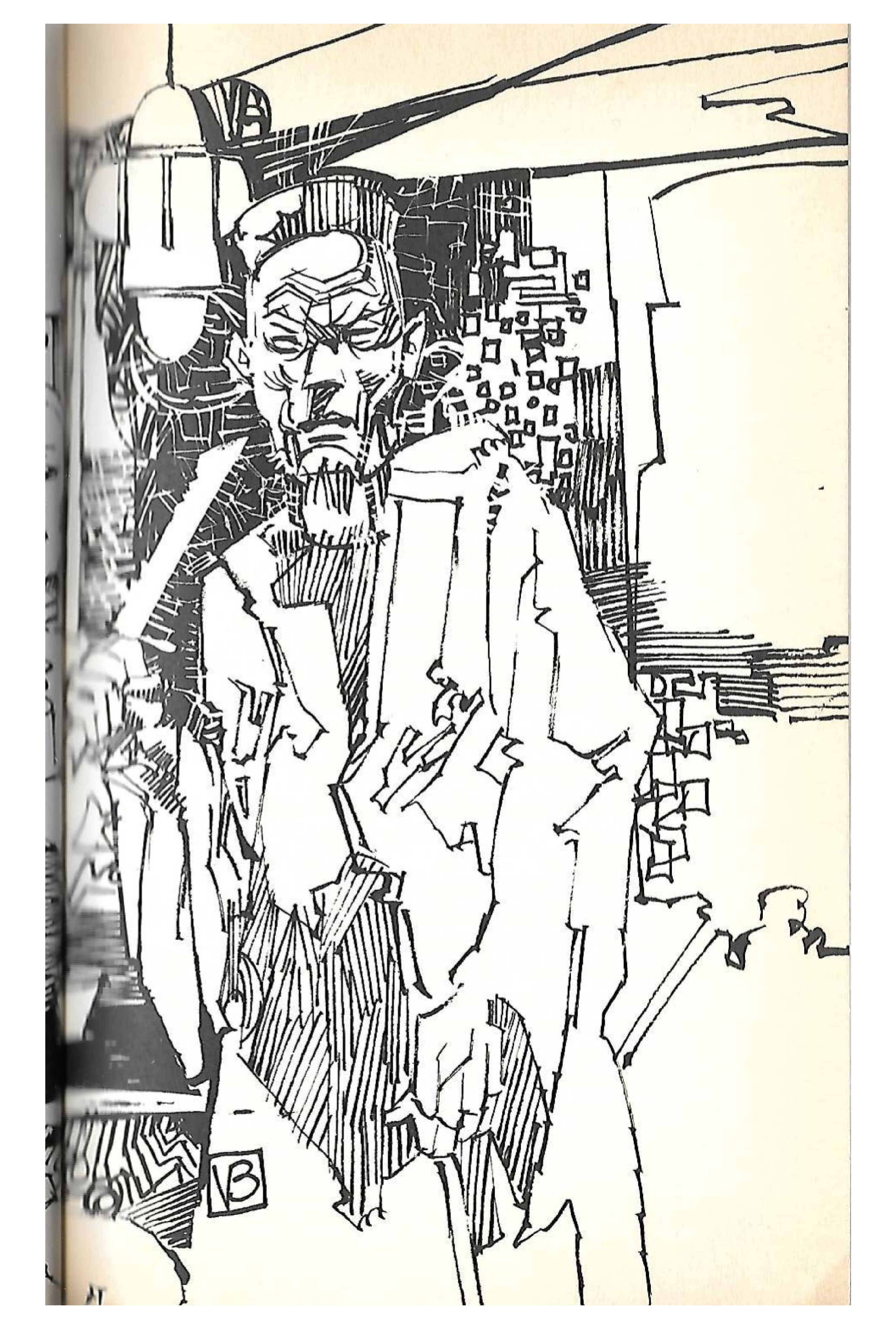
Sobre el altar, el cuerpo mutilado de un hombre estaba siendo regado con sangre de cabrito. Tenía los ojos desorbitados, una mueca de horror en su rostro. Horror indecible. Algo imposible de imaginar...

El encapuchado más alto invocó una oración demoníaca en un desconocido idioma y murmuró a otro encapuchado:

—Hijo mío, la obra que comenzamos hace medio siglo ha llegado a su fin.

El secreto de Li Wong





El secreto de Li Wong

José León Cano

Aquella deliciosa muchacha aseguraba tener sesenta años... De ser verdad, ¿qué precio habría de pagar por conocer el secreto de la eterna juventud?



ENTREABRIÓ con su lengua la puerta de sus dientes en busca de la lengua de Li Wong, y al encontrarla una oleada de placer le encendió la sangre. Pero Li Wong deshizo el abrazo, le miró a los ojos y repitió:

—Acabo de cumplir sesenta años. Debes creerlo porque es la verdad. Te enseñaré mi documentación, donde se especifica que nací el 3 de agosto de 1920.

A Peter Mandel se le abrieron los ojos como platos. La contempló lleno de asombro y dijo.

—¡Imposible!

—Es cierto. Los he cumplido hace tres días.

¡Sesenta años! Pensó que aquella deliciosa criatura le estaba tomando el pelo. Deslizó de nuevo las yemas de sus dedos sobre el pecho desnudo de Li Wong, suave y cálido como el de una niña. Acarició su pelo oscuro y brillante, y no pudo encontrar ninguna cana. La atrajo hacia su boca y besó otra vez unos labios jugosos y ardientes como frutas recogidas en verano... ¡Sesenta años!

—No entiendo este juego.

—No se trata de ningún juego, Peter. Sabes que te amo, y por eso debo decirte la verdad.

—Pues tendrías que explicarme cómo es posible

que, teniendo sesenta años como dices, parezca que acabas de cumplir veinte.

Li Wong se llevó el índice a los labios y sonrió. Tendría que explicarle muchas cosas. Por ejemplo, cómo era posible que sus ojos negros brillasen siempre de una forma tan extraordinaria, cómo era posible que desarrollase tanta actividad, que jamás se mostrara cansada, que siempre estuviera dispuesta a hacer el amor y siempre lo hiciese con extremada delicadeza, pero con una fogosidad absolutamente impropia de la raza amarilla.

—No me importa que tengas sesenta años o sesenta mil, con tal de que sigas haciéndole a mi cuerpo todas esas diabluras que le haces. Pero compréndeme, amor mío. Eso que me dices es inaceptable. Y no merezco que me tomes el pelo.

—Te lo explicaré todo. Pero ahora ven, abrázame...

El aire acondicionado del hotel les mantenía aislados de la fiebre pegajosa con que Bangkok se embadurnaba todas las noches. Gracias a ello, Peter Mandel, el incorregible trotamundos, y Li Wong, la hermosa prostituta amarilla, pudieron abandonarse nuevamente al frenesí copulatorio, arte en el que Li Wong se mostraba tan experta como si fuera cierto que tuviera sesenta años y hubiera pasado medio siglo de su vida sin hacer otra cosa. La asombrosa vagina de la vietnamita parecía dotada de vida propia, y conocía las necesidades masculinas con tan absoluta perfección que Peter alcanzó, por primera vez en su dilatada vida sexual, cinco ofrendas seguidas sin que su virilidad se sintiese por ello abatida. No era extraño, por tanto, que el conocido fotógrafo del «Harper's» creyera haber franqueado, con la ayuda de Li Wong, las mismas puertas del paraíso. Por supuesto, no podía creer lo que Li Wong decía acerca de su edad, «pero si el secreto de la eterna juventud —pensó— tiene algo que ver con el secreto de la eterna virilidad, no cabe duda de que esta muñeca me lo está transmitiendo».

Peter fumó ese cigarrillo delicioso que sigue al último orgasmo mientras el nuevo día comenzaba a clarear por los ventanales de la habitación. Más allá la vida oriental, tradicionalmente madrugadora, comenzaba a pulular de forma ensordecedora, construyendo una discordante sinfonía de ruidos de claxon, gritos y timbres de bicicleta. Bangkok no dormía apenas bajo el agobiante manto nuboso del monzón, pero Li Wong, observó entonces, no dormía nunca. Estaba a su lado en la cama, respirando a un ritmo acompasado y profundamente, como si durmiera, aunque tenía los ojos abiertos. Y recordó que en las siete maravillosas noches que había pasado con ella jamás la había visto dormir. «Hace muchos años —dijo en ese momento Li, tal vez adivinándole el pensamiento— que he dejado de dormir. No lo necesito. Cuando se vive el presente con los ojos muy abiertos, el tiempo no pasa. Dormir es acercarse a la muerte. Cuando conozcas el secreto para no envejecer, tú también vivirás intensamente el presente y no querrás volver a dormir.»

Peter ardía en deseos de que le revelara el acertijo, si es que se trataba de eso. Pero conocía lo bastante a Li como para saber que nada conseguiría preguntándoselo. Era una chica tozuda, siempre tomaba la iniciativa y jamás daba su brazo a torcer, aunque se tratase de asuntos nimios. Cuando la conoció en un famoso prostíbulo de la ciudad, oficialmente una «casa de masajes», de esas que exhiben el «género» tras una amplia cristalera, fue ella quien le eligió a él, y no a la inversa. Se sintió inmediatamente atraído por la intensidad de aquella mirada oscura, transparente y al mismo tiempo impenetrable, en cuyo fondo ardía con ímpetu extraordinario el fuego del deseo. Cuando indicó al encargado el número que Li Wong lucía en su amplio escote, ésta se levantó y le mostró la lengua, componiendo con aquel gesto una promesa inequívoca de placer, que se vio ampliamente satisfecha desde el momento en que, cerrándose la puerta del cuarto tras de sí, comenzó a desnudarle con parsimo-

nia, y luego sus manos deliciosas acariciaron con sabiduría aquellas zonas de su piel donde se concentraban ansiosamente impulsos que hasta entonces había desconocido... Tuvo que admitir que se había enamorado de ella como un colegial. La delicadeza, la fragilidad, la armonía, la eterna sonrisa de las muñecas amarillas se sumaban en Li Wong a una extraña ternura, no exenta de cierto autoritarismo, constituyendo un conjunto excepcionalmente valioso, incluso para un corazón fatigado y excéptico como el de Peter Mandel. Hasta el inglés que hablaba Li Wong, ingenuo y alicorto, le sonaba a música celestial.

—Me gustaría haber estado más noches contigo, antes de que conocieras el secreto, porque haces el amor divinamente y cuando lo sepas tal vez ya no me quieras...

—Te voy a querer siempre.

—...Pero ha llegado el momento, si es que he conseguido despertar tu curiosidad tanto como tu deseo.

—No estás obligada a decirme nada, Li. Admito que esa tontería de tu edad no encaja en mis esquemas, pero me es igual. Podemos olvidar el asunto y seguir como hasta ahora.

—No. Ahora que sabes mi edad debes conocer el resto. Vendrás conmigo y lo verás todo.

Li se enroscó entonces por última vez al cuerpo de Peter como si fuera una serpiente, de tal forma que, ante el asombro de éste, logró despertarle nuevamente el deseo hasta el punto de que ya se disponía a hacerla suya. Pero Li, en vez de entregarse, le sonrió con inmensa ternura, comenzó a vestirse y le instó a que hiciera lo mismo:

—Vamos a ir en mi coche a la aldea de mis padres. Está cerca.

Peter no opuso resistencia, y diez minutos después se encontraba a bordo de uno de esos feos coches japoneses que hacen instransitables las congestionadas calles de Bangkok. Li Wong conducía con la mano izquierda, mientras con la otra le prodigaba caricias incesantemente, recorriendo una y otra vez sus

muslos, su pecho, el bajo vientre... De esta forma, la travesía de la ciudad se le hizo corta, y comenzaron a discurrir ante sus ojos inmensos arrozales, llanos como la palma de la mano. Eran las siete de la mañana y el estómago de Peter, tras una noche tan felizmente agitada, estaba reclamando su desayuno, así que le sugirió a su compañera la conveniencia de parar. Creyó advertir, cuando se lo dijo, un extraño brillo en los ojos de Li Wong.

—Es mejor que desayunemos al llegar —repuso—. Ya nos falta poco.

Y en ese momento pisó a fondo el acelerador. El coche comenzó a correr a velocidad endiablada por una carretera estrechísima, pero Li Wong conducía con tanta seguridad y destreza, pese a que su mano derecha seguía ocupada en acariciarle, que Peter apenas se inquietó, y menos aún cuando Li, extremando su deliciosa sonrisa, dijo:

—Así desayunaremos antes.

Al cabo de media hora llegaron a un grupo de casuchas de adobe, con techos de hojalata, que surgían del barrizal como oscuras prolongaciones de la tierra. El coche tuvo serias dificultades al cruzar el barro, donde las ruedas se agarraban a duras penas. En una ocasión estuvieron a punto de quedar aprisionados, y entonces la dulce Li Wong, completamente transformada por la ira, comenzó a proferir una serie de exclamaciones incomprensibles que a Peter le parecieron, por el tono, horribles palabrotas. Aquello tampoco encajaba con la idea que se había hecho de su amante, quien, al advertir el estupor de su compañero, cambió rápidamente el gesto airado por su perenne sonrisa. Peter, sin embargo, comenzó a inquietarse, aún sin saber cuál podía ser la causa de su desasosiego. Cruzó por su mente la idea de haber caído en una trampa, aunque la mano encantadora de Li Wong, deslizándose suavemente por su bragueta y tirando con no menos suavidad de la cremallera, le hizo deshechar tan negro pensamiento.

El coche, una vez superado el obstáculo del barro,

continuó rodando más allá del pueblecito hasta alcanzar una suave colina en cuya cima, solitaria, se levantaba una casa algo mayor que las anteriores, pero de similares características. El cielo, preñado de nubes negras, comenzó a entenebrecerse cuando Li, parando el vehículo frente a la puerta principal, indicó que habían llegado a su destino y añadió:

—Ahora comeremos.

Abrió la portezuela de Peter un individuo todavía de aspecto joven, como de treinta años, vestido con un pijama de seda negra al estilo chino. De su barbilla lampiña colgaban apenas cuatro pelos, formando una perilla inverosímil, larga y despoblada, que contrastaba con la propia barba de Peter, rizosa y espesa. El individuo saludó admirativa y ceremoniosamente al recién llegado y pidió permiso, con un gesto, para acariciarle la barba. Peter accedió a ello de buen grado y el amarillo le tiró suavemente de la barba, al tiempo que mostraba su satisfacción repitiendo hasta la saciedad una de las pocas palabras que sabía en inglés:

—¡Fuerte, fuerte...!

Peter cruzó el umbral de la puerta, que fue cerrada de un violento golpe por Li Wong. Esta se volvió entonces a su amante y señalando al joven de negro, le dijo:

—Es mi padre.

No le dio tiempo a salir de su asombro. Porque sentada junto a una mesa camilla en el centro de la habitación, una mujer algo mayor que Li Wong, aunque todavía espléndida y apetecible, le dirigía una mirada inquisitiva desde sus ojos rasgados y se relamía impúdicamente sin dejar de sonreír.

—Es mi madre.

Peter, estupefacto, se dejó caer en una silla junto a aquella mujer que tan lejos estaba todavía de haber alcanzado la madurez.

—Supongo —insinuó— que se trata de una broma...

Pero Li Wong se le sentó en las rodillas, ante la

mirada aprobatoria de sus pretendidos padres, y le abrazó con fuerza, sin dejar de lamerle y mordisquearle el lóbulo de la oreja con gozosa picardía.

—No es ninguna broma, querido. Estas personas «son» mis padres. Mamá tiene noventa años y papá noventa y tres. También ellos conocen el secreto de la juventud eterna, como lo vas a conocer tú dentro de un momento.

Peter empezó a inquietarse seriamente. Miró hacia la puerta y comprobó que estaba cerrada con llave. Luego, la mujer que había sido presentada como la madre de Li Wong cerró las cortinas de la única ventana y encendió un quinqué de petróleo, mientras el padre colocaba sobre la mesa un gran cuenco de barro y un largo cuchillo dentado.

Li Wong advirtió la inquietud de su invitado.

—No te pongas nervioso... Estamos tomando precauciones para que no nos vean los vecinos. Porque lo que vamos a hacer es ilegal. Está prohibido por el Gobierno... Pero ahora debo contarte cuál es el secreto que nos permite mantenernos siempre jóvenes y fuertes.

El corazón comenzó a latirle aceleradamente. Intuía, oscuramente, que había alguien más en la casa. Sintió deseos de escapar cuanto antes, pero las mullidas posaderas de Li Wong, contoneándose arteramente sobre su miembro, actuaron como un gozoso anestesiante. Y así fue como Peter pudo escuchar la historia que le contaba su amante hasta el final.

—Pertenecemos a una secta muy perseguida —dijo Li Wong—, cuyos orígenes se remontan a la antigua China. Dicen de nosotros que somos nigromantes y que utilizamos la ayuda de los demonios para mantenernos en la juventud, pero no es verdad. Lo conseguimos con unos medios más simples. Hace tiempo que nuestra secta descubrió algo muy sencillo, pero muy eficaz. El cerebro del mono, devorado cuando el animal todavía está vivo, proporciona longevidad, fuerza y armonía para siempre. Al mono se le abre la cabeza con un escalpelo y empieza a chillar de terror.

Hay que hacer la operación con mucho cuidado para que el animal no muera, porque si muere antes de tiempo su cerebro pierde esas propiedades maravillosas. Por tanto, hay que empezar a comer el cerebro eligiendo bien las partes, a fin de que el mono, aunque parcialmente descerebrado, pueda conservar la vida el mayor tiempo posible.

De pronto, el cuerpo de aquella mujer, aparentemente joven, le produjo una repulsión asquerosa, y una náusea incalificable le recorrió las entrañas: ¡Estaban invitándole a comer el cerebro vivo de un mono!

—Sólo que esta vez, amor mío —añadió Li Wong—, comeremos algo mejor.

Entonces comprendió. El chispazo de la revelación iluminó su cerebro como una descarga abominable. Pero ya era demasiado tarde. Dos manos fuertes y huesudas sujetaron con fuerza sus brazos tras el respaldo de la silla. La acción fue tan inesperada y vigorosa que no pudo reaccionar. Volvió la cabeza y contempló el rostro desconocido, sonrosado, lleno de vida, de un hombre maduro, sonriente como todos los chinos, en cuyas malignas facciones se reflejaba un infame deleite.

—Se me olvidaba presentártelo —dijo Li Wong con sorna—. Es mi abuelo. El mes pasado cumplió ciento veintisiete años.

Los cuatro personajes le rodearon sin dejar un momento de observarle ni de sonreír. Le hubiera gustado imaginar que estaba sufriendo una pesadilla, pero tuvo que aceptar la espantosa realidad. La evidencia de su muerte inmediata actuó como un poderoso revulsivo y se puso a patalear tratando de levantarse de la silla. Pero el cuerpo de Li Wong, sentado en sus rodillas, se lo impedía.

—Quieto, quieto... Pobre Peter. Ya no puedes hacer nada, querido.

Gritó como un cerdo a la vista del matarife, pero comprendió que, en aquella casa aislada, nadie podría

escucharle. Los gritos de Peter excitaban y divertían a sus verdugos.

—Sucio blanco —dijo Li Wong fingiendo un tono amable—, grita cuanto quieras. Así me gustas más.

Entre todos, febrilmente, le ataron a la silla con una cuerda. En vano trató de oponer resistencia, con los músculos crispados de espanto y sabiendo que ya no había posibilidad de escapar. Entonces Li Wong, todavía sentada en sus rodillas, se le abrazó al cuello y, con la boca pegada al oído, le habló en voz baja.

—Adios, amor mío. Te portaste muy bien conmigo. Ningún blanco me había proporcionado jamás tanto placer como tú. Me hubiera gustado que llegaras a saber esto mucho más tarde. Habríamos gozado muchas noches más. ¿Te acuerdas? Cuando te llegaba el placer y expulsabas tu asqueroso semen te volvías igual que un niño y te aferrabas a mis pechos como si fuera tu madre. Eso me gustaba, sí, es la verdad, me gustaba mucho. Pero ahora me vas a dar más gusto que nunca, y eso a lo mejor te consuela.

Entonces le besó, hundiendo su boca hasta alcanzar la lengua de Peter. Este sintió su gustoso y abominable tacto y hubiera deseado escupirla, pero un sentimiento mucho más hondo le hizo gemir como un cachorrillo.

—Tened piedad de mí, por favor, os lo suplico, tened piedad de mí...

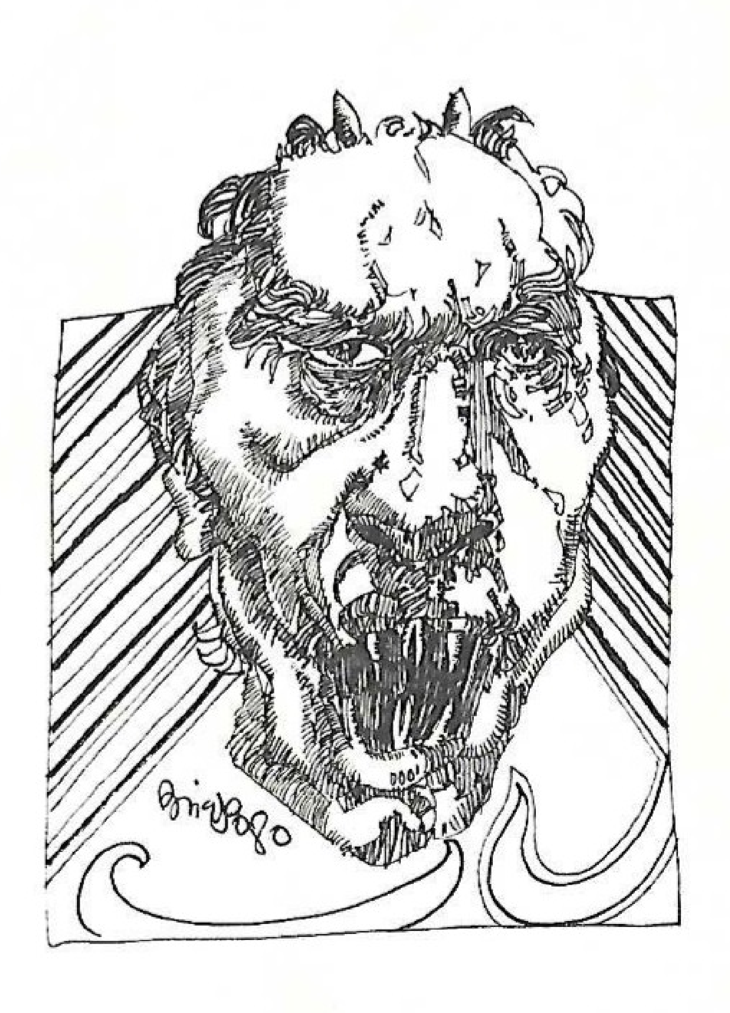
Peter repetía su salmodia cada vez con la voz más ahogada, y un sadismo sibarita brilló en los ojos de quienes contemplaban su desesperación. Hasta que, incapaz ya de proferir palabra, comenzó a llorar mansamente.

Fue entonces cuando el padre de Li Wong acercó el cuchillo dentado a su frente y rasgó la piel hasta alcanzar el hueso.

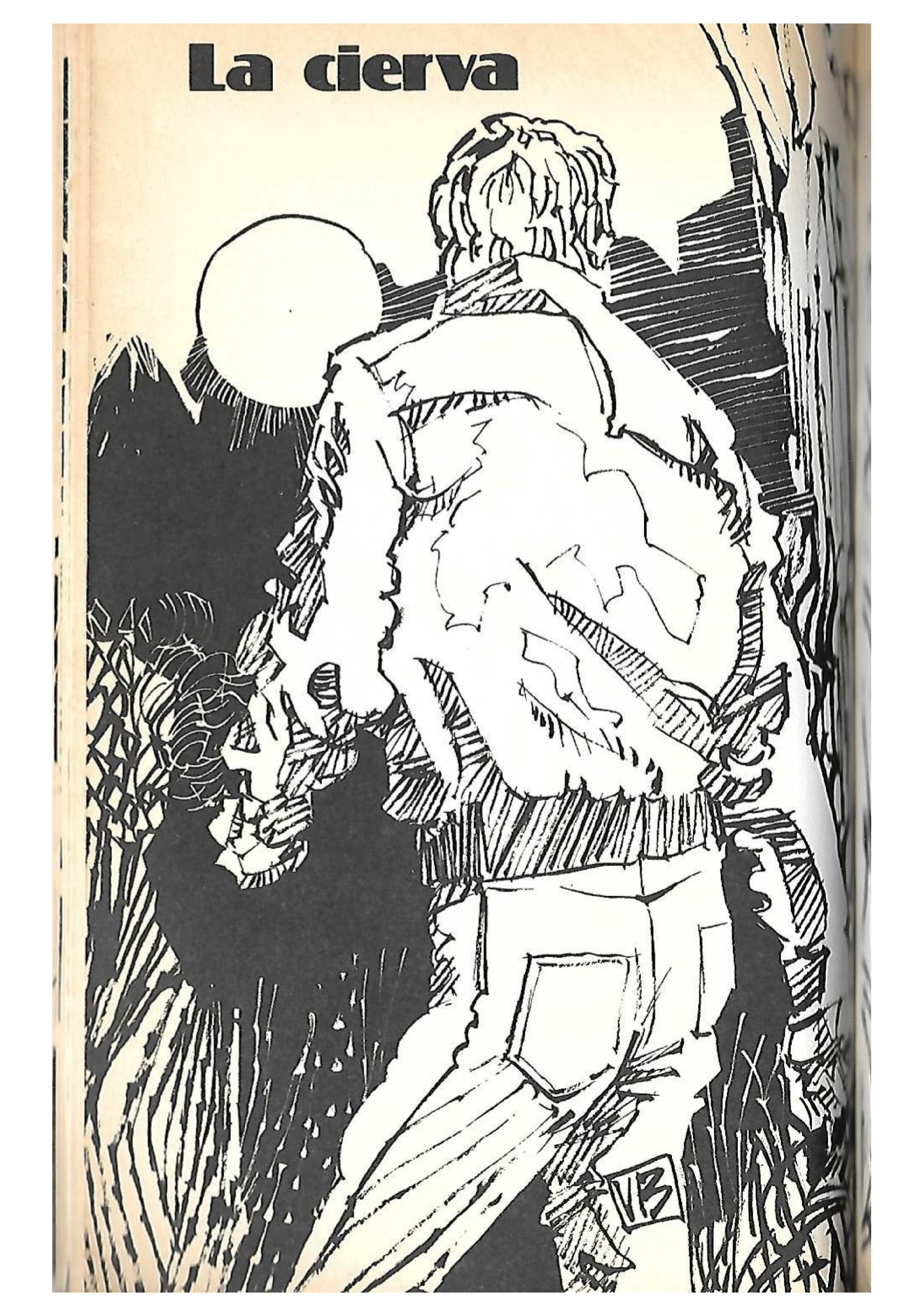
No fue tanto el dolor insufrible como el horror a lo que después sucedería, lo que le hizo a Peter proferir un grito desgarrador. Pero nadie, a excepción de sus cuatro verdugos, pudo escucharlo.

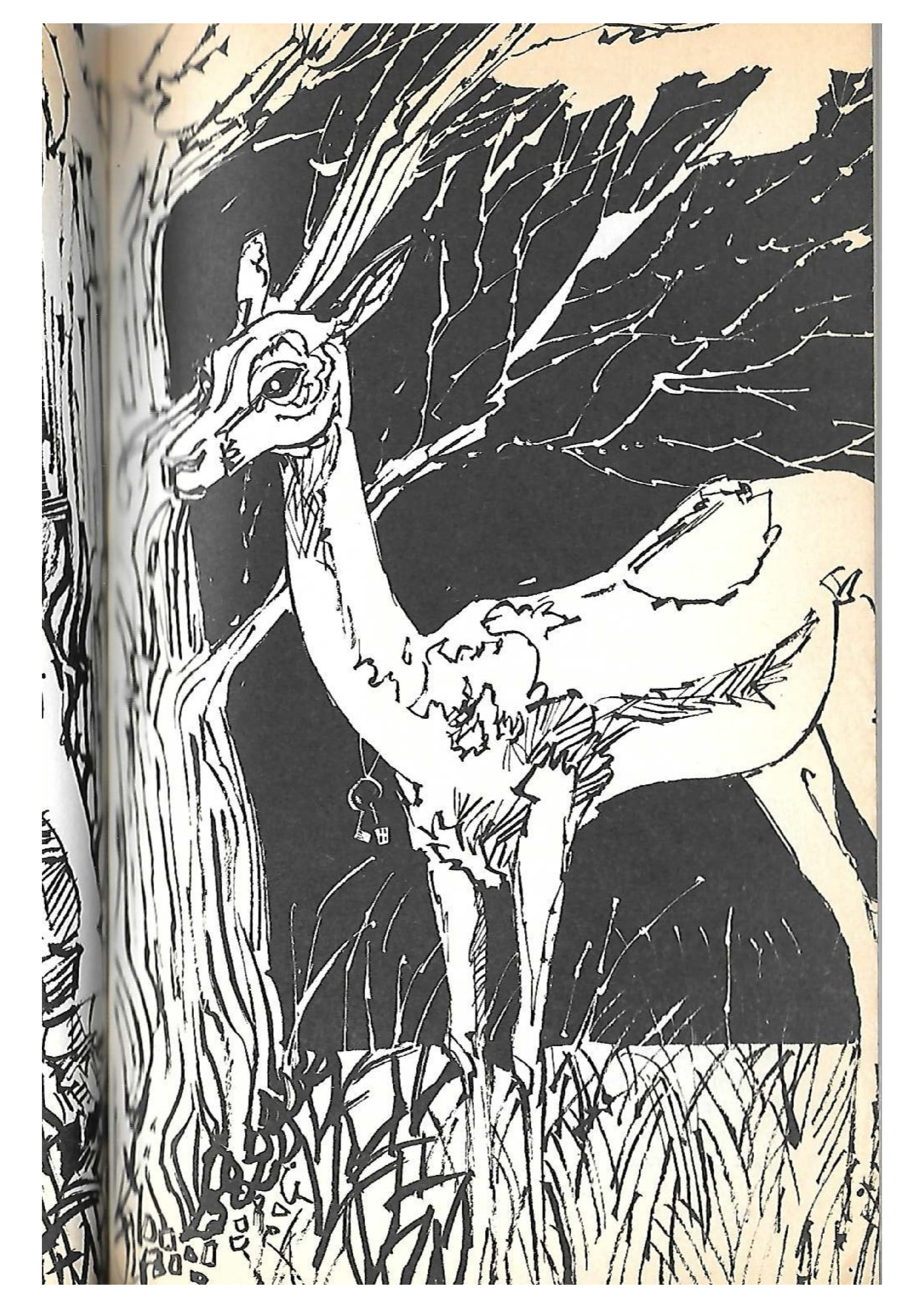
—Y ahora mira, cerdo, mira lo que tengo en la mano...

Li Wong, malignamente, sujetaba ante sus ojos, prendido por el cabello, un cuajarón sanguinolento que Peter, en plena lucidez, identificó como parte de su propio cráneo. Sentía en el filo del hueso arrancado un lazo de hielo lacerante. La sangre atravesaba la frontera de las cejas y discurría hacia sus ojos enturbiándole la visión, pero no impidiéndosela. Fue así como, tras sentir algo inconcebiblemente dulce y luminoso en el fondo más profundo de su cabeza, vio la maravillosa boca de Li Wong entretenida en masticar despacio, con absoluta delectación, un trozo de substancia blanquecina. Y luego se borró, en una inmensa sombra, toda apariencia de realidad.



La cierva





La cierva

P. Martín de Cáceres

Ignoraba si aquel sueño guardaba alguna relación con la misteriosa mujer de ojos de cierva... Y, desde luego, no podía impedirse un profundo sentimiento de miedo al comprobar que el caballero que la acompañaba en el cuadro era una perfecta réplica —incluso en su deformidad— de sí mismo.



AUNQUE lo sostenía desplegado delante de mis ojos, mi atención no estaba dirigida hacia el periódico.

Las llamas de la gran chimenea, bailando y agitándose sin cesar, era lo único que me interesaba desde hacía largo rato. Mi mente se había vaciado por completo de pensamientos y se hallaba prisionera en la continua danza de las lenguas de fuego. Mi interlocutor tuvo que repetir dos veces la pregunta antes de que yo consiguiera apartar los ojos del hogar.

—¿Cómo dice? Perdone —me disculpé—; estaba distraído.

—Puesto que lleva casi un cuarto de hora sin prestar atención al diario —declaró mi vecino de asiento—, he supuesto que no le importaría prestármelo durante un par de minutos.

—Desde luego —me apresuré a responder.

—¿Es usted huésped del parador? —inquirió el caballero al tiempo que plegaba el periódico y lo depositaba sobre una mesita, lo que me indujo a pensar que únicamente deseaba conversar con alguien.

—Sí...; es decir, sí..., lo soy —repuse sin saber a qué atribuir aquella repentina vacilación.

—Comprendo —aseguró mi interlocutor, como si

mi aseveración necesitara de algún entendimiento especial.

Yo continué contemplando la chimenea a la espera de una nueva interrogación que no se hizo esperar.

—¿Viaje de negocios?

—No exactamente —repuse sin dar más explicaciones.

—¿De placer, entonces? —insistió él.

—Digamos que me interesó el aspecto de este pueblo y me detuve aquí a pasar la noche.

—Lo que para los viajeros es una molestia, para mí y para los que no nos gusta el turismo masivo las infernales carreteras de estos contornos resultan una ventaja. El carácter del pueblo se conserva... —y se interrumpió confundido cuando me volví completamente hacia él.

—Yo no conduzco —manifesté sin ánimo de resultar violento.

—¡Oh!, lo lamento de veras —balbuceó al contemplar el lugar donde debería encontrarse mi brazo izquierdo—. Lo lamento —repitió.

—No tiene importancia. ¿Usted no es huésped del hotel?

—No, desde luego —repuso todavía confundido—. Supongo que debo de parecerle un estúpido entrometido.

—Nada de eso. La gente se desconcierta cuando se topa con alguien a quien le falta un brazo o una pierna sin advertir que ya estamos acostumbrados a esa relativa invalidez.

—Sí... —comentó él.

—Hagamos abstracción de esa carencia, entonces —continué—. ¿No se aloja usted en el parador?

—No, no —explicó—. La mayoría de las tardes subo aquí a tomar una copa y a cambiar un poco de ambiente. A veces charlo con los huéspedes de una noche y luego nunca más vuelvo a verlos. Es cierto —confesó— que no soy partidario del tumulto, pero mi trabajo es de una naturaleza tan sedentaria que al caer la tarde experimento deseos de un poco de con-

versación con personas de cierta cultura. Me temo que soy el único intelectual del pueblo.

—¿En que se ocupa usted? —me permití preguntar.

—Soy maestro, y en cierto modo investigador —repuso dirigiendo su vista insistentemente hacia la manga izquierda de mi chaqueta—. Trabajo también en los archivos del ayuntamiento. ¿No es usted de aquí? —preguntó de súbito.

—¿Qué le hace pensar tal cosa? —repuse.

—Seguramente no ha pasado inadvertido para usted el embarazo que he experimentado al advertir la falta de su brazo izquierdo. ¿Me consideraría un entrometido si le pregunto cómo lo perdió?

—Un accidente —repuse concisamente y con cierta brusquedad.

—Me parece que he herido sus sentimientos con mi impertinencia —dijo el caballero levantándose—. Le ruego que me disculpe. Debo marcharme ahora.

Y haciendo una ligera inclinación en dirección a mí, abandonó el salón.

* * *

La habitación era extremadamente confortable. La transformación de antiguos palacios o grandes mansiones solariegas en paradores de turismo ofrece las ventajas de poder gozar de un marco típicamente medieval o renacentista juntamente con todas las comodidades propias de nuestros días y de las que ya no podemos prescindir.

En el caso de la habitación que ocupaba, tal adecuación había sido efectuada con especial buen gusto. La estructura general del salón había sido respetada en su integridad, y los muebles escogidos con tal acierto que casaban perfectamente con la severidad de líneas de la estancia. Tan sólo la luz eléctrica o el moderno cuarto de baño hacían desvanecerse la ilusión de encontrarse en una época remota.

Mientras reposaba todavía vestido sobre la cama, intentaba explicarme por qué motivos o qué invenci-

ble impulso me había forzado a detenerme en aquella villa.

Cuando tomé el tren el día anterior mi intención era reunirme con unos amigos en una pequeña ciudad de la costa, a fin de gozar de una semana de vacaciones. No soy muy aficionado a los viajes, y ello es debido probablemente a mi natural cómodo y a la falta de confort de nuestros trenes. Por otra parte, me es imposible dormir más de una hora sentado en un vagón de ferrocarril o recostado en una litera, por lo que, resignado a pasar una noche en vela, decidí tomar un billete de primera clase y pasar el viaje leyendo.

Quiso la fortuna que yo fuera el único ocupante del departamento, lo que me permitió mantener encendida la luz durante la mayor parte del trayecto. Me sumergí, apenas arrancó el tren, en la lectura de un libro que me absorbió por completo, y perdí la noción de la realidad hasta que, cerca de las tres de la madrugada, el convoy se detuvo con cierta brusquedad sin que en las proximidades del lugar pareciera haber estación alguna. Al cabo de un cuarto de hora de parada, y como al asomarme por la ventanilla observara la presencia de algunas personas en la parte delantera del convoy, opté por abandonar mi departamento a fin de obtener información acerca de aquella irregular detención. Al llegar al vagón de cabeza, descendí del tren, al igual que habían hecho algunas personas, y aproximándome a la máquina, me interesé por lo que había podido causar aquel retraso.

—Ha sido un animal —me explicó uno de los viajeros—; un ciervo.

—¿Lo ha arrollado la máquina?

—El maquinista dice que lo vio detenido en medio de las vías con la cabeza vuelta hacia el convoy. Dice que parecía una estatua. Al parecer —continuó mi informador—, el animal tuvo tiempo sobrado de apartarse, pero continuó en la misma actitud, como si deseara ser arrollado.

En aquel momento pasó a nuestro lado un hombre que debía de ser el fogonero. Al mismo tiempo, el

revisor nos urgió a subir al tren alegando que el viaje iba a continuar.

—Yo también lo vi —aseguraba aquel hombre—. Las ruedas de la máquina le pasaron por encima. Tenía que estar ahí.

—Habrá huido herido —terciaba el revisor.

—No es posible —señaló el que parecía el maquinista—. Hemos sentido el encontronazo.

* * *

De regreso a mi departamento, advertí que había alguien sentado al lado de la ventanilla. Molesto porque el intruso había apagado la luz, lo que me obligaría a hacer el resto del viaje a oscuras, descorrí la puerta con cierta violencia, y me derrumbé de mal humor sobre mi asiento. La persona, que parecía dormitar, era una mujer, y sin duda alguna, por alguna causa que yo desconocía, se había cambiado de departamento, pensando quizá que éste se hallaba vacío.

El tren reanudó su marcha, y ante la imposibilidad de distraerme leyendo, coloqué los pies sobre el asiento frontero y traté de dormir, a sabiendas de que difícilmente lo conseguiría.

Muy pronto, no obstante, comenzó a invadirme un agradable sopor, y al cabo de algunos minutos, me hallaba profundamente dormido. Por el fondo de mi mente daba vueltas un animal inquieto.

Soñé que el animal, una cierva, corría vertiginosamente a través del bosque, y al salir de entre los árboles, su carrera se hacía paralela a la del tren en el que yo viajaba. Las patas de la cierva la impulsaban con tal velocidad, que al cabo de poco tiempo dejó atrás al tren y se perdió en la lejanía. Yo era quien manejaba la máquina, y de pronto, asomándome hacia la negra noche que iba penetrando el convoy, vi a la cierva detenida en medio de la vía. Oprimí con fuerza el pulsador que liberaba el silbato y un agudo grito surgió de la garganta de la locomotora, pero el animal, impertérrito, continuó en medio de la vía contem-

plándome con sus grandes ojos acuosos. Un centenar de metros antes de alcanzar el lugar donde la cierva se hallaba detenida, tiré de la palanca de freno, pero, a pesar de que la velocidad del tren disminuyó, me fue imposible detenerlo por completo. Un fuerte choque fue el indicio de que la cierva había caído bajo las pesadas ruedas.

En aquel mismo momento me desperté, y pude advertir que mi compañera de departamento había desaparecido. Descorrí la portezuela y, casi al extremo del pasillo, vi que aquella mujer volvía la cabeza y me miraba con sus grandes ojos suplicantes. Me di cuenta entonces de que el tren se hallaba detenido en una estación. Un silbido anunció su inminente partida, y arrebatado por no sé qué subyugante sensación, tomé mi maletín de la red y me encaminé corriendo pasillo adelante hasta la plataforma. Cuando ya el tren había iniciado su marcha, abrí la portezuela y salté al andén.

Corrí hacia el exterior de la desierta estación. Dentro de un vetusto taxi dormitaba su conductor. Abrí la portezuela y creo que le grité:

—¿Ha visto a esa mujer?

El taxista se estremeció, y dando un respingo sobre su asiento repuso con voz somnolienta.

—Lo siento mucho, señor, ¿a qué mujer se refiere? Estaba dormido.

—A la que acaba de bajar del tren.

—¿Desea que le lleve al parador?

—¿No ha visto a una mujer que ha descendido del tren unos segundos antes que yo?

—No he visto a nadie —repuso—. ¿Le llevo al pueblo?

—¿No había aquí más taxis?

—Había uno más —explicó el hombre ante la insistencia de mis preguntas—. Supongo que se habrá marchado.

—¡Allí va! —grité creyendo ver en la lejanía la luz de unos faros—. ¡Alcáncelo! —añadí cerrando fuertemente la portezuela del vehículo.

El hombre hizo un gesto de resignación, y poniendo

el coche en marcha iniciamos la persecución a una moderada velocidad que era, al parecer, la máxima que aquel asmático taxi era capaz de proporcionar. Resultaba evidente que no alcanzaríamos al primer vehículo antes de que llegara al pueblo.

De pronto, al tomar una curva, vimos algo en la carretera. El conductor se aferró al volante y pisó el pedal del freno. Allí, detenida a escasos metros, se hallaba la cierva con la cabeza vuelta hacia nosotros. Súbitamente dio un salto y se internó en la maleza. El taxista lanzó una maldición y continuó la marcha. Un segundo antes de pasar sobre el lugar en que había permanecido el animal creí ver en el suelo un charco de sangre.

* * *

La tarde siguiente me hallaba en uno de los salones del parador. Uno de los cuadros atrajo mi atención, y levantándome del sillón en el que me hallaba sentado desde hacía casi dos horas me aproximé a él. La pintura representaba a una mujer elegantemente ataviada. A sus pies, dos grandes perros parecían dormitar. Pero lo que llamó inmediatamente mi atención fueron sus ojos. Unos ojos grandes y acuosos que me recordaron inmediatamente a los de la mujer que vi en el tren y por cuya causa me encontraba en aquel lugar tan alejado de mi primitivo destino.

—Muy hermosa —dijo una voz a mi espalda. Al volverme vi que quien había hablado era mi interlocutor de la tarde anterior.

—En efecto —asentí.

—Según los historiadores, es Ana de Villiers, dama de origen francés con la que se desposó el dueño de este palacio, hoy convertido en hotel. Según algunas tradiciones, una poderosa hechicera que... —y aquí mi interlocutor se interrumpió momentáneamente—. ¿Desea usted saber —continuó diciendo— por qué sentí la otra noche una curiosidad desmedida por su persona?

Como yo asintiera silenciosamente, él, mirando de vez en cuando el lugar donde finalizaba el muñón de mi brazo izquierdo, me condujo hasta otro de los salones anejo a aquel en el que nos encontrábamos, una vez en el cual, prosiguió diciendo:

—Según la tradición, Ana de Villiers practicaba la hechicería ya en su país natal, y no renunció a ella cuando se trasladó a estas tierras para desposarse por motivos de estado, y no por amor, con el señor de este lugar. A los pocos meses de haberse casado inició unas relaciones con un caballero de la vecindad, al que, siempre según la tradición, atrajo mediante el engaño y la brujería, y quizá también, según otras fuentes, otorgándole cierto presente.

—¿Qué tiene todo eso que ver conmigo? —pregunté finalmente.

Por toda respuesta, mi acompañante se aproximó, y me invitó a hacerlo a mí, a un gran cuadro que pendía de una de las paredes de la sala. Aquella tela representaba unos esponsales. En el centro del cuadro aparecían los recién casados, y detrás de ellos toda una cohorte de invitados.

—Este es el caballero —dijo mi interlocutor— con el que Ana de Villiers engañaría al que en ese momento acababa de convertirse en su esposo.

Al contemplar a aquel personaje del cuadro experimenté una profunda turbación. El parecido físico conmigo era tan grande, dentro de lo que yo podía juzgar, que, haciendo abstracción de la vestimenta, hubiera podido decirse que yo mismo había servido de modelo para el pintor. Pero lo que me causó más profunda impresión fue el hecho de que la manga izquierda de la casaca del caballero en cuestión aparecía doblada sobre el pecho, y, en consecuencia, visiblemente vacía.

—Yo soy un estudioso de estos cuadros —declaró mi interlocutor—, y puedo asegurar que su sitio debería estar en el museo provincial, pero, puesto que mis intentos por conseguir su traslado han resultado infructuosos, tengo que gozar de su visión deambu-

lando por estos salones. En cuanto le vi sentado la otra noche me llamó la atención su parecido con el amante de Ana de Villiers. El detalle..., en fin, perdóneme, la falta de su brazo izquierdo, me sorprendió en gran manera. ¿Se encuentra mal? —preguntó al advertir mi turbación.

—No es nada —repuse—. ¿Cómo finaliza la historia de Ana de Villiers?

Cuando nos encontrábamos nuevamente ante la pintura que representa a aquella dama, acompañada de dos mastines a sus pies, mi improvisado cicerone continuó diciendo:

—Según la tradición a la que he estado haciendo alusión, esa historia no ha terminado todavía.

—¿Qué quiere decir?

—Vea el pie del cuadro.

En la parte inferior del lienzo, cerca de los pies de la dama, podía leerse: «Ana de Villiers. Nacida en 1632. Fallecida en 1660». Pero sobre la última parte de la inscripción, alguien había trazado unas líneas que apenas hacían visible la fecha del óbito.

—Finalmente, como suele ocurrir siempre, los amores clandestinos de Ana fueron descubiertos. Su amante fue descuartizado por la jauría de perros del duque, el esposo de Ana, y ella condenada a morir en la horca. La sentencia se cumplió el 16 de noviembre de 1660.

—¿Entonces?

—Se dice que Ana de Villiers se libró de la muerte por arte de hechicería, y que todavía vaga por estos alrededores en determinadas fechas. Pero, naturalmente, esa es una leyenda fomentada por los comerciantes de la localidad y por los propietarios de este hostal —finalizó mi acompañante sonriente.

—¿Dónde..., dónde está enterrada?

—En la cripta de la capilla de este palacio —repuso él.

—¿No afirma esta tradición que ella se libró de la muerte? —pregunté fingiendo indiferencia.

En efecto, pero se trata tan sólo de una leyenda.

¿Ve usted esa llavecita que Ana de Villiers lleva colgada a la cintura en todos los retratos? —y como yo afirmara, continuó diciendo—: La tradición asegura que es la llave de un sarcófago que ella misma trajo consigo desde Francia en la fecha de su boda. En aquella época, una extravagancia semejante podría revestir características de acendrada religiosidad.

—Acaso pretendía abandonar...

—La verdad —me interrumpió el caballero— es que sus restos yacen en la cripta. Lo demás es una leyenda inventada por viejas al amor del fuego. Y ahora, si me lo permite, debo retirarme. Espero verle mañana —dijo mientras se alejaba—, si continúa aquí...

* * *

No bien me había acostado se oyeron las doce campanadas que anunciaban la medianoche en el reloj de alguna iglesia cercana. No sé el tiempo que permanecí dormido, pero en cierto momento un ligero ruido me despertó. Era como si alguien golpeara suavemente en la puerta de mi habitación. Me incorporé en el lecho tratando de escuchar mejor y puede percibir que junto a los golpes se oía un apagado resollar. Inmediatamente supuse que algún perro arañaba la puerta, pero un segundo después comprendí que se trataba de un animal de mayor tamaño.

Apenas me había levantado sigilosamente cuando cesaron los golpes, y un ligero trotecillo me hizo comprender que el animal escapaba pasillo adelante.

Abrí la puerta rápidamente, pero no pude ver nada. No obstante, desde el fondo del corredor llegó hasta mí un tintineo metálico, y, a pesar del terror que experimentaba en aquellos instantes, me aventuré por el pasillo y descendí un tramo de escaleras. Al cabo de un rato, y como no hubiera descubierto nada, volví a mi habitación y me acosté.

Por más esfuerzos que realicé no me era posible conciliar el sueño. Había algo en la estancia, una pre-

sencia, que me intranquilizaba. De pronto lo vi. Siluetada frente a la ventana percibí una frondosa planta que no había visto antes. Encendí la luz, y aproximándome, comprobé que se trataba de una gran maceta de barro de la que nacía aquel singular vegetal. ¿Cómo habría podido pasarme inadvertida la presencia de una cosa semejante?

Tranquilizado por lo que no era sino un simple detalle ornamental, volví a acostarme. Soñé con el amante de Ana de Villiers y con el presente, que según la tradición, le había sido obsequiado por la dama con el fin de atraerlo a sus redes.

Mi sueño fue especialmente intranquilo, y como suele pasar a veces, cuando el tiempo va a cambiar, experimenté agudos dolores en el muñón de mi brazo izquierdo. Un constante picor me forzaba a rascarme inconscientemente, y en cierto momento me desperté pensando que me había hecho sangre. Tenía la sensación de que, a causa de aquella comezón, el muñón se me había inflamado considerablemente.

Algún tiempo más tarde volví a despertarme molesto y me dirigí al cuarto de baño a fin de tomar un analgésico que me ayudara a soportar el dolor. Al pasar junto a aquella planta me pareció que su altura había aumentado en el transcurso de solo unas horas.

Ante el espejo, me despojé de la chaqueta del pijama a fin de examinar la cicatriz, y los latidos de mi corazón se aceleraron cuando comprobé que, increíblemente, lo que, desde mi accidente, había sido un muñón a raíz de la axila, se alargaba ahora hasta la altura del codo. Horrorizado por aquella pesadilla, me aparté del espejo confiando en que el dolor fuera el causante de aquel desvarío; instantes después comprobé con pavor que mi brazo estaba volviendo a crecer, pero no se trataba de un crecimiento normal, dentro de lo insólito de aquel hecho; el nuevo brazo que se iba formando tenía un color verde oscuro y todas las apariencias de estar constituido por fibra vegetal.

Aterrorizado, me refugié en el lecho. De la planta parecían surgir efluvios eléctricos que se expandían por toda la habitación, y poco a poco, al compás de los latidos de mi corazón, mi brazo izquierdo continuó reapareciendo bajo aquel vegetal aspecto. Al llegar a la altura de la muñeca, el extraño prodigio aceleró su curso, como si algo que pronto iba a producirse hiciera necesaria la colaboración de los dos brazos, y en menos de un cuarto de hora, yo era poseedor de una fibrosa y verde mano que procuré mantener apartada del resto del cuerpo.

En el mismo momento en que hicieron aparición las yemas de mis dedos, la planta situada frente a la ventana languideció vertiginosamente, y al cabo de unos minutos no era sino un amasijo de ramas vencidas y hojas marchitas.

Un momento después comenzó a escucharse un tintineo metálico como de llaves que se entrechocaran. Aquel sonido fue aumentando de volumen, y cuando ya me zumbaban los oídos se hizo el silencio repentinamente. Desde el otro lado de la puerta alguien intentaba abrirla haciendo girar el pomo, pero el pestillo estaba echado.

Tras un ligero forcejeo, volví a oír el tintinear de llaves, esta vez alejándose, y levantándome del lecho, me acerqué a la puerta y apliqué el oído sobre los entrepaños. Me pareció oír el rumor de pasos que se iba desvaneciendo y el crujir de un vestido de seda.

Bajé la vista y contemplé horrorizado que los verdosos dedos de mi nueva mano iban descorriendo sigilosamente el pestillo en contra de mi voluntad. Se estableció entonces un furioso forcejeo entre mis dos manos, pero poco a poco me di cuenta de que la potencia de la izquierda era muy superior a la de la derecha.

Una vez descorrido el pestillo, abrí la puerta de par en par y salí al pasillo, en cuyo extremo me pareció ver una sombra que se alejaba acompañada por el tintinear metálico. Mi brazo izquierdo se extendió hacia

delante en un ademán suplicante, y sin poder evitarlo comencé a avanzar por el pasillo tras de aquella nebulosa forma.

De la misma manera que en una noche oscura una reducida procesión camina en pos de una campanilla que anuncia la presencia del viático, así avanzaba yo guiado por aquel entrechocar de llaves que asemejaba un redoblar diabólico. Recorrí largos corredores, al final de los cuales percibía siempre un oscuro revoloteo y dos fulgurantes e impías lucecillas. El sonido de las llaves me orientaba en aquel maremágnum de pasillos y escaleras, y, cuando quise darme cuenta, advertí que me hallaba en los subterráneos del edificio.

Ante mí aparecía una pequeña escalera cuyos peldaños se hundían aún más bajo tierra, al final de los cuales vi una pesada puerta abierta de par en par.

De pronto volví a oír el tintinear de llaves procedente de aquella sombría cámara, e incapaz de sustraerme a un fortísimo impulso comencé a descender por la pequeña escalera y penetré en la cripta sumida por completo en la más tenebrosa oscuridad.

Avancé a tientas, y cuando menos lo esperaba las puertas se cerraron de súbito y quedé atrapado en el subterráneo. En aquel mismo instante volvió a oírse el sonido metálico, y un frufrú de sedas avanzó hacia mí al tiempo que dos puntos luminosos, dos ojos diabólicos, iban aumentando de tamaño. Lancé un alarido cuando una garra huesuda se aferró a mi mano izquierda, y con una fuerza sobrenatural fui arrastrado hacia el interior de aquella cámara sepulcral. De pronto se produjo una fuerte conmoción y me sentí lanzado por el aire yendo a caer sobre un repugnante amasijo de huesos que se cerraron en torno a mi cuerpo como los tentáculos de un horroroso animal.

De súbito me sentí lanzado hacia delante, y en un abrir y cerrar de ojos comprendí que el tren se había detenido bruscamente. Fui a caer sobre una mujer

que, arrebujada en una gran capa, ocupaba el asiento frontero al mío.

Vacilante entre el sueño y la vigilia, entre las pesadillas que habían cruzado por mi cerebro y la realidad, me desasí como puede de los brazos de la viajera, cuya presencia no había advertido, y, horrorizado, llegué hasta la plataforma del vagón y descendí del tren, emprendiendo una loca carrera que me alejó del convoy.

Unos centenares de metros más allá, respirando fatigosamente y con el rostro lleno de rasguños a causa de las zarzas y arbustos en los que no había siquiera reparado, me detuve y contemplé la hilera de vagones que semejaban un gigantesco gusano de luz. Un estridente silbido fue la señal para que el tren emprendiera la marcha, y fuera de mí, corrí y corrí hacia la vía con la intención de alcanzar el vagón del que de manera tan insensata había descendido. Mis esfuerzos fueron vanos. De pie, en medio de las vías, contemplé inerme el alejarse del convoy hasta que no fue más que un pequeño punto luminoso. Después desapareció, y fue entonces cuando comencé a oír un indistinto tintinear metálico que se iba acercando hacia donde me encontraba. Permanecí inmóvil bajo la luz de las estrellas, y al cabo de unos instantes volví la cabeza hacia los matorrales seguro de lo que mis ojos iban a contemplar.

Inmóvil como una estatua, una cierva se hallaba detenida mirándome fijamente con sus grandes ojos acuosos. De su cuello colgaba un cordón del que pendía un objeto que, al temblar ligeramente, reflejó hacia mí la incierta luz de la luna menguante. Las dos llavecillas chocaron entre sí, y hasta mis oídos llegó un argentino tintineo metálico que heló la sangre en mis venas.



Enigmática tía Elvira

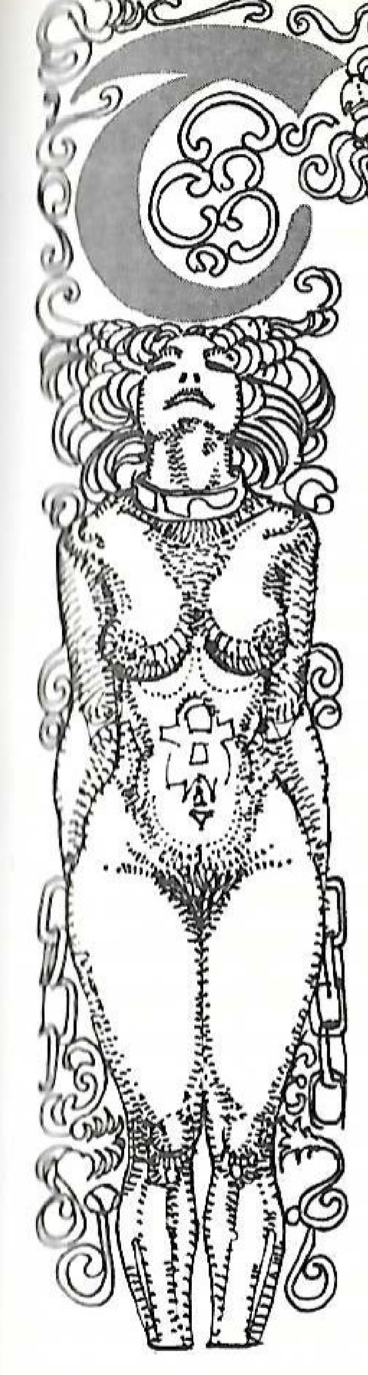




Enigmática tía Elvira

Santiago Peláez

Ustedes no conocen a tía Elvira, ¿verdad? No, seguro que no la conocen... Las páginas que siguen —si es que ustedes se atreven a leerlas— son una insana invitación para que la conozcan, para que tomen contacto con ella. ¿Se atreven?...



ÍA Elvira me avisó que, allí, en las líneas de su mano, estaba escrito que moriría al año siguiente. No la creí. Ahora, este pensamiento y todo lo que ocurrió desde entonces devora mi vida.

Escribo en medio de una gran angustia, que no puedo evitar transmitir.

¿Saben lo que es el miedo? ¿Han llegado alguna vez a estar a punto de morir de terror? ¿Han sentido agitarse su cuerpo por escalofríos como los que yo tengo?

Ustedes, ahora, me están leyendo tranquilamente en sus casas. Tal vez se encuentran solos. Sí, tal vez. Al menos hay un gran silencio alrededor y ustedes se encuentran cómodos, relajados, felices, quizá un poco cansados..., pero... no sufren, no padecen. Pasean su mirada curiosa sobre estas líneas y se preguntan qué estúpido final puede depararles esta historia.

¡No se equivoquen! El terror no es ningún juego. No es un vanal pasatiempo para llenar su ocio... Porque yo sé que tía Elvira está ahí, en alguna parte, quizá en su propia casa, amigo lector.

Ella puede mostrarse sin ser vista, hacerse notar sin

que los sentidos lleguen a captarla, pronto lo comprobarán. Sé que es un juego cruel, pero es un juego que le gusta a usted porque, de otro modo, habría abandonado esta lectura ya.

¡Atención!... ¿Ha escuchado el tic-tac del conmutador de la luz y en casa todo el mundo dormía? ¿Ha escuchado esos otros ruidos? Tranquilícese, pero sepa que tal vez tía Elvira ya está detrás de usted. De ser así, por favor, procure no mirarla al fondo de los ojos azulados que parece haber robado a mil cadáveres. Si escucha una respiración agitada, un jadeo creciente..., vuélvase, es ella.

Suele presentarse con el pelo recogido, los ojos pintarrajeados y esa túnica negra que utilizaba en sus sesiones de brujería.

¡Ah, sí! Ella era bruja. ¿No se lo he contado todavía? Sus poderes eran tan grandes que cuando leyó en su mano la noticia de su muerte, me mandó llamar a Buenos Aires... Perdónenme, pero siento escalofríos al contarles esto. Creo que debería callarlo. Tía Elvira acaba de dar un golpe contra la pared y me ha parecido una protesta de ultratumba. No le debe gustar nada lo que estoy haciendo. Presiento que voy a volverme loco, tan loco como ya lo están mi mujer y mi madre. Y sé que ella está al acecho leyendo cuanto escribo, y cerrando sus puños con furia contenida.

¡Silencio, de nuevo! Escucho sus jadeos. Parece cansada. Es como si hubiera subido apresuradamente los escalones de su casa, querido lector, para filtrarse en su vida, como lo ha hecho en la mía. Ahora ustedes y yo comenzamos a ser cómplices de la historia y ella deberá vigilarnos a todos. Perdónenme. Además... todavía pueden retirarse. Es su última oportunidad. Si el terror comienza a ser superior a lo que pensaban, déjenlo. Necesito sólo a los más fuertes para compartir lo que voy a narrar a continuación.

¿Dónde estábamos? Sí, les contaba cómo conocí a tía Elvira. Fue en el 78, cuando leyó en la mano su muerte y me mandó llamar.

Tía Elvira era española, pero se marchó a América en el 36, antes de que estallase la guerra civil. Partió con todas las joyas de la familia, pese a lo cual nadie sintió su ausencia. Llegó a Buenos Aires en barco y desde allí continuó viaje hasta Córdoba, donde vivió por espacio de veinte años. En aquel lugar se casó y allí falleció también su marido. Precisamente, al ocurrir esto último, se trasladó a Buenos Aires, donde comenzó a ejercer de bruja.

Hasta entonces había sido una magnífica curandera, capaz de arreglar con sus manos una fractura, de salvar de la muerte a un deshauciado de cáncer o de condenar a cualquier persona que aparentemente no sufría ninguna enfermedad grave. Tanto en España como en América se ganó una fama de mujer fría y misteriosa a la que era necesario respetar y mantener a distancia. Sus ojos, unos ojos profundos y azulados, parecían un pozo en el que se escondían unos poderes con los que no fueron dotadas las gentes que tenía alrededor.

Yo no la conocía. Tan sólo había visto algunas fotos suyas, viejas y arrugadas, guardadas en un baúl de mi casa. Cuando comenzó a ejercer la brujería era una mujer menuda, de belleza todavía radiante, aunque algo gastada, aspecto sobrio y elegante de persona culta e inteligente y ademanes nobles.

Cuando yo la saludé por vez primera apenas pude creer que fuese a morir un año después.

Estaba entrada en años, pero los disimulaba bien detrás del tinte perfecto de sus cabellos y del maquillaje cuidado pero profundo, que confería a su rostro una perenne juventud. Había algo, además, que emergía de su figura y se quedaba grabado en cuantos la conocían, era aquel perfume parisiense, tan personal, tan hechizante. Tía Elvira no dejaba nunca un detalle de su persona al azar. Vestía siempre de negro, pero las telas eran de la mejor seda de importación y, por supuesto, lucía toda clase de joyas. Era como si estuviese enamorada del oro y tuviese que hacérselo comprender a todo el mundo.

Tía Elvira y sus dos únicas hijas fueron a esperarme al aeropuerto, separado más de sesenta kilómetros del centro de la ciudad.

Mis primas eran verdaderamente bellas; sobre todo Luisa, la más joven, que poseía una sonrisa limpia y un talante abierto y sincero que contrastaba con el de su hermana Evelyn, algo mayor que ella.

El recibimiento que las tres me dispensaron no pudo ser más agradable y triunfal. Conmigo pareció llegarles el aire y la vida de nuestro país. Un país que las dos hijas de tía Elvira no conocían y que anhelaban ardientemente visitar. Precisamente de España, de sus gentes, de sus lugares, de su actual momento político, de sus artistas y de su futuro hablamos a lo largo del recorrido que nos separaba del domicilio en el que vivían. Yo, a mi vez, me encontraba entusiasmado, deseando descubrir aquel fantástico país en alguno de cuyos lugares casi no había pisado el hombre en pleno siglo XX. La tierra era nueva y todo parecía un vergel. En aquel país, tres veces superior a España, solamente vivían veinticinco millones de personas y, de ellos, más de once en Buenos Aires. El resto del territorio argentino se hallaba prácticamente despoblado. Era, pues, un lugar para crear un nuevo Oeste. Una tierra bendita y fuerte, sin cultivar, donde tal vez sería necesario trabajar en el curso de los años siguientes, en busca de un reencuentro con la naturaleza y con el propio espíritu del hombre.

Sí, mi llegada llenó de gozo a tía Elvira y a mis dos primas, porque, a fin de cuentas, yo era una parte de la familia que aún les quedaba en la madre patria.

Desde luego, tuve que enfrentarme con mi madre para que me permitiera viajar, y también con mi esposa, Ana. Mi madre no deseaba reanudar las relaciones con su hermana después de la intempestiva salida de ésta de España. A fin de cuentas nunca le perdonó que se llevase todas las joyas de la familia y tampoco disculpaba el silencio mantenido por tía Elvira con el paso de los años y sólo alterado con las noticias de su boda, el nacimiento de sus dos hijas y

el fallecimiento del padre de éstas. Además, mi madre, eterna desconfiada, no creía en la buena voluntad de aquel telegrama que reclamaba mi presencia, como miembro de la familia, para hacerme cargo de mis primas y la venta de sus haciendas, al parecer numerosas.

Solamente se me pedía un viaje rápido para entrar en contacto con un brazo de nuestra familia extendido en América, cuando tal vez pronto debía regresar a España.

Pero mi madre, con un sexto sentido muy femenino, creía adivinar que aquel maldito viaje, no nos traería, en lo sucesivo, más que tragedias y complicaciones. Y no se equivocó.

Ana, mi mujer, por su parte, no podía entender que me complaciese la idea de una separación, por corta que ésta fuese no teniéndola a ella al lado. Se justificaba asegurándome que nadie me exigía aquel viaje y que debía renunciar a él, puesto que ella no podía seguirme dado el alto valor del pasaje y porque, además, no cabía la posibilidad de dejar los niños a mi madre, demasiado vieja para soportarlos.

Sin embargo, nadie fue capaz de hacerme cambiar de idea. Estaba decidido a viajar y lo hice. En dos semanas preparé todas mis cosas. Solicité los permisos oportunos en mi trabajo y me planté en Buenos Aires. Necesitaba aquella pequeña escapada; era como una aventura que se me antojaba vivificante.

Tía Elvira se había instalado con sus hijas en un barrio de estilo napolitano. Era una zona de la ciudad relativamente moderna, situada en un barrio periférico de aquella inmensa y cosmopolita ciudad.

La casa era de dos plantas. Una casa vieja, de aspecto colonial, donde apenas entraba la luz. Al parecer, a mi tía y a mis primas les molestaba la claridad y preferían aquella atmósfera misteriosa y poco reconfortante que encontré al llegar.

El salón estaba vestido con muebles fríos y severos, pero elegantes. Se observaban hasta cuatro retratos

de tío Emilio, el marido de mi tía, sobre distintas partes de la pieza. En todos ellos, el pobre tío Emilio parecía tener un aspecto de lechuza asustada que me conmovió. Su gesto era siempre... como el de una persona marcada por una macabra mueca de espanto.

Naturalmente la vida en aquella casa se me hizo insoportable desde el primer momento, pero la actitud abierta de mi prima Luisa y sus dieciocho años lograron sacarme algo de aquel abatimiento. Pero ni esto ni los inusitados esfuerzos de las tres por alegrar mi vida con excursiones constantes por toda la ciudad dejaron de causarme una profunda tristeza y una sensación de alegría perdida que invadió mi cuerpo y que me hizo tomar la firme decisión de volver cuanto antes a España. Fue entonces cuando tía Elvira, en un último intento por retrasar mi regreso, me invitó a salir a solas con Luisa ya que con ella congeniaba perfectamente. En efecto, comenzamos a ir y venir por todas partes. Comimos en La Cabaña. Escuchamos a Les Luttiers. Nos reímos presenciando una malísima película de Jerry Lewis en un gigantesco «cinecoches». Vimos la magistral actuación de Alfredo Halcón, en un viejo teatro de la calle Corrientes...

Casi sin darnos cuenta Luisa y yo nos enamoramos. Pero yo era consciente de que no hacíamos bien y traté de poner las cosas en su sitio. En cambio, mi prima, acostumbrada a una mentalidad mucho más abierta que la mía, no quiso aceptar esto y una noche me pidió que la hiciese mía en un motel cercano a su propia casa.

Hicimos el amor toda la noche y nos sentimos inmensamente dichosos. Luisa era una mujer sorprendente: toda lujuria y, pese a su juventud, experta y avariciosa del máximo placer. Sin duda, era feliz. Nunca la vi tan radiante como aquella noche. Sin embargo, al día siguiente todo cambió.

Cenábamos en un apartado rincón de un popular y coquetón restaurante de la calle Florida. No dejábamos de sonreír por todo y de estrechar nuestras manos en un deseo mutuo de transmitirnos nuestra feli-

cidad, cuando de repente vimos cómo se abría la puerta y entraban tía Elvira y su hija mayor.

Tía Elvira, aparentemente sonriente, se acercó a nosotros con aire alegre y soñador, mientras nos musitaba no sé qué tonterías intranscendentes, fijó sus ojos de hielo sobre los míos e inmediatamente un estremecimiento me sobrecogió. Al instante vi reflejados en aquellos ojos las escenas más sobresalientes de amor vividas con Luisa la noche anterior, mientras una voz profunda, inquietante, preguntaba machaconamente: «¿Qué has hecho?»

¡Aquellos ojos! ¡Aquellos malditos ojos! Eran fríos como el acero, duros e inhumanos. Parecían ojos superpuestos. Pensé: «Los de tío Emilio y tía Elvira juntos. Tal vez, tal vez»... Pero eran ojos que me miraban descarnadamente, con odio, con fiereza. Jamás los podré olvidar.

Debí palidecer mucho, porque al instante escuché la voz de Luisa preocupada y la propia tía Elvira que me dirigía alguna frase suelta, sin sentido. Miré entonces a Evelyn, su hija mayor, y creí percibir en sus labios una sonrisa furibunda y en sus dientes agarrotados una mueca de desprecio contenido, demoníaco, que me impresionó.

Un hilo de sangre tiñó aquellos dientes y las pupilas de sus ojos se distorsionaron a la vez que su semblante se quebró mientras un humillo blanco de olor repugnante invadió mis pulmones. Afortunadamente la cercana presencia de un camarero puso fin a aquella escena; pero todavía tuve tiempo para escuchar una carcajada de ultratumba que penetró en lo más profundo de mi cuerpo.

Aquella noche no pude dormir. Las frases de consuelo de Luisa, asegurándome que todo era producto de mis sentidos, no lograron consolarme. Para atestiguarlo mi tía decidió reanudar al día siguiente sus sesiones de brujería; sesiones que había interrumpido con mi llegada.

Decidí volver inmediatamente a España y, puesto que no acababa de ver cuál era mi misión allí, llegué a

la conclusión de que cuanto antes mejor. No podía seguir soportando aquel infierno, pero para mi desgracia me encontré con las iras de Luisa y con la noticia de que no podía regresar a mi país, hasta siete días después, porque estaban cubiertos todos los vuelos.

Una enorme preocupación me invadió. Ya ni siquiera contaba con la presencia y el apoyo de la más joven de mis primas. Esta tornó su aparente amor por un odio feroz hacia mi persona, al conocer que deseaba regresar a España, desairando su entrega. Por su parte, tía Elvira y Evelyn comenzaron a mirarme con desdén y maldad, y yo llegué a pensar que tal vez jamás podría escapar de aquel lugar.

Aquella misma noche mi tía inició, en medio de un ambiente festivo, aquellas malditas sesiones de brujería que tanto dinero la habían proporcionado por parte de un pueblo, el argentino, tan dado a encontrar en el hechizo y en el más allá respuestas que yo no deseaba conocer.

Tía Elvira me invitó, naturalmente, a la sesión, pero me negué con firmeza. Ella, irritada, me insinuó que no podría huir de mi destino, y aquél se encontraba escrito en las cartas del Tarot.

El clima de aquella reunión era tan tétrico y deleznable que pensé que podrían ocurrir cosas horribles. Escuché cómo mi tía invocaba a los espíritus para que éstos visitasen aquella habitación y contasen cuáles eran sus penas y alegrías en el otro mundo. Al cabo, unas voces chirriantes se presentaron en la estancia para conversar con aquellos fanáticos de la curiosidad por el más allá. Fueron momentos de plena excitación en los que sinceramente pensé que no había lugar para la duda. Ninguno de los personajes que se encontraban allí podían interpretar aquella larga comedia de susurros, de quejidos, de ruidos de motores, de coches estrellándose, reventando, incendiándose, machacando cráneos, retorciendo carnes, quebrando huesos, vertiendo masa encefálicas, convirtiendo en pingajos retorcidos y cuerpos abrasados vidas que mantenían una sola y vieja ilusión: la de ver

nacer el día y escuchar cómo se acerca la suave tranquilidad de la noche.

Todo aquello, alma y vida, cuerpo y espíritu, estaban ahora unidos en un juego sobrecogedor que me hizo orinarme en la cama y despertar lleno de fantasmas y dudas sobre lo que realmente puede existir más allá de la muerte.

Sobre mi cabeza, una lámpara de infinitos cristales de colores azulados me permitía ver, seguir viendo, lo que acababa de escuchar, de sentir o de soñar allí al lado. Y todo mi cuerpo permanecía en una tensión tan alta, tan álgida, que creí que mi cerebro iba a explotar y mi corazón se detendría para siempre.

De repente, la voz como un susurro de tía Elvira volvió a preguntarme qué había hecho con Luisa y al momento la luz azul de la lámpara giró y giró hasta que la imagen de tía Elvira apareció proyectada sobre ella, mostrándome sus ojos demoníacos que me hicieron gritar y gritar crispado de horror.

En seguida corrieron hasta mi lecho mis primas y también tía Elvira, que llegó anudándose la bata y con una sonrisa beatífica pintada en el rostro.

Pedí disculpas y les rogué que se marcharan. Quizá estaba empezando a enloquecer. Puede ser que todo, absolutamente todo, fuera producto de mi imaginación, pero cuando la puerta se hubo cerrado volví a escuchar muy claramente aquella sonora e hiriente carcajada llena de ecos y de malos presagios.

Al fin, siete días después, logré regresar a España.

* * *

Antes de partir tía Elvira me prometió que me avisaría su muerte. «¿De qué forma?», le pregunté. Y ella contestó en un susurro: «A mi manera».

Un año después comencé a sentir por primera vez sus llamadas. Fue una noche de verano. Me encontraba medio dormido y escuché golpes en la cocina, los mismos golpes que ahora oigo. Parecía la puerta. Debía estar mal cerrada, y empujada por el viento se movía una y otra vez provocando un sonido seme-

jante al de una llamada desde el más allá. Me levanté y cerré todas las puertas y ventanas, pero al momento se reanudó aquel extraño chirrido y se tornó tan misterioso que mi mujer vivió la primera noche de terror. Desde entonces tampoco ha descansado.

Parecía, convinimos, que alguien avanzaba por la casa arrastrando sus pies, vigilando nuestra respiración, esperando nuestro sueño, para quizá atacarnos. Aquello era siniestro, indescriptible, espeluznante. Nuestro miedo llamaba al propio miedo y las más extrañas y absurdas imágenes recorrían nuestra mente creándonos una psicosis tan profunda que nos convertimos en barcos de papel agitados por el viento del desierto.

Ana se escondía bajo las sábanas y yo sentía un temor casi infantil que me obligaba a perder mi compostura. Reconozco que cada vez que acudí en busca de la razón de aquellos ruidos no encontré nada, pero la idea de que algún día pudiese encontrar detrás de aquellas puertas la risa y el perfume de tía Elvira me ponía la carne de gallina y erizaba hasta el último de mis cabellos.

Afortunadamente aquella noche no sucedió nada. Y tampoco en los días siguientes. El ruido desapareció.

Luego, a la semana, llegó una misteriosa cajita a la casa de mi madre y ésta nos telefoneó encantada invitándonos a comer.

Mientras lo hacíamos, degustando una exquisita sopa de verduras, mi madre nos contó que había recibido aquella preciosa caja llena de especias de Buenos Aires. Al fin, su hermana se había acordado de ella y de sus debilidades culinarias. Naturalmente, se apresuró a invitarnos a comer y preparó sopa utilizando aquellas hierbajas de la otra parte del mundo. Parecía —nos dijo— que su descastada hermana se había tornado sensata y pensaba estrechar las relaciones con la familia. Indudablemente mi visita había contribuido favorablemente a ello.

Mamá no dejó de parlotear en un largo e interminable monólogo que se me hizo insufrible. Y seguía

diciendo que ella estaba segura de que tía Elvira acabaría abandonando la Argentina y regresando a España, ya podíamos estar todos seguros de ello, porque a la vejez..., ¡ay!, a la vejez viruelas, a cada cual le tira lo suyo, y sobre todo su país, su patria. Además, sus hijas debían casarse aquí y pronto, no debían dejar pasar el tiempo...

Mientras nos contaba esto y otras muchas cosas nos sirvió una segunda ración de aquella sabrosísima sopa que ninguno rechazamos...

En ese momento yo sentí la necesidad de contarles a todos la verdadera historia de los hechos que viví en Argentina. Sí, estuve al borde de revelar los secretos ocultos de aquella maldita bruja que había estado a punto de llevarme a un estado de desesperación en Buenos Aires y que tal vez ahora deseaba regresar a España para perturbar la paz de nuestro hogar, pero permanecí callado. Sería muy difícil que nadie me entendiera, que nadie me prestase su atención. Por otro lado, una supuesta investigación de lo ocurrido podría poner al descubierto mi adulterio. Pero sin duda tenía que existir alguna manera de hacer ver a los míos, sin provocar recelos, lo peligroso que podría resultar abrir los brazos a aquellas tres mujeres, tan ajenas a nosotros ya.

Esa noche todos nos quedamos a dormir en la casa de mi madre, aprovechando las primeras vacaciones de los niños.

Al día siguiente nos disponíamos a comer cuando sonó el timbre de la puerta. Era el cartero. Traía una carta certificada y urgente, procedente de Argentina, que entregó a mi madre. Esta la recogió con mimo y a continuación comentó con un vencido gesto de tristeza: «Seguro que en esta carta nos anuncian su próximo viaje. Comamos. Luego la leeremos».

La carta quedó sobre la mesita de centro y pronto la olvidamos para hablar del lugar de la costa elegido por los niños para disfrutar nuestros días de descanso.

De nuevo comimos una sopa deliciosa condimentada con aquellas mágicas especias, y luego una carne

en la que mi madre cargó las tintas en la salsa, puesto que tenía un saborcillo agradable, pero especial, que ninguno de nosotros supo bien cómo definir.

Al finalizar, los niños se fueron a jugar y nosotros, los mayores, buscamos el descanso reparador de unos buenos sillones, donde hacer bien la digestión. Mi madre aprovechó aquel momento para recoger la carta y abrirla no sin un cierto temor que se le marcó ligeramente en el rostro.

Inmediatamente percibimos en ella algo que la transformó por completo y que la hizo palidecer como nunca. Parecía una figura de cera. Repentinamente se echó las manos al vientre y comenzó a gimotear histérica, mientras una serie de arcadas propiciaron una enorme vomitona que nos salpicó la cara a Ana y a mí. Era como si de repente un malestar terrible y vertiginoso se hubiese apoderado de ella hiriéndola de muerte. Incapaz de expresar nada, de decir nada, presa de una mueca indescifrable abandonó la habitación corriendo entre grandes convulsiones y gemidos de terror.

Cuando logré alcanzarla buscando una explicación, observé cómo Ana, con la carta en la mano, vomitaba también sin remedio y luego caía al suelo, tras haber perdido el conocimiento.

¿Qué maldita noticia podía haber traído a nuestra casa aquella carta que ahora reposaba en el suelo después de haber cumplido con su trágico cometido?

La carta era muy breve. Estaba fechada en Buenos Aires y la firmaban mis dos primas, Luisa y Evelyn, decía textualmente:

«El 25 falleció nuestra madre tal y como ella anunció que ocurriría. Fue una muerte rápida y repentina, puesto que aparentemente no se encontraba aquejada de ningún mal. Su última voluntad fue que su cuerpo fuese incinerado aquí y sus cenizas enviadas a España para que allí sean enterradas.

Os mandamos dichas cenizas por correo aparte en una caja preciosa que ella misma eligió para tal fin.

Estad atentos, porque pronto llegarán...

Nosotras viajaremos a España próximamente una vez que vendamos todas las propiedades que nuestra madre nos dejó y algunas de las cuales pasarán a ser de usted, tía, tal y como nuestra madre dejó escrito en su testamento. De esta manera quiere paliar los sinsabores que le produjo cuando hace años se llevó sus joyas y las del resto de la familia, para iniciar una nueva vida aquí, en América, que ahora acaba de finalizar. Queremos decirles además que sus últimos pensamientos fueron para ustedes, puesto que aseguró que ya nunca las abandonaría. Cariñosos saludos de Luisa y Evelyn.

P.D. ¿Qué tal sigue nuestro querido primo?»

* * *

Ha pasado el tiempo y en efecto tía Elvira no nos ha olvidado. Llega cada noche a casa y camina por ella sin descanso.

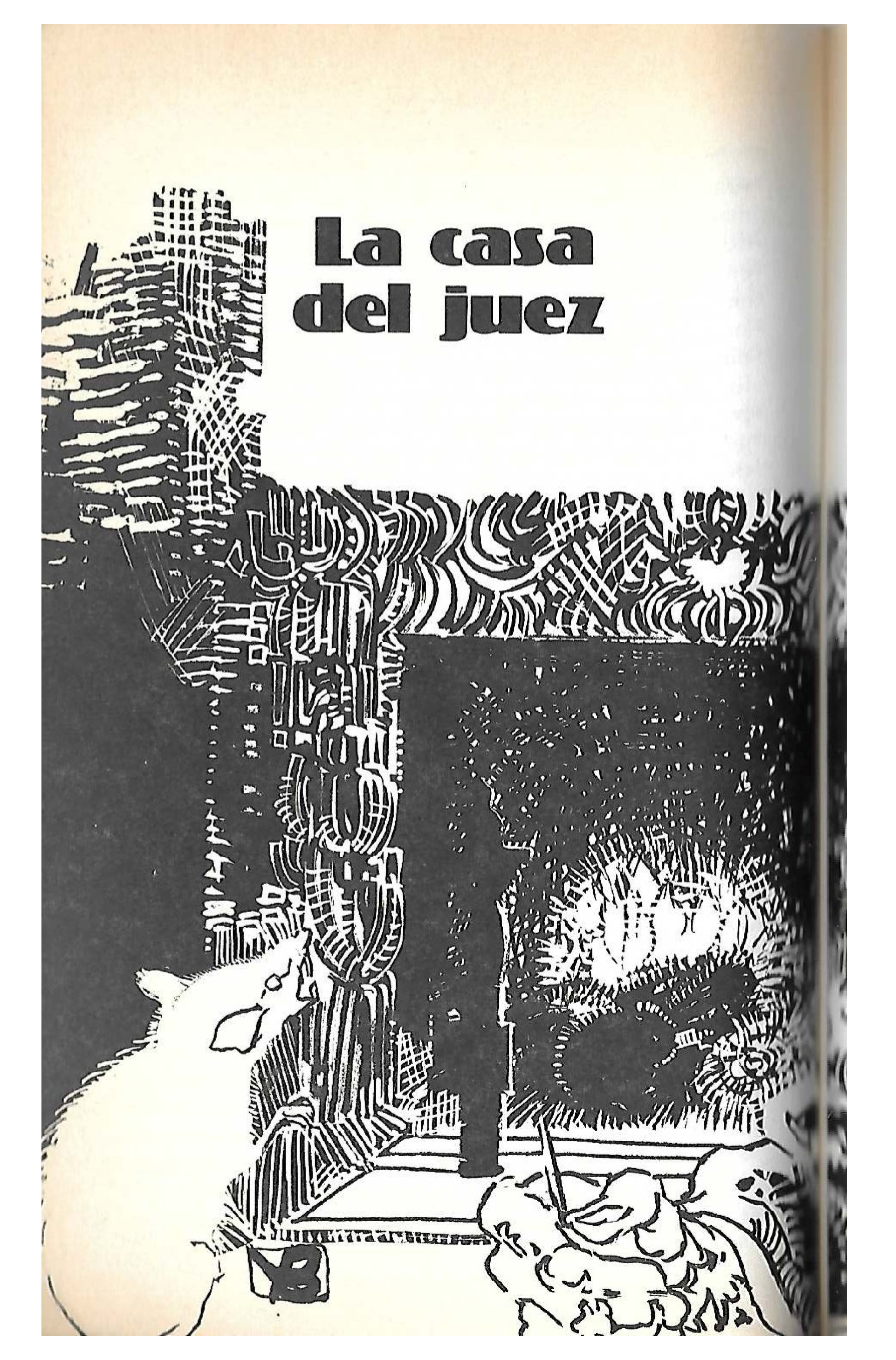
¿La escuchan ustedes? Está ahí. Ya está ahí, entre ustedes y yo, porque hoy al menos sé que ustedes comparten mi secreto y mi sufrimiento, y ella, que lo sabe, no me lo perdonará, pero tampoco se lo perdonará a usted. Mi pecado se produjo hace mucho tiempo, el de usted, ahora, al acabar este relato.

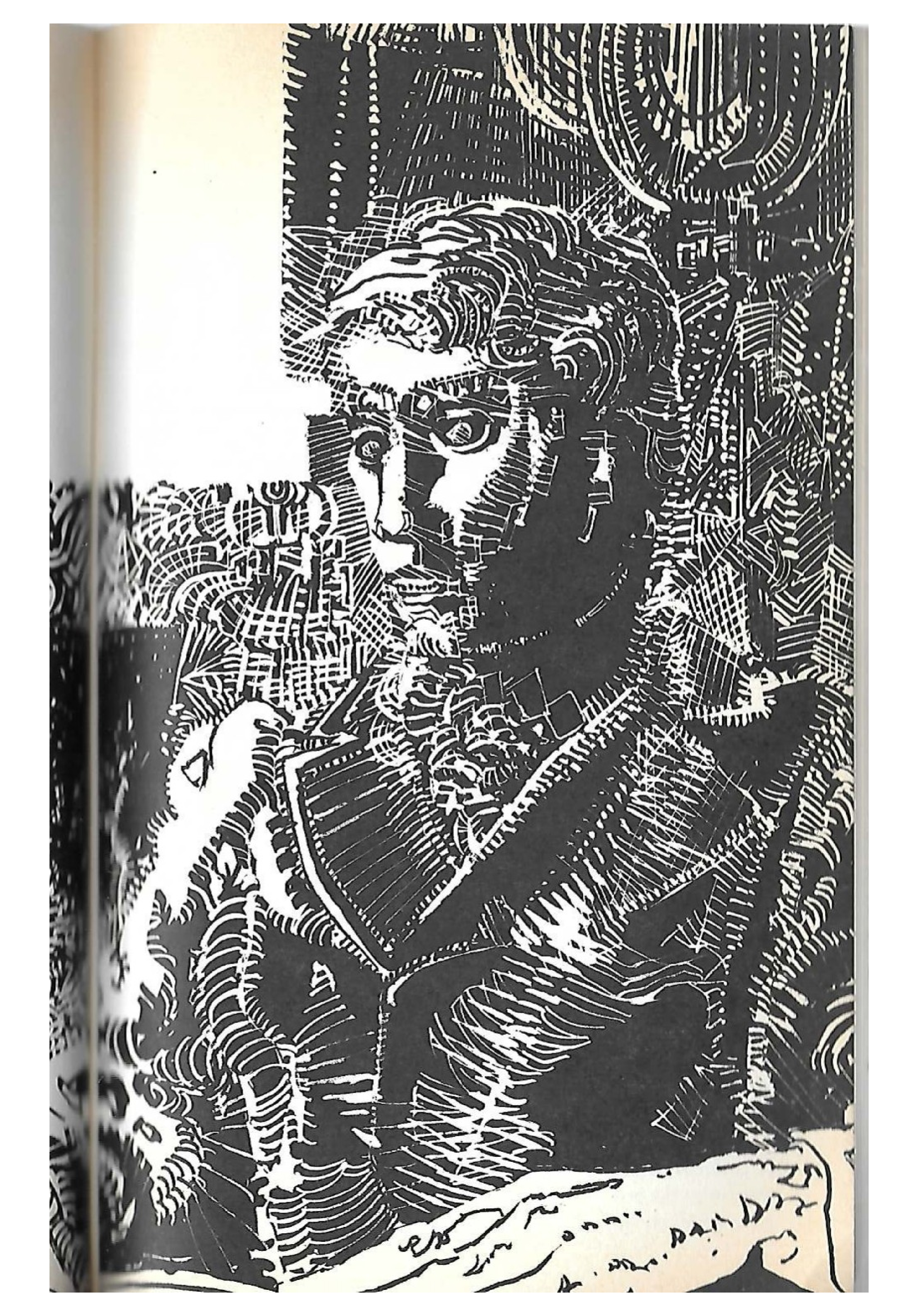
A partir de hoy cada noche podrán escuchar un ruido y ella estará ahí vigilando con esos monstruosos ojos que cuando se ven por primera vez transportan a quien lo hace a un mundo lleno de penas y sufrimientos.

¿Ustedes creen que estoy desquiciado? ¿Que acaso me he vuelto loco?... Tal vez, tal vez, ojalá...

¿Usted, amiga o amigo lector, cree que está solo? No sea ingenuo. Si en este momento se va a meter en la cama, no apague la luz. Ella puede escurrirse a su lado y acariciarle suavemente. ¿Siente algún ligero aleteo a sus espaldas? ¡Tranquilo!... Por favor, sea valiente, vuélvase poco a poco, muy lentamente, y no grite si descubre la túnica negra y los ojos azules de Elvira. Ella es muy sensible. Déjese acariciar. Sea prudente...

La casa del juez





La casa del juez

Bram Stoker
Versión libre de V. Rodríguez de Ayala

De todo cuanto vio, lo que le intrigaba hasta lo indecible era aquella maldita cuerda, larga y flexible, que pendía de la gran campana del tejado y que en otra época sirvió de nudo para los ahorcados...

A Antonio José Alés, la voz del misterio y el terror en la noche radiofónica.



o único que pretendía verdaderamente Malcolm Malcolmson era encontrar algún apartado y solitario lugar donde instalarse por espacio de un mes y así, en la más completa soledad y recogimiento, poder estudiar sin interrupción alguna. En realidad, buscaba un pueblecito pequeño y escondido, sin pretensiones, donde ninguno de sus muchos amigos hiciera intención de profanar sus ansias de soledad.

Cuando llegó a la estación de ferrocarril con su aire despistado y arrastrando un gran maletón repleto de libros y un pequeño envoltorio donde había colocado las ropas que necesitaba, buscó en el tablero de anuncios el lugar más recóndito y desconocido de cuantos el itinerario le sugería.

Al cabo de poco más de tres horas, Malcolm Malcolmson abandonaba el tren en el apeadero de Benchurch, aldea de la que apenas tenía referencias. Llegó a la solitaria estación ya vencida la tarde. Por eso inició sus pasos hacia el pueblo y, después de haber preguntado, se dirigió sin titubeos a la única posada que allí había, en busca de una cama donde pasar la noche. Al día siguiente, Malcolmson saldría por los alrededores de la aldea en persecución de su objetivo: una resi-

dencia aislada y apacible donde poder instalarse definitivamente, hasta cumplir el tiempo de su retiro.

No tuvo mucho donde elegir, pero encontró una vieja y anticuada casa, de pesada construcción, rodeada por una alta tapia de ladrillos, más con apariencia de desolación que de quietud, y situada a las afueras del pueblo. «Esto es justamente lo que andaba buscando» se dijo Malcolmson, pero todavía con recelos lógicos, por desconocer si sería posible alquilarla de inmediato.

En la estafeta de correos supo que para todo lo concerniente con aquella casa había que ponerse en contacto con Mr. Carnford, abogado y agente de fincas, a quien se dirigió sin pérdida de tiempo. Mr. Carnford era un afable caballero de edad, que no supo disimular el placer que le producía el hecho de que alguien estuviera interesado por alquilar aquel viejo caserón.

—Me alegra especialmente por los dueños, porque así el pueblo se acostumbrará a verla habitada y acabarán por fin los absurdos rumores que sobre ella corren. Ha permanecido tanto tiempo vacía... que, sin pretenderlo, estábamos alimentando tales rumores y otros absurdos prejuicios...

A Malcolmson le pareció completamente inútil indagar con aquel hombre a qué *absurdos prejuicios* se refería. Pagó una cantidad muy escasa, que le daba derecho a ocuparla durante tres meses como mínimo y tras firmar un recibo obtuvo las llaves de la casa y también la recomendación de usar de la señora Dempster como sirvienta, por una módica cantidad. La vieja sirvienta, que conocía bien la propiedad, tendría que resultarle muy útil, sobre todo a la hora de instalarse.

Acto seguido regresó a la posada. Quería pedir consejo a la amable posadera, la viuda Witham, que tan cortésmente le había recibido la noche anterior y con tanta ternura le había tratado en el desayuno, sobre las provisiones y víveres que necesitaría para su retiro. Pero cuando la señora Witham supo la casa

que el joven estudiante había alquilado, estalló en un cierto ataque de histeria y gritó:

—¡En la casa del Juez, no!

Malcolm quiso explicarla que no conocía el nombre de aquella casa, ni otros detalles; simplemente se limitó a darle las señas de su emplazamiento.

—No cabe duda, no cabe duda... —decía la viuda—. Es la casa del Juez. ¡Esa es la casa del Juez! Es una casa maldita y por eso lleva tanto tiempo deshabitada...

Malcolmson pidió a la buena mujer que se tranquilizase y tratara de ofrecerle razones. Y ella, lo mejor que pudo, le contó, no sin un cierto aire de misterio en su voz y en su narración, que aquella casa que había permanecido tantos años vacía, no sabía decir cuántos, había sido propiedad de un satánico juez, que en su tiempo había inspirado toda clase de espantos debido al rigor y la crueldad de sus sentencias y a la hostilidad que siempre demostró para con todos los acusados en su tribunal. Con certeza no podía decir nada de las extrañas cosas que sucedían en aquella casa; pero todo el mundo sabía que allí sucedía *algo* muy especial que la hacía inhabitable.

—No me gusta nada, no me gusta nada, señor. Y además usted es un caballero y... tan joven... Si fuera hijo mío, perdone que le hable así, no pasaría usted allí ni tan siquiera una noche solo, aunque tuviera que ir yo misma a tirar de la campana de alarma que hay en el tejado.

Malcolmson se sentía verdaderamente conmovido por la nobleza y la buena fe de aquella pobre señora que tan agradable le había sido desde los primeros momentos. Luego, tratando de calmarla, le dijo que no debía sentir ninguna preocupación, que seguramente aquellas eran historias viejas y que él no era precisamente una persona influenciable, que concretamente era un estudiante de Matemáticas Superiores y que tenía demasiadas cosas en qué pensar como para llegar a molestarse en los detalles de aquellos pueriles misterios.

La viuda Witham no encontró mayores argumentos, aunque no dejó de mostrar sus temores en ningún momento. Con la máxima disposición y amabilidad prometió encargarse de todo lo necesario en cuanto a las provisiones y demás necesidades del estudiante. Por su parte, Malcolmson marchó en busca de la vieja que el agente de fincas le había recomendado como sirvienta. Cuando, después de algún tiempo, regresó a la casa del Juez en compañía de ésta, se encontró con la agradable sorpresa de que allí ya le estaba esperando la señora Witham, acompañada también de otros hombres y una alegre chiquillería, que portaban diversos paquetes con todos los encargos, incluso había transportado una cama, ya que la viuda estaba convencida de que unos huesos jóvenes no lograrían descansar sobre una cama que no había sido oreada al menos en los últimos cincuenta años.

En ningún momento se le ocultó al joven estudiante que aquella buena señora sentía una irrefrenable curiosidad, no exenta de temor, por husmear en los interiores del viejo caserón. En el recorrido que hicieron por la casa, la viuda Witham no se separó ni un instante de Malcolmson, al que se agarraba con todo vigor.

Una vez examinados todos los rincones de la casa, Malcolmson decidió instalarse en el gran comedor. Realmente no precisaba de mayor espacio. Allí podía desenvolverse a su entero gusto, satisfaciendo todas sus necesidades. La señora Witham, con ayuda de la sirvienta, se encargó de ordenarle, una por una, todas sus cosas. Luego, a punto de marchar, le dijo:

—Como la habitación es muy grande, señor, y se advierte mucha corriente de aire, no le vendría nada mal poner uno de esos grandes biombos alrededor de la cama, sobre todo para que le resguarde por la noche... Pero, la verdad, yo me moriría si tuviera que quedarme aquí dentro, encerrada con todas esas *cosas* que *asomarán* sus cabezas por todos lados...

Y, al hablar, no pudo reprimir un gesto espeluz-

nante, que fue el anuncio de su precoz huida. Cuando la sirvienta, señora Dempster, se encontró a solas con el estudiante, adoptó un aire de superioridad y le dijo:

—Voy a decirle todo lo que pasa, señor. Esos duendes a los que todos se refieren, ni son duendes ni son nada... Ratas, ratones y escarabajos... y alguna puerta que cruje, y tejas caídas, y tiradores rotos que aguantan cuando usted tira de ellos y caen luego solos en medio de la noche... ¡Mire como está el zócalo de la habitación!... Es viejo: tiene cientos de años... ¿Cree que no va a haber ratas y escarabajos ahí detrás?... Lo que yo le diga señor, las ratas son los duendes y los duendes son las ratas... ¡Y no hay más!

Después, la señora Dempster fue a ocuparse con el mayor celo de la limpieza general de la casa, especialmente del recinto donde iba a instalarse Malcolmson. Y cuando este volvió, al cabo de dos horas, de dar un paseo en el que había aprovechado la ordenación de sus apuntes, se encontró con la habitación bien limpia, un espléndido fuego ardiendo en el hogar, y la mesa servida, a base de las viandas que la amable posadera le había preparado.

La señora Dempster se despidió. Volvería todas las mañanas, como habían convenido, para hacerle la limpieza general de las piezas y dejarle el guiso a punto. Cuando Malcolmson se encontró por fin solo en lo que iba a ser su íntimo refugio por espacio de un mes, se frotó las manos.

—¡Esto sí que es vida! —dijo, contemplando con apetito lo que en la mesa se le ofrecía.

Al acabar de cenar, retiró la bandeja hacia el otro extremo de la mesa y antes de sacar sus libros, se ocupó de avivar el fuego, de despabilar la lámpara y de sentirse cómodo y dueño de aquel espacio, que era, por el momento, absolutamente suyo. Por fin, se sumergió en el estudio. Así, le dieron las once, hora en que descansó un momento, dedicándose nuevamente a avivar el fuego y la lámpara y también a prepararse una taza de té. Recordaba que había conver-

tido el té, en tiempo de estudio, en algo que disfrutaba voluptuosamente. Reavivado el fuego, las llamas chiporrotearon y estuvo contemplando por espacio de unos minutos el juego de sombras que se tejían sobre la vieja y destartalada habitación, que él encontraba ahora tan acogedora. En aquellos momentos de relajación y silencio fue cuando advirtió por primera vez los extraños ruidos que sin duda provocaban las ratas.

—Seguramente durante todo este tiempo no han metido ningún ruido —pensó—. A pesar de mi estado de concentración lo hubiera escuchado.

Y se tranquilizó a sí mismo diciéndose que, naturalmente, la presencia de un extraño y hasta incluso el hecho de que se hubiera encendido el fuego, había asutado a las ratas, pero al cabo del tiempo, acostumbradas a los nuevos agentes de la casa, se habían vuelto más osadas y reanudaban sus ocupaciones habituales y... sus ruidos.

Realmente, la casa debía estar infectada de ratas, cosa que no le preocupaba lo más mínimo. Y, sobre todo, advertía que eran activas. Subían y bajaban por detrás del zócalo que revestía toda la pared, lo mismo que cruzaban por los techos y por debajo del suelo. Se movían apresuradas y bullían, royendo y arañando. Recordó en aquellos instantes las palabras con todo sentido de la señora Dempster, cuando le dijo: «los duendes son las ratas y las ratas son duendes, señor». El té comenzaba a proporcionarle ya ese estado de comodidad que él pretendía. Abandonó la mesa un momento para recorrer la habitación. Se preguntaba cómo una casa tan hermosa podía haber estado deshabitada durante tanto tiempo. El trabajo de la madera que recubría las paredes era verdaderamente una maravilla. En las paredes aún estaban colgados algunos viejos cuadros, pero tan espesamente cubiertos de polvo que apenas percibía ningún detalle de ellos, pese al esfuerzo que hacía levantando la lámpara para iluminarlos. En su corto pero lento recorrido topó más de una vez con varios agujeros blo-

queados en más de una ocasión por la cabeza hocicante de alguna rata, que a su paso, procedía a la huida, emitiendo un peculiar chillido.

De todo cuanto vio, lo que más le intrigaba, sin embargo, era aquella cuerda de la gran campana del tejado, a la que había hecho alusión la encantadora señora Witham, y que colgaba en un rincón de la habitación, justamente a la derecha de la chimenea. Consumió, junto al fuego, su última taza de té y volvió a la mesa, para concentrarse nuevamente en el estudio. Ahora sí que percibía el continuo rebullir de las ratas, que en un principio le entorpecieron, hasta que logró acostumbrarse al ruido que producían en su constante ir y venir.

El silencio se produjo de forma inesperada, cuando percibía que ya se aproximaba el amanecer y cuando el fuego se consumía tras la larga noche de trabajo. El ruido de las ratas había cesado de pronto. Y fue al mirar en dirección a la chimenea cuando sufrió un pequeño sobresalto.

Allí, sobre la silla de roble tallado que se encontraba a la derecha de la chimenea, estaba impasible, quieta, una enorme rata que le miraba fijamente con unos ojos brillantes y malignos. Malcolmson hizo un gesto violento para espantarla, pero la rata no se inmutó. Volvió a hacer un gesto amenazante, como tirándola algo, y tampoco se movió, pero esta vez, encolerizada, le enseñó sus grandes dientes blancos. Sus ojillos casi punzantes no dejaban de mirarle.

Malcolmson se puso de pie y cautelosamente tomó el atizador de la chimenea y cuando se acercó hasta ella con intención de matarla, antes de que pudiera golpearla, saltó de la silla hacia el suelo y mientras acentuaba un profundo chillido, trepó por la cuerda de la campana, desapareciendo en la oscuridad del techo, adonde apenas si llegaba la luz de la pequeña lámpara. Instantáneamente, recomenzó el bullicio anterior de las ratas tras los paneles de madera.

Después de esto, Malcolmson no pudo volver a concentrarse sobre sus libros. Decidió, por tanto,

irse a la cama y descansar. Y durmió tan profundamente que ni siquiera advirtió la presencia de la señora Dempster cuando llegó para hacer limpieza en la habitación. Cuando hubo barrido el cuarto y preparado el desayuno, la sirvienta golpeó discretamente sobre el biombo que ocultaba la cama y Malcolmson despertó. Aún acusaba el cansancio del duro trabajo de la noche anterior, pero se despabiló con una taza de té bien cargada. Después, tomando un libro y unos bocadillos que le había pedido a la sirvienta, salió a la calle, con intención de encontrar una arboleda donde pasar otras horas de concentración. Sobre una pradera de viejos olmos pasó la mayor parte del día, estudiando a Laplace.

A la hora del regreso quiso pasar a saludar a la buena posadera, la señora Witham, que tan amablemente se había portado, preparándole aquella despensa. Ella se alegró de verle, pero adoptó un aire maternal cuando le dijo.

—No debería usted trabajar tanto, señor. Hoy tiene mala cara... Eso que la señora Dempster me dijo esta mañana que le había encontrado profundamente dormido cuando ella llegó. Pero... dígame, ¿cómo pasó la noche?

—Bien, bien perfectamente... Nadie me ha molestado. Sólo las ratas, que deben ser un batallón y se sienten dentro de su propio cuartel. Había, sobre todo, una de aspecto diabólico que hasta se atrevió a subirse en mi propia silla y casi desafiarme... Sólo se marchó cuando la amenacé con el atizador y entonces trepó por la cuerda de la campana y desapareció por allá arriba, entre las maderas del techo...

—¡Por Dios, por Dios!... —gritó la señora Witham— el viejo diablo sobre la silla... y junto al fuego... ¡Tenga cuidado, señor! A veces no se deben tomar ciertas cosas a broma.

—¿Qué quiere uted decir?... —reía Malcolmson.

—No se ría, no se ría... Hablo del viejo diablo... Los jóvenes no se estremecen por nada... Pero a lo mejor es bueno que siempre pueda reír, señor.

Aquella mujer, verdaderamente, le enternecía. Después de despedirse de ella, pidiéndole excusas por sus bromas y sus risas, regresó a la casa.

* * *

Esa noche, estaba seguro, el rumor de las ratas debió comenzar más temprano. Sintió que cesaba con su imprevista llegada, para volver luego a su bullicio natural, royendo y arañando como la noche anterior.

Después de cenar lo que pareció un manjar, que la sirvienta le había dejado preparado sobre la mesa, se sentó un momento junto al fuego a fumar, para después volver al estudio. Pero se sentía más alterado y distraído que la noche anterior por culpa de las ratas. Las escuchaba chillar más alborotadas que lo hicieran el día anterior y hasta incluso aparecían más atrevidas, asomando sus cabezas por un sinfín de agujeros que ahora percibía con mayor facilidad. Incluso vio a alguna que se había atrevido a abandonar su agujero y cruzar todo el piso a lo largo de las molduras del zócalo. Jamás le habían preocupado estos animales, pero notaba que se distraía más de lo debido y cuando le molestaban demasiado tenía que emitir algunos ruidos que las espantaran y así regresaran huyendo a sus agujeros.

Transcurrió la primera mitad de la noche y, a pesar de los intensos ruidos, Malcolmson pudo lograr concentrarse en el estudio, hasta que de repente advirtió de nuevo la sensación de silencio y, súbitamente, dirigió su vista hacia la silla que había situada junto a la chimenea. Un extraño escalofrío le recorrió el cuerpo... Allí, sobre la silla, como la noche anterior, estaba la misma rata, grande, quieta, que le miraba fijamente con intenciones malignas.

Instintivamente cogió el libro que tenía más a mano y se lo arrojó, pero el libro no llegó a la silla y la rata no hizo el menor movimiento. Repitió, por tanto, la escena de la noche anterior, yendo en busca del atizador, y otra vez la rata, viéndose cercada y

violentamente amenazada, huyó trepando por la cuerda de la gran campana. Tras la fuga de aquella rata, de nuevo se reanudaron los ruidos y chillidos de las demás. Tampoco logró Malcolmson en esta ocasión ver por qué parte del techo había desaparecido el animal, puesto que seguía en sombras la parte superior.

Era cerca de la medianoche, pero ahora que aquella rata había vuelto a su guarida, estaba decidido a seguir trabajando. Avivó el fuego y se preparó una taza de té, después se sintió merecedor de un pequeño descanso y sentado en la silla de roble, junto a la chimenea, fumó complacido y sereno. Pensaba que, de alguna forma, tenía que descubrir el agujero por donde se escapaba aquella rata porque estaba dispuesto, a la mañana siguiente, a poner en práctica un viejo recurso, como era una ratonera.

Antes de regresar a la mesa y al estudio, preparó otra lámpara que puso iluminando bien aquel rincón que se encontraba entre la chimenea y el techo. Apiló un montón de libros a su alcance por si se veía obligado a echar mano de ellos, si regresaba el animal y, finalmente, levantó la cuerda de la campana y colocó su extremo inferior sobre la mesa, pisándola con la propia lámpara. Al manosear la cuerda, se sorprendió que pese al tiempo transcurrido apareciera todavía flexible y resbaladiza y llegó a pensar que una cuerda semejante podría servir para colgar a un hombre de ella. Satisfecho por la estrategema que había preparado, se dijo complacido:

—¡Ahora, amiga mía, vamos a vernos las caras de una vez!

Pese a la alteración que había sufrido, logró nuevamente concentrarse en el estudio, mientras le acompañaba el ruido ya habitual de sus vecinas de habitación, al que había logrado acostumbrarse. Pero, súbitamente, se impuso de nuevo el silencio, a la vez que la cuerda sufría un ligero movimiento. Miró en la trayectoria de la gran silla de roble y llegó a tiempo de ver cómo la rata, que había descendido por la

cuerda de la campana, de un salto, se instalaba una vez más en la silla y con una desafiante actitud clavaba nuevamente sus pequeños ojos negros sobre los suyos.

Con la máxima precaución, tomó un libro de los que tenía ya preparados y se lo arrojó, con intención de aplastarla, pero el animal saltó de costado y lo evitó. Malcolmson tomó entonces un segundo volumen y un tercero y repitió la operación, pero sin alcanzarla en ninguna ocasión. Sin embargo, en el movimiento siguiente, cuando se disponía a tirar sobre ella el cuarto volumen, la rata chilló y pareció asustarse. Fue el instante en que el joven estudiante decidió no fallar una vez más y el libro se estrelló contra el bicho, pero a la vez que profería un espeluznante chillido, le dirigió una mirada que parecía tener una maligna intencionalidad, casi humana. Luego trepó por el alto respaldo de la silla, desde donde dio un gran salto y consiguió aferrarse a la cuerda de la campana, por la que ascendió a una gran velocidad. La lámpara, que sujetaba el borde de la cuerda sobre la mesa, se tambaleó sin mayor riesgo y Malcolmson estuvo atento al recorrido que hacía el animal. Lo vio saltar a una moldura del zócalo y luego desaparecer por un agujero en uno de los grandes cuadros que colgaban de la pared y que seguían para él siendo incógnita, debido al polvo y la acumulada suciedad.

—¡Ya se dónde te escondes, amiga mía! —exclamó el estudiante—. No lo olvidaré: tercer cuadro a partir de la chimenea.

Malcolmson se dedicó a recoger los volúmenes del suelo, revisando cada uno de los títulos: «Secciones del Cono» ni la rozó; tampoco «Cuaternidades», ni la «Termodinámica»...

—¡Este fue el que la alcanzó! —Y tomándolo del suelo, al ver de qué libro se trataba, no pudo evitar un cierto sobresalto, que no supo cuánto tenía de superstición.

Luego, con él en las manos, musitó:

—¡La Biblia que me regaló mi madre!

El alboroto se reanudó, lo que venía a tranquilizarle. Fue entonces cuando decidió que ya había trabajado bastante y se dirigió a la cama sin más. Durmió profundamente, pero durante la noche le asaltaron varios sueños. Cuando la sirvienta le despertó, sentía un cierto malestar y su cara reflejaba todos los síntomas de una noche de pesadilla.

Antes de salir en busca de aire, como ya era costumbre, dejó un encargo que sorprendió a la mujer.

—Señora Dempster, una vez que me haya marchado quiero que se haga usted con una escalera y limpie bien el polvo a esos cuadros, especialmente al tercero a partir de la chimenea... Quiero ver las figuras que representan.

* * *

La mañana, entre los viejos olmos, le sirvió para aprovechar mejor las horas que había desperdiciado en el estudio la noche anterior. De regreso, pensó visitar de nuevo a la noble mujer de la posada, a quien encontró acompañada por un desconocido que ella le presentó como el doctor Thornhill. A Malcolmson le pareció que la presencia de aquel doctor no era nada casual, cosa que comprobó desde los primeros momentos, cuando la señora Witham le recalcó de forma muy especial que tenía mala cara, que debía sentirse mal, o haber pasado una noche endiablada.

El médico se interesó por su salud y, después de obtenidos algunos detalles, le recomendó que no tomase tanto té.

—Y lo que debe hacer también es dormir más —le increpó la señora Witham.

No obstante, en aquella reunión improvisada, había una intención más: conocer los sucesos que el estudiante podía estar descubriendo en el interior de aquella casa, la vieja casa del Juez.

Y Malcolmson no tuvo reparo alguno en contar con todo detalle lo que habían sido aquellas dos últimas noches.

—¿Y la rata siempre trepa por la cuerda de la campana de alarma? —preguntó el doctor Thornhill, mientras la señora Witham profería extraños alaridos que delataban su pavor y sus viejos temores.

—Siempre.

—Supongo que ya sabrá usted el sentido y la procedencia de esa cuerda... —le dijo el doctor.

—No, no lo sé.

Y... tras una leve pausa, el doctor añadió:

—Es la misma cuerda que usaba el verdugo para ejecutar a las víctimas que condenaba a la horca el malvado Juez.

La señora Witham se desvaneció por dos veces a causa de la impresión que le causó el relato del joven estudiante y los datos que aportó el doctor Thornhill y cuando ya estaba recuperándose, Malcolmson, advirtiendo que ya se acercaba la hora de cenar y la sirvienta estaría a punto de abandonar la casa, se despidió.

La posadera se encaró con el doctor, recriminándole que le hubiera hablado de aquella forma y le hubiera metido aquellas ideas en su cabeza...

—Son ya demasiadas las preocupaciones que tiene el muchacho para que ahora le cuente usted estas cosas.

—Querida amiga, déjeme actuar. Tan sólo lo he hecho por su propio bien. Necesitaba atraer toda su atención sobre la cuerda de la campana... Tengo la sospecha de que, por culpa del estudio, o de algo que desconozco, está siendo víctima de una extraña sobreexcitación que, sobre todo, padece en las noches y quiero que si algo le ocurriese tengamos de inmediato el aviso a través del tañido de la campana. No he propuesto pasar la noche junto a él porque nunca lo hubiera aceptado... Pero tengo la sospecha de que esta misma noche vamos a tener una pequeña sorpresa...

—¿Quiere usted decir?... —preguntaba la señora Witham.

—Quiero decir que es probable que esta noche el

pueblo escuche la campana de la casa del Juez y hemos de estar preparados para acudir allí con presteza.

Malcolmson se encontró su casa limpia y ordenada, la cena preparada en la mesa. La sirvienta se había marchado ya pero el hogar tenía prendidas unas profusas llamas que hacían más confortable aquel lugar. Advirtió una vez más que, a su llegada, el rumor de las ratas se apaciguaba, pero de nuevo renacía cuando su presencia en la casa era advertida como algo natural. Se alegró esta vez de oírlas bullir y reconoció que aquel murmullo, aquel arañar de las ratas, era algo que le acompañaba. Mientras el rumor le llegaba, o veía asomar sus cabezas por los diversos agujeros todo era más normal. Reparó en el hecho de que las ratas callaban, cesaban sus ruidos, cuando aquella otra rata más grande —la que miraba con ojos malignos, iracundos diría— hacia su aparición, descendiendo por la cuerda para luego ocupar su silla, junto a la chimenea.

A través de las ventanas de la vieja casa percibió un fuerte viento. Tras el viento se desató un furibundo vendaval, pero Malcolm Malcolmson, en aquella estancia que ya le era tan familiar, acompañado por el chisporroteo de la leña y la cálida luz que propiciaban las llamas, se sintió a gusto y seguro. Era la paz que había pretendido y que ahora podía disfrutar. La tormenta bramaba, y parecían estremecerse los cimientos del viejo caserón. Extraños sonidos llegaban entonces a la habitación, producidos por el fuerte vendaval. Llegó a pensar incluso que la campana podría también sonar por efecto del temporal. En el interior, la cuerda se movía ligeramente, azotando el suelo de vez en vez.

Reparó en la cuerda y le vinieron a la memoria las palabras del doctor: «Es la misma cuerda que usaba el verdugo para ejecutar a las víctimas que condenaba a la horca el Juez». Reconocía que desde aquel momento en que le habían despejado una incógnita, la cuerda le interesaba aún más. La veía balancearse junto a él. Y sintió la tentación de acercar su mano y

acariciarla; pero en ese justo momento sintió que no sólo se balanceaba por efecto del viento, sino que la cuerda, flexible y suelta, vibraba ostensiblemente como consecuencia de algún otro movimiento impulsor. Instintivamente levantó la vista hacia el techo y se encontró con un espectáculo que no le era nuevo. por la cuerda descendía, desafiante, sin ningún temor, aquella rata enorme, que clavaba sus pequeños ojillos en él. Soltó la cuerda, profiriendo una maldición y retrocedió en busca de algún elemento contundente. La rata cambió su dirección y trepando nuevamente desapareció sin más. Otra vez volvía el murmullo y el rumor de las demás, que durante aquella escena habían permanecido en silencio.

Advirtió que la sirvienta le había obedecido y los cuadros aparecían con otro aspecto, sin polvo. Acercando la lámpara se colocó frente al tercer cuadro a la derecha de la chimenea y así fue como comprobó que se trataba del retrato de un personaje que debería ser el Juez, vestido con una gran capa de púrpura y armiño. Tenía un rostro duro, maligno, con un aire astuto, vengativo y despiadado. Una boca sensual y la nariz ganchuda, pero destacaba sobre todo un color cadavérico y un brillo peculiar en sus ojos, que le recordaban una mirada maligna y odiosa. Claro, era exactamente la mirada de aquella asquerosa rata, los mismos ojos pequeños y malvados... Cuando se repuso de aquella desagradable sorpresa, volvió a acercar la lámpara con intención de ver el cuadro completamente y reparó en que el Juez estaba sentado en una gran silla de roble, de alto respaldo, la misma silla que él tenía en su habitación y que estaba colocada junto a la chimenea, y que también en el cuadro aparecía aquella cuerda colgando del techo y que arrastraba por el suelo... Exactamente conservaba todo la misma posición.

Sintió un extraño frío en la nuca: como si alguien por detrás le estuviera observando detenidamente. Se volvió con brusquedad. No había nadie allí detrás. Sin embargo... en la silla, ahora, nuevamente, estaba

aquel bicho, en la posición de siempre, clavándole sus pequeños y asquerosos ojos... Y otra vez, excepto el viento y la lluvia, había regresado a la casa el silencio.

En el momento de mayor sorpresa, la lámpara se le había estrellado contra el suelo, afortunadamente sin mayores consecuencias. La recogió y luego, tratando de dominarse y transmitirse serenidad, limpió el sudor que le corría por la frente y el cuello.

—¡Basta ya! —se dijo para tranquilizarse—. ¡Qué estupidez!... Si sigo así puedo acabar volviéndome loco... El doctor tenía razón: debo descansar más y acabar de una vez con tanto té.

Acudió a la cordura que siempre le había distinguido para convencerse de que no podía dar rienda suelta a su imaginación. Todo era absolutamente normal. Se sirvió una copa de coñac y, con algún esfuerzo, volvió a ocuparse de lo que realmente le preocupaba: sus exámenes.

Seguía golpeando la lluvia y el viento sobre los cristales del caserón. El fuego proseguía, ahora sin llama, pero tiñendo el recinto con su calidad rojiza. Reparó de nuevo en la ausencia del bullicio de las ratas; sin embargo, le llegaba un rumor de la cuerda que pendía de la campana, en su roce por el suelo. Y fue testigo de algo más: aquella rata, a la mitad de la altura de la cuerda, estaba royéndola, a punto de cortarla ya. En ese instante vio cómo parte de la cuerda caía, con un chasquido, sobre el piso de roble y cómo la rata permanecía ahora colgada del extremo, balanceándose, a punto casi de perder el equilibrio... Pensó que había perdido la posibilidad de comunicarse con el mundo exterior; pero la ira le impidió seguir aquel pensamiento y súbitamente arrojó el libro que tenía delante de él contra aquel asqueroso animal, que por efecto del ligero golpe cayó directamente en el suelo, produciendo una blanda y repugnante sensación. Malcolmson se precipitó sobre el animal, propinándole una violenta patada que le produjo un fuerte estremecimiento y la rata, con un chi-

llido que le atravesó los tímpanos, fue a parar a un lejano rincón por donde rápidamente huyó...

Ahora podría concluir aquella horrenda pesadilla. Quizá ya no volviera más. Encendió otra lámpara para percibir más detalles de aquella estancia. Y volvió a instalarse en la mesa, reposando ahora tras el esfuerzo realizado. Así, desde la posición que ocupaba, tenía frente a él el cuadro del Juez, justo el tercero a la derecha de la chimenea. Pero aquello que veía no podía ser cierto. No era posible... y comenzaba a ser víctima de un indescriptible terror.

Precisamente en el centro del cuadro, donde antes había visto la figura y la cara del Juez, aparecía un espacio vacío, el lienzo en blanco... El fondo del cuadro era el mismo: la silla, el rincón de la chimenea, la cuerda colgando... pero había desaparecido la figura del Juez. Se frotó los ojos varias veces. No era posible. Aquello no tenía ninguna explicación... Estaba cansado. Se sentía agotado... y sin fuerzas para moverse siquiera de donde estaba. Y ahora...

En la gran silla de alto respaldo, junto a la chimenea, reparó en el Juez. Era él, claro que era él. Sentado, con su ropaje de púrpura y armiño, y aquella palidez, y los ojos pequeños, vengativos, malignos, que le amenazaban a él. Tampoco se le ocultó la cruel sonrisa de su boca, ni el birrete negro que el Juez sostenía entre sus manos... Malcolmson sintió que la sangre que le corría por todas sus venas era fría, que se le cristalizaba... y maldijo el momento en que había desafiado la soledad de aquel viejo caserón, que había irrumpido en aquel truculento lugar.

Con toda la parsimonia y deliberación, el Juez abandonó su asiento y se puso de pie, cogió luego el trozo de cuerda que había soltado la rata, lo acarició con sus manos, como gozando de un intenso placer, y luego, con la misma lentitud y seguridad, comenzó a manipular en sus extremos hasta conseguir un nudo. Con el pie, apretando fuertemente de él, comprobó que había logrado su propósito, y posteriormente lo transformó en un nudo corredizo.

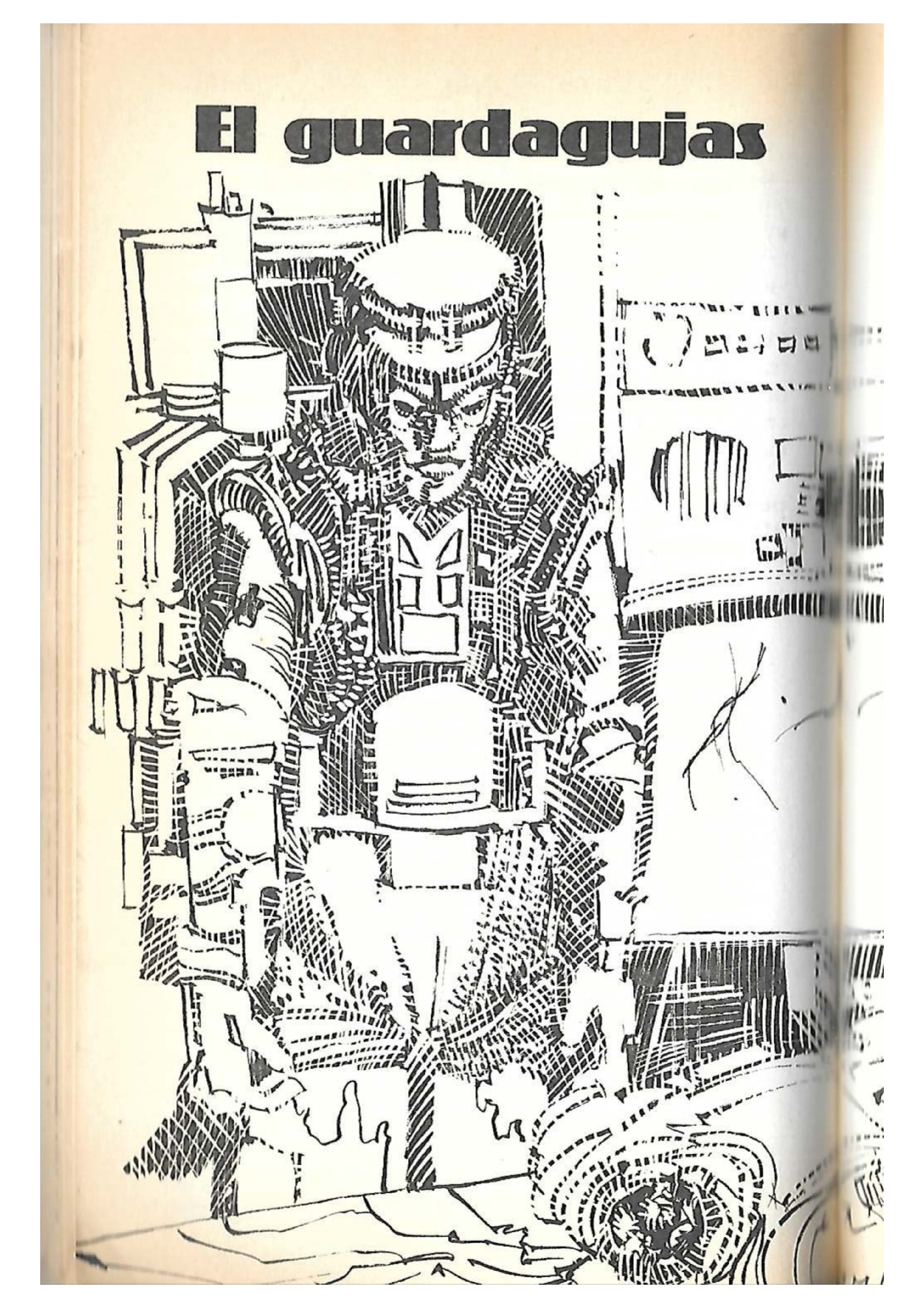
Acto seguido el Juez se ocupó de mirarle socarronamente, envolviendo su gesto en odio y maldad, haciendo intentos por aproximarse a él. Malcolmson, en esos justos momentos, sabía ya que iba a ser víctima de él. Trató de pensar cuál sería su posibilidad de escapar de allí, pero no era capaz de articular nada coherente. El Juez se le acercaba y desde aquella distancia levantaba el lazo y luego lo arrojaba sobre él, con la intención clara de capturarle. Durante algún tiempo estuvo esquivando aquel movimiento, que repetía el Juez una y otra vez, sin muestras de agotamiento o desesperación.

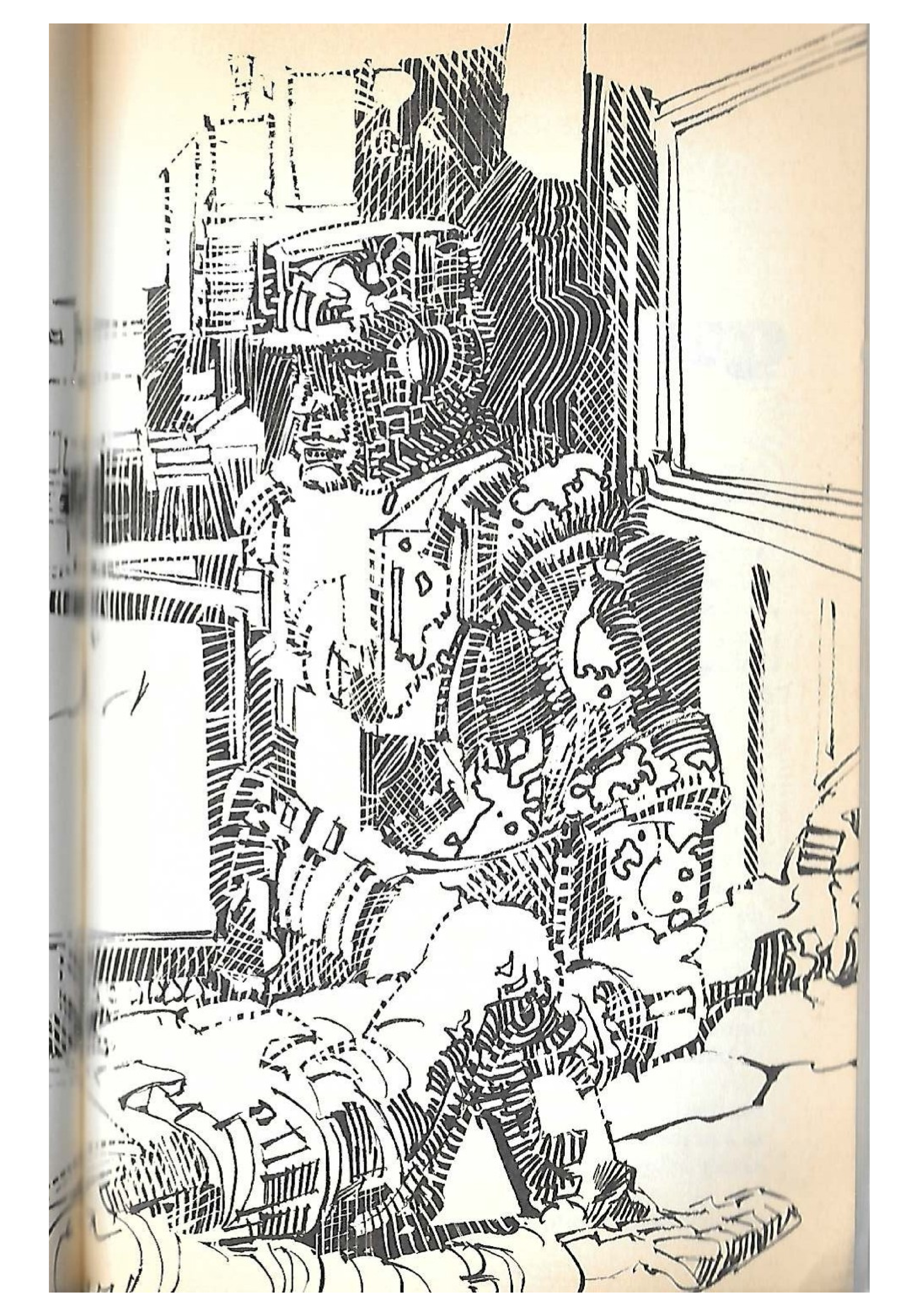
Malcolmson fue consciente de que cada vez iban quedándole menos salidas. Cruzó su mirada por la habitación y se encontró con que en todos los agujeros y madrigueras aparecían los ojos de muchas, de infinitas ratas; pero aquella visión le alivió. Luego fijó su vista en el trozo de cuerda que colgaba de la campana y la vio plagada de ratas, enloquecidas, que subían y bajaban hasta el extremo, empujadas por otras muchas más que ya aparecían en el hueco del techo... Y absorto en esta horrible contemplación, no fue capaz de evitar que el Juez prendiera aquel lazo que le arrojaba al cuello... y luego, enmudecido, presenció cómo el Juez se aproximaba más hacia él, paralizándole con sólo aquella mirada que le había vencido ya, y Malcolmson se ofreció, estupefacto, sin mayor resistencia, sintiendo ya la rigidez de un cuerpo cadavérico. Percibió los helados dedos del Juez en su propia garganta y cómo, parsimoniosamente, le ajustaba el lazo a su rededor. Notó cuando aquellas manos de hielo apretaron el nudo... y luego sintió su cuerpo elevarse sobre los brazos del Juez y cómo le instalaba sobre la silla de roble y alto respaldo. Al tocar la cuerda que pendía, las ratas huyeron de allí, prorrumpiendo en estruendosos y delirantes chillidos que aún percibió. Luego, tomando ambos extremos de la cuerda, lo anudó, y acto seguido retiró la silla de allí. No sintió más que la lengua se la arrancaban del estómago.

En medio de la noche, la campana de alarma de la casa del Juez comenzó a sonar, inundando con sus tañidos los montes y el pueblo. Y en aquel mismo instante aparecieron grandes hileras de antorchas que portaba la multitud y que, presurosa, acudía hacia el viejo caserón. Durante largos minutos aporrearon la puerta, sin que de la casa llegara ninguna respuesta. Finalmente lograron echarla abajo y en tropel penetraron en el gran comedor. A la cabeza de la multitud iba el doctor y, aferrada a su brazo, padeciendo sofocos, la amable posadera, la señora Witham, que súbitamente, ante aquel espectáculo, se desmayó.

Del extremo de la cuerda de la campana de alarma pendía, bamboleándose todavía, el cuerpo del joven Malcolmson; pero ninguno de los presentes reparó en la sonrisa maligna que mostraba el Juez, desde el cuadro que aparecía colgado en la pared.

El guardagujas

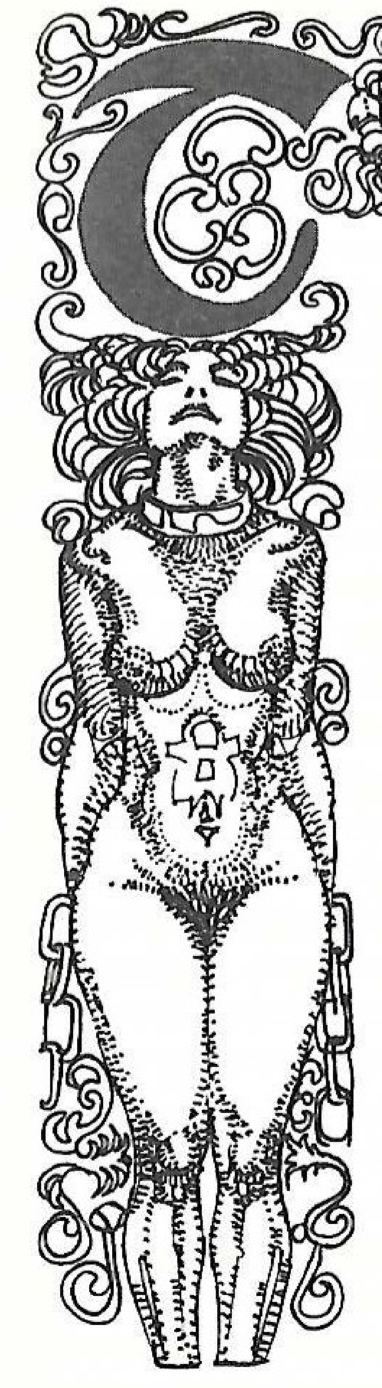




El guardagujas

Alfonso Alvarez Villar

Los habitantes de Zakintos esperaban anhelantes el día señalado para cruzar el puente de oro que les transportaría al Paraíso... Sin duda, olvidaban que a todos aquellos a quienes los dioses quieren perder, primero los sumergen en la locura.



ENÍA su cabeza llena de los pitidos de los trenes.

Trenes del Norte, trenes del Mediodía, trenes que eran como emboladas de sangre ondulando por arterias de hierro.

Su madre lo llevaba de niño a una suave colina cubierta de hayas. Desde allí veía pasar los trenes del Sur con su cola de canciones, de pañuelos desplegados en las ventanillas, de vapores que se iban precipitando como un vaho de sol sobre el césped de los prados.

Por la noche brillaban las ventanillas de los vagones como relámpagos y el ojo amarillo de las locomotoras segaba la hierba nocturna. Flotaban también, en el aire, las escorias rojas mal digeridas por el vientre de las máquinas.

—Un día te marcharás en uno de esos trenes —le decía la madre, apretándole la mano, pero ocultando sus miedos.

Y Antorio deseaba con todas sus fuerzas ser un viajero más, como aquellos hombres que acudían a la estación bajo palio de fanfarrias y llantos para partir hacia el Paraíso.

¡El Paraíso! Sólo los varones que habían engen-

drado más de dos hijos tenían derecho a partir hacia aquel Edén soñado. El Paraíso distaba cientos de leguas al Este de cualquier ciudad. Aunque ningún hombre había regresado (y era lógico que nadie quisiera abandonar aquella Tierra de Promisión por mucho que amara a su esposa e hijos). Las leyendas hablaban de un puente de oro que tenían que atravesar los trenes antes de llegar a un Continente en donde todos se trasformaban en criaturas felices e inmortales.

Allí la tierra manaba leche y miel, el clima era suave como la mano de un recién nacido.

Los trenes regresaban vacíos pero con cartas donde se expresaba la dicha más extrema. Iban acompañados de regalos que alegraban el corazón de las esposas que los recibían: chales y túnicas de perfecta sastrería, joyas labradas por peritísimos orfebres y paquetes de dulces cuyas fórmulas escapaban al ingenio culinario de las destinatarias. Luego, las cartas y los regalos iban escaseando por lo que el apotegma favorito de aquellas gentes era el de «más olvidadizo que un habitante del Edén».

La pequeña ciudad en la que había nacido Antorio, estaba situada (como todas las de aquellas provincias) a la vera del ramal férreo en el que convergían hacia el Paraíso las líneas del Septentrión, del Sur y del Oeste, tras mezclarse en esa gran plataforma giratoria que era la capital del Hemisferio Este, Kalur. En el Hemisferio opuesto, Kaliria cumplía el mismo papel. Pero era imposible pasar de un hemisferio a otro por tierra ya que se interponía una ancha franja de mar casi siempre proceloso.

Por otra parte, nadie se había molestado en aplicar los principios mecánicos de las locomotoras de vapor a los navíos. ¿Para qué, si los trenes eran invenciones y regalos de los dioses? Todos los productos manufacturados procedían del Edén. Bastaba la agricultura, la pesca y la ganadería para hacer del planeta Zakintos, un planeta feliz.

Antorio, guardaba una imagen vaga del padre. Le recordaba como un casi adolescente de bigote rubio,

que se pasaba el día entero jugando a las cartas y bebiendo vino en las tabernas con sus amigos en espera de ser llamado para la gran Partida.

A veces regañaba a su esposa, por demorarse en quedar encinta, como si ella tuviese la culpa. Pero lo cierto es que ella cumplía de la mejor manera posible sus deberes conyugales. Aún agotada por la poda de los manzanos y perales, el ordeño de las vacas y de las cabras o la molienda de las mazorcas de maíz, jamás se había negado al hábito conyugal.

Se consolaba pensando en los espléndidos brocados, las enaguas de blonda y en las mil y una dádivas que los trenes-correo les irían trayendo año tras año.

Antorio, se mostraba poco sociable. No le gustaba corretear con otros niños por los bosques de castaños o por los robledos sombríos persiguiendo el incansable motyl o acechando al receloso ave-planta. Se pasaba por el contrario, largas horas sentado a las orillas del río Smerylo contemplando el juego de los membriles bajo las aguas profundas. Sólo, cuando a una larga distancia sonaba el estrópito de los convoyes que pasaban y el pitido de las locomotoras, parecía salir del éxtasis.

Aunque no se atraviese a expresarlo en voz alta, prefería las lagunas de aguas dulces y verdes, el estremecimiento dorado del sol en el suelo de las umbrías, a todas las quimeras del Paraíso. Y, sobre todo, anhelaba el contacto cálido de la madre, las empanadas de hojaldre y de carne de jolapi y las bocanadas irresistibles de la cocina.

—¡Qué suerte que seas chico! —le repetían sus tres hermanas. Y le miraban como algo efímero y bello que no volverá a repetirse.

Más adelante, las hermanas se convirtieron en mujeres y fueron destinadas al tálamo nupcial, siguiendo escrupulosamente las órdenes del Concejo y su lista de varones en edad de casarse.

Los trenes interiores las transportaron a la ciudad de destino. Antorio y su madre las fueron a despedir a la estación.

Los convoyes de mujeres se distinguían de los convoyes de los hombres, en muchos aspectos. Eran, en primer lugar, trenes de vagones desportillados e incómodos y locomotoras a punto de desguace. No se parecían a los rápidos y confortables trenes que se dirigían al Paraíso o volvían de allí cargados de obsequios o de herramientas útiles para la labranza de los campos.

Tampoco se colaban los cantos y los tañidos de las bandurrias por las ventanas sino el llanto de las mujeres casadas a la fuerza con hombres desconocidos y que vivían a veces muy distantes para evitar, según las doctrinas del Concejo del Este y del Oeste, los riesgos de la endogamia. Esos mismos trenes llevaban al regresar noticias de las hijas casadas y, casi siempre, la evidencia de un feliz matrimonio y de las delicias de la maternidad.

Por eso, las estaciones de las ciudades del planeta Zakintos eran el lugar de reunión de sus habitantes. A derecha e izquierda de sus andenes se alineaban las tiendas y un largo paseo (tan largo y tan ancho como la categoría de la ciudad lo permitiese) congregaba a chicos y grandes. Allí la llegada de un convoy era un acontecimiento diario.

Diez veces por cada giro en torno a la estrella Nutricia, los que habían cumplido sus deberes como varones, subían a los rutilantes vagones provistos de literas y de aire acondicionado. Allí se unían a los viajeros de otras ciudades del trayecto. Partían con alborozos de pitidos y fanfarrias, gritos de júbilo de los compañeros y largos suspiros de las madres y hermanas.

Más silenciosa era la partida de las jóvenes en edad fértil. Sin fechas fijas singlaban hacia los cuatro puntos cardinales con o sin cambio de tren en la estación central de Kalur o Kaliria.

Y un día llegó la noticia de manos de uno de los cursores de la Estación (el jefe y sus empleados eran los únicos varones sometidos a la maldición de no poder viajar al Paraíso, a cambio del Poder político

en sus respectivas ciudades): a tal hora y a tal fecha llegaba en el tren número tanto la prometida de Antorio. Se llamaba Smyrla, hija de Lyria y de Pathor, nacida en Kandor (una ciudad situada en el ramal norte). No se añadía nada más porque no era procedente. Nadie tenía derecho a repudiar a su esposa.

Llegó el día anunciado y Antorio y su madre se personaron en la Estación con crispación de nervios y un puño incrustado en la boca del estómago.

El tren llegó puntualmente como todos los trenes. Sonó el chirrido de los frenos y se detuvo el convoy. Varias chicas bajaron con sus maletas y baúles. Llevaban prendida sobre el pecho con un alfiler la cartulina de identificación.

—¿Antorio?

—¿Smyrla?

Tenía los dieciséis años justos que exigía la ley de los dioses. Rostro agradable y mejillas ligeramente mofletudas. Trenzas sedosas y negras que le caían sobre los pechos turgentes. Era algo baja y gruesa aunque bien proporcionada.

Pero algo había en la mirada de Smyrla que le aceleró el corazón: el fuego de un espíritu inteligente e inquisitivo, de una vitalidad superior a la de aquellas otras muchachas que sólo deseaban el alejamiento definitivo de sus maridos para empezar a recibir regalos en cada convoy de regreso.

Regresaron cogidos del brazo a la casa materna.

Smyrla era la hija primogénita del jefe de Estación de Kandor. Un hermano acababa de partir para el Edén y las hermanas esperaban impacientes el aviso del cursor.

La alcoba conyugal estaba abierta sólo a los cacareos de las aves de corral y al zureo del columbario. Un olor a naftalina y a madera de tecbal invadía el recinto.

Cenaron huevos de jantipla y un bollo dulce que olía a destilación de matojos roqueños. La madre les echó la bendición y puso fuego en la linternilla en el nicho consagrado a los dioses desconocidos.

Los recién casados entraron en la alcoba e hicieron la cópula casi sin preliminares porque el tiempo corría muy deprisa en aquel planeta, veloz como los trenes de graves o agudos pitidos que perforaban los días y las noches.

Luego se relajaron y hasta sus oídos llegó el traqueteo del tren de las dos de la madrugada, el Expreso del Sur.

Y ahí empezaron las confidencias de Antorio y Smyrla.

Smyrla confesó a su marido algo que él había sospechado de una manera confusa y, a veces en sueños, entre temores.

—Cuando era niña, aprovechando que era la hija del jefe de Estación, me acercaba a los maquinistas y fogoneros que descendían de las locomotoras para tomar una copa. Les preguntaba por el Paraíso y ellos me contaban las maravillas que todos conocemos de oídas, pero me extrañaba que los perros les ladrasen y hasta intentaran morderles. Un día seguí a un maquinista y a un fogonero de la estación. Me introduje en el servicio de mujeres y vi lo que hacían en el de hombres a través de un agujerito en la pared.

—¿Y qué viste?... —preguntó en angustia.

—Lo que durante unos años tomé por una alucinación. Uno de los hombres manipulaba con un destornillador sobre la espalda del otro. Salían chispas de la herramienta y el «tocado» se retorcía como un muñeco de cuerda. Después volvió a comportarse como un hombre normal, sólo que sin hablar ni una sola palabra a su compañero que tampoco había abierto la boca desde que entró en el lavabo. Entonces eché a correr hasta casa y no me atreví a decir nada a mis padres.

—¿Sabes que a mí también me ha parecido que no eran seres humanos? Y lo que es más grave: pienso que no hay nada de cierto en todo lo que se dice del Paraíso.

Antorio notó el estremecimiento de Smyrla.

—¿Y las cartas?...

—Las cartas de mi padre *sí* están escritas «con la letra de él», pero siempre me han dado la impresión de que no son «de él».

Antorio salió de la habitación y regresó con un fajo de papeles en la mano. Encendió un potente quinqué y la habitación se llenó de fantasmas luminosos.

—Mira esta nota escrita por mi padre unos días antes de partir. Es, como ves, un reconocimiento de deudas de juego. Observarás que las letras son temblonas. Mi padre bebía mucho y rara vez tenía el pulso firme. Compárala con esta otra nota escrita por mi padre cuando estaba sobrio. Fue la época, en que atemorizado por las órdenes de una de nuestras ancianas-médico dejó de beber. Pues bien, mira las cartas que nos enviaba y que nos sigue enviando del Paraíso. En todas ellas parece que controla la escritura. ¡Y sin embargo no se cansa de decirnos que ahí el vino y los licores son deliciosos! ¡Y tampoco nos habla de medicinas!

—¡Todo esto es terrible, Antorio...!

—Sí, porque, además nadie ha vuelto del Paraíso.

—Dicen que porque nadie puede prescindir de la *dicha perfecta.*

—Pero... ¡Qué extraño! Todos nos cansamos de lo mejor. Deseamos un respiro aún en la mayor felicidad. Por muy bien que se encuentre la gente en esos parajes, tendrían que desear volver, aunque fuese sólo durante una brevísima temporada: regresar a sus hogares para enterarse directamente cómo van sus hijos y sus mujeres, abrazarles y contarles de viva voz lo que han visto en el Edén.

—Pero ¿por qué ese engaño?

—Eso es lo que no puedo ni barruntar. Lo único que intuyo es como un propósito siniestro que no es ni siquiera humano.

Volvieron a estremecerse y se arroparon entre las espesas colchas del tálamo conyugal, sintiendo sus desnudeces horripiladas. Aún dentro de la cama les perseguía el pitido de los trenes. Y una indescriptible sensación de pánico.

Durante seis años permanecieron juntos Smyrla y Antorio. El haber engendrado ya tres hijos imponía a Antorio el privilegio forzoso de la emigración al Paraíso.

No cesaron de repetir y ampliar aquella conversación que habían sostenido la noche de bodas. Pero sin que hubieran podido confirmar alguna de sus sospechas.

Los maquinistas respondían amablemente a las preguntas de Antorio o de Smyrla, pero sin dejar el más mínimo resquicio al alkalí de la desconfianza.

Smyrla acompañó a Antorio a la Estación. Eran los únicos indiferentes a las charangas, al estallido de los cohetes y a la barahunda.

—Parece que les llevas al cementerio, mujer —se mofó una vieja.

Llegó el convoy y esperó diez minutos en el andén. Luego se oyó la campana y se dieron los últimos adioses.

—Ten la seguridad de que volveré —fue lo último que oyó Smyrla de labios de Antorio, cuando ya la locomotora tocaba el silbato.

Se acomodó en su asiento de felpa y de mullido respaldo. El vagón entero bullía de cantos y de risas. Se pasaban la bota de vino, y guitarras y bandurrias les acompañaban.

—Hace años, hace unas horas, estaba ahí fuera. Ahora estoy aquí dentro y yo voy hacia la muerte o algo peor —pensó solemnemente con el alma aplastada.

Desde hacía seis años ya no sentía envidia de los viajeros sino compasión. Los expresos no eran lagartos gozosos y veloces que trepaban hasta la felicidad sino armones funerarios.

El convoy pasaba entre bosques que el otoño ponía brochazos rojizos o pardos. Se veían lagos tristes esperando las nubes y colinas con cendales de niebla. A orillas de la vía férrea una madre y un niño agitaron los pañuelos.

—La historia se repite. Pero yo voy a procurar que no se repita.

Se detuvo el tren en la Estación de Karmila. Más vítores y la turbamulta de los viajeros.

—Más allá de Thulya no hay otra ciudad. Sólo un apeadero. Y luego la ruta del Paraíso —alguien comentó.

Nuevas ciudades y villas. Nuevos bosques de hayas y de castaños, pero cada vez más tupidos y una lluvia que empieza a empaparlo todo. Se han apagado las luces de los departamentos y casi todos duermen en las literas. Alguno, de más difícil sueño, apoya su frente en las ventanillas del pasillo. Poco después, Antorio decide ocupar una de las literas.

Fuera, sólo un rompecabezas de manchas negras sobre fondo negro que desfilan a gran velocidad.

—¡Thulya! ¡Thulya! —exclaman algunos y despiertan a sus compañeros.

Las luces de la estación son mortecinas. Thulya es una pequeña villa sin más importancia que la de ser la última morada del hombre en la ruta hacia el Este.

—Mañana, a primera hora, estaremos ya en el Edén.

Antorio intenta permanecer despierto pero se va durmiendo poco a poco. Durante toda la noche seguirá luchando contra el sueño.

—No debo dormirme, para que no me maten —se repite una y otra vez.

En uno de sus regresos efímeros a la realidad del sueño divisa o mejor adivina la rejilla del acondicionador de aire.

—El sueño entra por ahí —masculla.

Y gira la llave de conexión. Vuelve a dormirse pero, esta vez, con un sueño natural del que le es fácil zafarse. Enciende de nuevo el aparato y se lanza al pasillo.

Está saliendo el sol. La aurora dibuja un paisaje desolado. Polvo blanco acribillado de agujeros, montañas lívidas como telón de fondo. El tren pasa entre

gargantas de yeso y trepa por laderas de aspecto maldito. Resopla como una marmita a presión.

—No me sería posible deshacerme de los maquinistas. No voy siquiera armado —recapacita Antorio.

Y divisa el timbre de alarma.

—No, sería una locura.

Desecha la tentación.

Tampoco es posible tirarse del tren en marcha.

El Expreso ha iniciado una larga pendiente hacia arriba. Se oye el silbato.

—Debe haber una estación allá en lo alto.

El terreno se allana y, sin embargo, la velocidad del tren está disminuyendo. Pita frenéticamente como si pidiera la entrada. Rechinan, por fin, los frenos.

—Ahora o nunca.

Hay un vagón de mercancías en la vía más próxima y Antorio da un salto y se introduce en él, de plataforma a plataforma.

Mira hacia su izquierda y ve una estación y una ciudad derruidas. Una ciudad muy extraña a base de viviendas de forma cónica, que contrastan con el aire moderno de los restos de la estación.

El Expreso se ha vuelto a poner en marcha. Es un gusano hermético el tren de la mercancía del silencio. Deja que abandone los andenes y Antorio corre hacia la torre de control.

Crujen los escalones bajo sus pies y se precipita la cal del muro. Desde la torre sin cristales se divisa la vía muy lejos.

El tren desciende a la llanura, con una lentitud aterradora. Y, de repente, surge a una montaña. La montaña va adquiriendo forma humana. Sí, es una mujer con sus pechos enhiestos, unos brazos que comienzan a moverse para acariciar los pezones. Una cara siniestra deja ver unos dientes agudos entre los que se escapa un chorro de saliva que luego se convierte en torrente. El rostro de la mujer es una pesadilla que gira a derecha e izquierda. Los ojos se abren y son tan grandes que podrían servir de lecho a sendos lagos.

Dos cordilleras se agitan. Son las piernas y los muslos de la mujer. Y el impacto de su movimiento lúbrico hace temblar la tierra desde la que está espiando Antorio aquella inaudita metamorfosis.

Entre los muslos se ha abierto un túnel-vagina y todo el convoy se precipita en él. Un inmenso aullido se escucha. El orgasmo del monstruo arranca vigas y ladrillos de la ciudad fantasma. Hasta el sol, todavía rojo, parece intervenir en la orgía.

El climax ha pasado y ahora de los labios genitales de la mujer-montaña brotan pequeños rubíes de sangre. Una paz como la de los muertos se apodera de la tierra desolada. Un sólo parpadeo más y la cordillera se ha vuelto a nivelar. De la demonio sólo queda la boca de un túnel, del que rebrota incólume, aunque vacío, el tren expreso.

—Ahora hay que actuar.

El tren está trepando veloz por la pendiente. Y Antorio se precipita al cambio de agujas. Luego, se oculta tras una locomotora cubierta de orín.

El Expreso que ahora es tren correo ha entrado a gran velocidad en la Estación. El choque es brutal. Pero no hay tiempo para inspeccionar los desperfectos. Hay que aprovechar esos momentos de confusión.

Los maquinistas pensarán que el accidente ha sido fortuito. Después, Eso Terrible lo arreglará todo para que en pocos minutos el juego continúe.

Salta a uno de los vagones. Está lleno de embalajes. Impresos en ellas figuran los nombres de las ciudades a los que destinan. Son los «regalos» de los maridos «felices».

Antorio se introduce en un cofre de su ciudad natal. Se arropa entre túnicas de seda y cierra la tapa.

Nota los reculones del tren haciendo maniobras. Quince minutos más tarde, reemprende la marcha hacia las ciudades de los hombres.

Entran primero los factores y los mozos de estación de Thulye. Oye las risas y los aplausos de las favorecidas...

Cuenta las paradas.

Pasan las horas, vuelan las leguas. Por fin, su ciudad.

Antorio nota que el convoy frena su marcha para detenerse en la estación. Abre el cofre y se tira del vagón. Está sólo.

Cae al arcén y se disloca un tobillo. Se oculta en un bosquecillo de hayas. Ya está en terreno familiar. Trescientos, doscientos, cien metros y allí abajo, los copudos nogales que cercan su casa se abren.

Mira la casa, su casa. Las tejas comienzan a ceder en la techumbre. Las arañas hacen sus trabajos de encajes y bolillos entre las vigas. Un lagarto contempla indolente el vuelo de las moscardas.

Pero en el comedor hay dos sombras inclinadas sobre la mesa. Son dos maquinistas que lucen sus flamantes uniformes de la Compañía de Ferrocarriles y que juegan a las cartas, como autómatas, como monstruos de acero y bobinas de cobre, lo que son. Saltan de sus dedos chispas azules. Las cartas humean y a veces se incendian.

Adivinan la presencia de Antorio. Se levantan y abren la puerta. Se inclinan con urbanidad versallesca.

—¿Es usted, Antorio? Hace veinte años sufrió usted un accidente ¿Lo sabía? Quedó destrozado en un choque de trenes. Las ruedas de la locomotora le segaron la cabeza.

Y le empujan hacia el espejo, ahora empañado, que un día reflejará los rasgos de Smyrla y de la madre de él.

Y se ve a sí mismo sin ojos y piensa que sin cabeza. Un negruzco muñón con un collar de terrones, respira sobre el torso cubierto de manchas violáceas.

—Naturalmente así no puedes seguir. Te estábamos esperando para ayudarte...

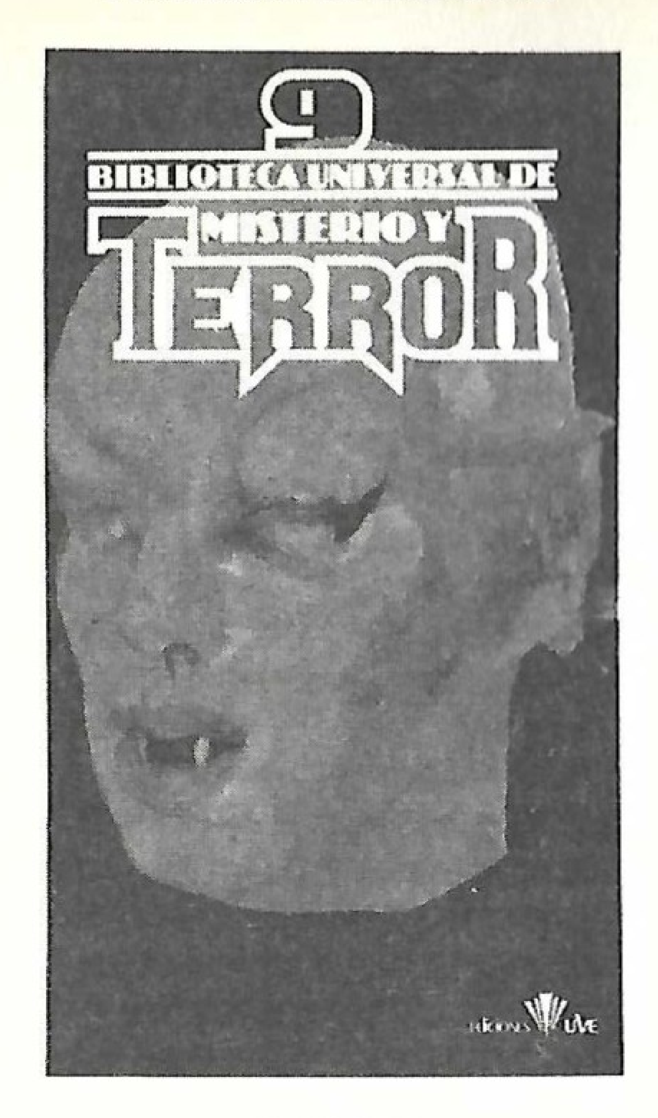
Le cogen, cada uno por un brazo y le llevan hacia donde suena el pitido de los trenes. Un ambiente de bulla y doloroso jolgorio. Un ruido estridente, ensordecedor.

Allí están las vías del ferrocarril relucientes como estoques recién pulidos. Una máquina de maniobras se detiene.

Antorio ya no ve nada, absolutamente nada, pero sí siente que le aupan en la plataforma de la locomotora, y se encoge estremecido al recibir las primeras bocanadas de fuego de la caldera abierta. Luego un infierno, la visión de un artífice pirotécnico, la caída hacia el centro tórrido del planeta, su connubio con la Estrella Nutricia.

—Ya era hora. La máquina necesitaba combustible —oyó decir y el estallido de unas carcajadas que suenan como el badajo en una campana, que está a punto de fundirse. ... Y todo termina entre llamas aplacados por los motores los inútiles alaridos de terror.

PROXIMA APARICION



VERA

EL APAGON

SOSPECHA

EL MAPA

LA ALFOMBRA

LA CASA EMBARGADA

UN BUEN DIA PARA HACERLO

VAMPIRO





EL HOMBRE QUE SE PERDIO EN LA NIEBLA

EL PANTEON DE LOS UGARTE

EL SECRETO DE LI WONG

LA CIERVA

ENIGMATICA TIA ELVIRA

LA CASA DEL JUEZ

EL GUARDAGUJAS